

Geografía Relatada de una Expedición

Daniel Aché Aché

Presentación:

Roberto Efrén García "El Abuelo"

2ª Edición: febrero, 2021.

® **Geografía Relatada de una Expedición.**

1ª Edición: Septiembre, 2021.

® **Sacsayhuaman y Castillo de San Antonio de la Eminencia:**
Geografía Relatada de una Expedición del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas de la Escuela de Geografía de la Universidad Central de Venezuela.

Con la coparticipación de Roberto Efrén García "El Abuelo" y Jesús "Chuo" Ferrer compañeros de viaje.

Email: acheachedb@gmail.com

 : [@ache_daniel](https://twitter.com/ache_daniel)

Caracas; Katanga Bolivarian, Petroleum & Bananera Republic; perdón quise decir Venezuela. Cuando cambie la infamia que nos abate en estas largas dos décadas del siglo XXI propondré el nombre de República de la Tierra de Gracia de Venezuela, nombre con el cual nos bautizaron el almirante Don Cristóbal Colón y el cartógrafo Américo Vespucci.

Esta geografía relatada está alojada en el sitio web:

<http://saber.ucv.ve/browse?type=author&order=ASC&rpp=20&value=Ach%C3%A9+Ach%C3%A9%2C+Daniel>

® Copyright 2021. Permitida su más amplia divulgación a todos sus contactos y más allá. Prohibido separar el nombre del autor del texto en cualquier idioma: Desde el afgano hasta el zulú. O suplantar el nombre del autor por otro.

In memoriam Jesús "Chuo" Ferrer y Alí Urquía

Muertos en el accidente de las Islas Azores con el Orfeón de la Universidad Central de Venezuela (septiembre, 1976). Graduados post-mortem de licenciados en Geografía en 1979

Presentación

Roberto Efrén Garcia Zea

Viajar... Es algo que creo está en el genoma humano. Las razones son múltiples. La eterna búsqueda de lo desconocido, como bien lo plantea Platón en la metáfora de la caverna. En busca de otro territorio, otras vivencias, otras cotidianidades. Nuevas tierras de caza o expansión de la frontera agrícola. Otra urbe. Encontrar desconocidas rutas para el comercio, como la hazaña geográfica del almirante Don Cristóbal Colón y que terminó alcanzando la "terra ignota" de los planisferios. La búsqueda de riqueza fácil como la del mítico El Dorado, motivó infinitos viajes de piratas, corsarios, filibusteros y bucaneros, y que hoy todavía la motiva pero en "jets". Emigraciones forzadas, como por ejemplo, la de los más de seis millones de venezolanos, que, a la fecha, han huido de esta especie de "talibanes tropicales" que destruyen a Venezuela, y que quieren imponernos "burkas" mentales a punta de represión, crisis humanitaria compleja y siniestro control social.

Los que viajan por simple curiosidad, por saber que hay más allá del lomaje o para ver por primera vez la mar-océano. También están los que viajan por puro placer, como bien insinúa el poema Viajar de Gabriel García Márquez:

Viajar es marcharse de casa,
es dejar los amigos,
es intentar volar,
volar conociendo otras ramas,
recorriendo caminos,
es intentar cambiar.

Viajar es vestirse de loco, es decir, no me importa,
es querer regresar.
Regresar valorando lo poco,
saboreando una copa,
es desear empezar.

Viajar es sentirse poeta,
es escribir una carta,
es querer abrazar.
Abrazar al llegar a una puerta,
añorando la calma,
es dejarse besar.

Viajar es volverse mundano,
es conocer otra gente,
es volver a empezar.
Empezar extendiendo la mano,
aprendiendo del fuerte,
es sentir soledad.

Viajar es marcharse de casa,
es vestirse de loco,
diciendo todo y nada con una postal.
Es dormir en otra cama,
sentir que el tiempo es corto,
viajar es regresar.

En todos estos casos, luego de descubrir y redescubrir lo nuevo, comienzan a surgir en nuestras mentes preguntas que eventualmente nos puedan ayudar a lograr un mejor entendimiento sobre cómo se relaciona el hombre que allí vive con su entorno geográfico. ¿Cómo es su geografía física, geografía económica, geografía política, geografía social, geografía cultural y su geografía de la cotidianidad? ¿Es su geografía encantadora? ¿Origina en el viajero topofilia o topofobia? ¿Cuáles potenciales amenazas a nuestro bienestar puede generar el entorno físico-natural que nos rodea? ¿Qué nos dice el paisaje geográfico que observamos? ¿Cuál es la Historia e historias detrás de la ocupación del territorio? Esto en resumen, es lo que queríamos y aun queremos experimentar cada vez que viajamos.

Nuestra formación académica en la Escuela de Geografía de la Universidad Central de Venezuela (UCV) en Caracas, cultiva y estimula

en nosotros esta necesidad de viajar y utilizar lo leído, lo escrito, lo discutido para entender y tratar de explicar los nuevos paisajes geográficos que emergen ante nuestros ojos. Esto lo van a encontrar plasmado, amigo lector, en los diversos diálogos y discusiones que sostuvimos durante este viaje y que, mi entrañable amigo y colega Daniel Benjamín, nos regala en estas páginas gracias a su extraordinaria memoria.

Tres estudiantes de la Escuela de Geografía, cual Don Quijote de La Mancha y Sancho Panza, en vez de ir montados en rocín y jumento, emprenden en autobús viaje a lo desconocido. Colombia, Ecuador y Perú: Jesús "Chuo" Ferrer, prematuramente fallecido en la tragedia del archipiélago de Las Azores desaparece temporalmente todo el Orfeón Universitario de la UCV, resucita años después con nuevos bríos, con su canto ayudarán a vencer las sombras, y a quien acompañamos hasta su última morada a su amada geografía de La isla como el mismo le decía a su amada isla de Margarita. Daniel Benjamin Aché Aché y un servidor, Roberto García Zea, acordamos y realizamos este viaje.

Daniel ha incursionado en ese novel género de geografía relatada, que ha semejanza del género de la novela histórica, busca plasmar los paisajes, diálogos y pensamientos de protagonistas describiendo en una síntesis geográfica lógicas y dialécticas espaciales, en cambio, la novela histórica plantea lo mismo, pero en el tiempo. Enmanuel Kant nos recuerda que la Historia y Geografía es una sola ciencia, una estudia los hechos desde la perspectiva del tiempo y la otra del espacio.

El propósito de la geografía relatada, tanto ésta, que Usted amigo lector comenzará seguramente a leer raudo, como otras geografías relatadas que forman su antología literaria, no es otro que enriquecer el proceso de enseñanza-aprendizaje, recordando que la literatura y la ciencia

están encabalgadas, y todo ello, pensando en el beneficio que le aportará a las nuevas generaciones de geógrafos.

No puedo concluir sin reconocer la extraordinaria memoria y dedicación de Daniel, a quien agradezco el haberme hecho viajar nuevamente y revivir esos gratos momentos y conversaciones sostenidos durante esta inolvidable expedición.

Estimado lector, la geografía relatada desarrollada por Daniel se inscribe en el paradigma del giro cultural en Geografía. Como plantea el mismo autor en su anterior obra literaria, *el giro cultural en Geografía, estrechamente vinculado al giro espacial en ciencias sociales, permite un empalme entre literatura y Geografía, encuentro que enriquece a esta ciencia por cuanto la llena de contenidos distintos a los tradicionales. Estos nuevos giros permiten comprender, desde otras perspectivas, realidades territoriales y socioespaciales.*

Ese encaje entre Geografía y literatura, está a medio camino entre ciencia y literatura, impensable cinco décadas atrás, si exceptuamos a la ciencia ficción, género aparecido a partir de la década de 1920 y la Historia novelada, en el siglo XIX. La Geografía relatada es cultivada por primera vez en Venezuela por Germán Wettstein (*La Vida es una Historia*, 2011; proseguida por Daniel (*El Chino Zung: Geografía relatada de la inmigración*, 2014; *Nuevo Destino Laboral: Geografía relatada de la decadencia*, 2016; *Mandingo, el Incauto: Geografía Relatada de la Migración Forzada*, 2017; *Delivery: Geografía Relatada de Buenos Aires por un Viajero de los Tiempos Nuevos*, 2019; *Geografía Relatada de Petare: Lugar Central y Geografía del Realismo Mágico*, 2020; y, ésta, que Usted amigo lector tiene entre sus manos. Todas alojadas en el sitio web:

<http://saber.ucv.ve/browse?type=author&order=ASC&rpp=20&value=Ach%C3%A9+Ach%C3%A9%2C+Daniel>).

El autor hace reiterativamente una invitación a las nuevas generaciones de geógrafos venezolanos a cultivar este género, bien como relatos de geografías personales o bien como geografías relatadas ficcionadas.

Nuestro mensaje final es simple, para ello citamos al sin par profesor de Geomorfología en la Escuela de Geografía (UCV) Francisco "Pancho" Gutiérrez (QEPD), quien al inicio de cada salida de campo nos decía: ¡No viajen como maletas!

Roberto Efrén García "El Abuelo"

Pos-scriptum: Recuerde amigo lector, acuérdate, por lo pronto el autor no tiene editor, pero Usted será un valioso difusor de la obra literaria si la reenvía a todos sus contactos y más allá.

INTRODUCCIÓN

Por qué ese título de la primera edición? *Sacysachuaman y Castillo de San Antonio de la Eminencia: Geografía Relatada de una Expedición del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas de la Escuela de Geografía de la Universidad Central de Venezuela.*

Saycsahuaman, en Cuzco, Perú, es el icono geocultural más significativo del imperio incaico. El castillo de San Antonio de la Eminencia, por su parte, es la primera gran edificación colonial española en Sudamérica, se gana el título, junto a su ciudadela tutelada, Cumaná, Venezuela, como primogénitos del Continente. Los dos países donde se ubican estos rasgos geoculturales, de alguna manera son principio y fin de esta expedición. En ésta segunda edición se acorta el título por razones editoriales: *Geografía Relatada de una Expedición.*

La expedición en los estudios de Geografía es una consecuencia natural de la salida de campo. La salida de campo es una de las actividades consideradas fundamentales en el currículo de la carrera de Geografía en la UCV. El propósito más significativo de la salida de campo, y en nuestro caso de la expedición, es la obtención de la síntesis geográfica. La síntesis geográfica según Joan Vilà Valentí *es la visión de conjunto, estableciendo la conexión y mutua interdependencia entre los factores aisladamente estudiados, abarcando en una sola visión global una realidad viva. He allí la grandeza y el riesgo del quehacer del geógrafo.*

La salida de campo de los primeros semestres fue una cantera para la curiosidad por las expediciones con fines de evaluar paisajes geográficos por parte de los miembros del Centro de Exploraciones.

Sin duda alguna, ese espíritu creciente por realizar expediciones está firmemente anclado a las lecciones sobre la historia de las expediciones geográficas. Los relatos geográficos de Herodoto y Estrabón en la Grecia

antigua, Ibn Batuta en el mundo árabe antiguo, Marco Polo y Cristóbal Colón en la Edad Media, Alejandro de Humboldt y Elisée Reclus en la Edad Moderna, Lucas Fernández Peña y Charles Brewer Carias en los tiempos contemporáneos, entre muchos otros expedicionarios, dejan una huella imborrable en nuestras mentes, ávidas de archivar crecientemente información geográfica. E incluso, al estudiar las hazañas geográficas del Homo antecessor, en la más remota prehistoria, sintetizada en las primeras migraciones, nos produce la certeza de que el hombre, entre las disimiles definiciones que lo caracterizan, se le agrega indudablemente la de ser expedicionario.

El hombre tiende a explorar, no se conforma con los lugares que integran su geografía de la cotidianidad. Alguna pulsión secreta lo empuja a preguntarse que está más allá, y esas indagaciones le motivan a emprender viajes que definitivamente son parte de su esencia, su identidad geográfica.

No menos significativo en las influencias recibidas por los miembros del Centro son las lecturas sobre el género de relatos, cuentos y novelas de viajes, han dejado una huella imperecedera y han despertado una pasión en nuestras mentes por las expediciones. Como olvidar, por ejemplo, *Viaje al Centro de la Tierra* de Julio Verne, entre otros. También autores como Ernest Hemingway, con sus relatos sobre el lujurante paisaje tropical de playas y mulatas de Cuba y las aguas oceánicas de Perú; o, el testimonio viajero de Ernesto Guevara recogidos en el *Diario de Motocicleta*, por Argentina, Perú, Chile, Ecuador, Colombia y Venezuela; las crónicas del viaje a la América del Sur de Antoine Saint-Exupéry, el autor de *El Principito*; y los Diarios de Viaje de Albert Camus, donde relata sus peripecias por Sudamérica, entre muchos otros.

En un recuento sobre las influencias de géneros literarios y autores en el emprendimiento de expediciones, no se puede soslayar la influencia del llamado boom literario latinoamericano, insufla curiosidad en los miembros del Centro por conocer las particularidades geoeconómicas, geopolíticas, geosociales, geoculturales y geohistóricas de las sociedades descritas magistralmente en novelas y cuentos. No menos pasión genera el descubrir por los integrantes del Centro el lenguaje geográfico impreso en la imagen fotográfica capturada con la cámara réflex.

En esas inquietudes innatas del ser humano, en ese ambiente literario, en el lenguaje geográfico de las fotos y en la información geográfica crecientemente adquirida en las lecciones de los profesores de la Escuela de Geografía (UCV), se encuentran las raíces que dieron vida al Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas de la Escuela de Geografía de la UCV.

Esta expedición es una de las más ambiciosas emprendidas por los miembros de este Centro hasta ahora. Ambiciosa no solo porque por primera vez se emprende una expedición transnacional, sino, que abarca cuatro países andinos, montados en autobús y con el dinero limitado producto de lo ahorrado con la beca universitaria. Es decir, además de ser una expedición, es una aventura que no tiene garantizada un final feliz, solo que la buenaventura, de alguna manera, forma parte fundamental entre los enseres acomodados en los morrales.

Amigo lector, le invitamos a una aventura, discurrir las páginas de esta geografía relatada. Seguramente se sumergirá por paisajes naturales y humanizados, descripción de cotidianidades y situaciones vinculadas a la ventura y desventura humanas, todas ellas encerradas en la geografía aquí relatada.

Capítulo I

El Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas de la Escuela de Geografía de la Universidad Central de Venezuela: Innovaciones como secuelas de acontecimientos históricos y académicos trascendentales

La cita es a las 9:00 hrs. Llegué a la hora pautada. Solo estábamos dos en el salón de clases. A las 9:17 llega el tercero. A partir de las 9:38 comienzan a llegar en tropel hasta las 9:59. Ya estamos reunidos los diecinueve integrantes del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas de la Escuela de Geografía de la Universidad Central de Venezuela (ver sus nombres en anexos).

Quien conoce a Caracas, no dudará ni un momento en estar de acuerdo con el extraordinario escritor Sergio Ramírez Mercado con su sentencia lapidaria.

—Quien conoce bien a los venezolanos sabe que en Caracas el tiempo no existe.

Es que es imposible comenzar una reunión en Venezuela a la hora acordada. La puntualidad es una norma a seguir para cualquier encuentro, es un lugar común decirlo, probablemente en buena parte del mundo se cumple esa máxima, lo que no es menos cierto es que el grado de desarrollo de un país está directamente asociado al respeto de la puntualidad por sus ciudadanos. Pero en Venezuela quien llega temprano es castigado con la espera, a veces hasta larga, por cumplir con esa pauta. Cuando se dice a las 9:00, como en nuestro caso, la mayoría entiende que la llegada puede estar en el intervalo de las 9:00, por ejemplo, hasta las 9:59. Y quien llega a esa última hora, tiene la desfachatez de decir, *llegué a las 9:00*. Pero aquí no acaba el asunto. Una vez reunidos los convocados, comienzan largas peroratas sobre lo

divino y lo humano, hasta que alguien, en su sano juicio, llama la atención de la audiencia para centrarse en el tema a discutir.

La expedición geográfica propuesta por el Centro es a semejanza de las famosas "expeditions" académicas del geógrafo norteamericano William Bunge, quien inicia su vida académica en el paradigma de la Geografía cuantitativa y se transmuta al paradigma de la Geografía radical, bajo ese paraguas neomarxista realiza sus extraordinarias expediciones en Detroit, Toronto y Montreal.

Por su parte, el componente de la fotografía es hijo de la moda en Venezuela para esa época por la cámara réflex, con sus revolucionarias innovaciones en cuanto a distancia focal, profundidad de campo, sensor de luz, apertura del lente, ISO, ASA, velocidad de obturación y accesorios de teleobjetivos como zoom, gran angular y lente ojo de pescado. La cámara réflex resultó de una gran utilidad en Geografía.

El lenguaje fotográfico en Geografía, según el profesor Claudio Perna (QEPD), no solo permite reproducir y plasmar las estructuras morfológicas y espaciales de la superficie terrestre, originadas por hechos visibles como un tema unificador, sino también se refiere particularmente a la tarea de reconstruir tipos de paisajes, basándose, en vestigios históricos reflejados en la imagen. No menos importante, el poder deducir de la imagen el conjunto de conexiones causales, casuales y recíprocas entre el componente socioespacial y su base fisiográfica que integran el paisaje, y las transformaciones experimentadas por éste, en su dialéctica y lógica por las tareas de los grupos humanos en su accionar sobre el medio.

El uso de la cámara réflex es complementado en el centro con el soporte transparente o "slide" de diapositivas (precursor del proyector vídeo

beam) que permite la elaboración del discurso expositivo con ayuda del proyector de diaposivas enfocadas a una pantalla.

Las exposiciones de la síntesis geográfica de las expediciones es uno de los objetivos del centro como recurso del proceso de enseñanza-aprendizaje.

La cámara réflex que poseen los miembros del centro abarcan una gran variedad de modelos: Nikon, Pentax, Cannon, Olympus, Leica y Mamiya. Por mi parte, compré la Zenit de la URSS, no solo por el tema de lo económico de su precio, sino por razones ideológicas a las cuales me niego a referirme. Son antológicas las discusiones interminables de los miembros del centro sobre cuál cámara era mejor. Créanme, la cámara mía era la peor, con tecnología de un atraso que se puede medir por las hazañas tecnológicas épicas del comunismo que grita Stalin al mundo.

También forma parte de las prácticas de retratar el paisaje por los miembros del centro, el uso de la cámara fílmica con cartuchos super ocho. Con la cual no solo se filmarían paisajes, sino que se hizo el cortometraje titulado *La Nueva Escuela*, Cuyos directores fueron Jorge Gutiérrez y Gustavo Starchevich (QEPD), incluye todo lo de la ley: Guión cinematográfico, personajes, diálogos, acotación, transición y planos.

Juega un rol trascendente en la lucha por conquistar el cambio de pensum, logrado tras arduas y enconadas querellas estudiantiles en 1978 y considerado un hito histórico en los anales de la Escuela de Geografía (el cortometraje, al día de hoy, lamentablemente está extraviado).

El centro, antes de proponer la expedición geográfica del viaje que surcará los distintos paisajes de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, ya tiene la suficiente experticia exploratoria en el territorio nacional con expediciones por los Valles del Tuy, Boca de Uchire, Costas venezolanas, buena parte de Occidente, Oriente y Guayana. Tiene en su currículum el

Centro, el haber medido y evaluado la cueva de Humocaró Alto en el estado Lara, bajo la docta guía del compañero y espeleólogo Antonio Scura (QEPD). Una expedición memorable fue la realizada a los tepuyes Kukenan y Roraima y carnavales de El Callao. Al igual que, exploraciones transnacionales por Brasil, Colombia y Trinidad & Tobago.

Afirma el sabio geógrafo Don Pablo Vila, la clase explicativa en Geografía, al interactuar con el medio a través de la expedición, facilita dar una explicación más contundente de los acontecimientos geográficos.

Iniciada la reunión, hora y media después, empieza formalmente la exposición de motivos de los objetivos del encuentro.

Jesús Ferrer es el encargado de explicar el orden del día. Hay un único punto. Chuo, como cariñosamente se le llama, expone.

—La próxima expedición geográfica será un viaje en autobús desde Caracas hasta Perú, y tal vez, si alcanza el dinero remontaremos el altiplano hasta Bolivia.

Toma aire, hace una pausa y sigue leyendo el discurso de orden.

—Enlazaremos dos de las más icónicas edificaciones que hablan de la geohistoria de Hispanoamérica: Sacsayhuaman, la más espectacular edificación de los tiempos prehispánicos sudamericano, y el Castillo de San Antonio de La Eminencia, la edificación más monumental de la ciudad colonial hispanoamericana, primogénita del continente, Cumaná, Venezuela.

El Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas es una institución extra-académica creada por un grupo de estudiantes, diecinueve en total, de la cohorte que ingresa en dicha Escuela de la UCV en 1973. Es una cohorte bien compactada en cuanto a su propósito de vida universitaria, como decían los comunistas de la época *estudiar y luchar*. Lo de estudiar no necesita mayor aclaratoria. Lo de luchar, no solo se refiere a la integración a las batallas contra las injusticias sociales y universitarias, muy común en esa época que todavía refleja por inercia la llamada Revolución del Mayo Francés, de 1968, su vertiente venezolana, la Renovación Universitaria, iniciada en la UCV, en 1970 y la onda expansiva sentida en otras universidades de Venezuela.

Junto a esas revueltas por la reforma académica, en el país nacional se le agrega el llamado proceso histórico de pacificación de 1969, con la disolución de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), liderado dicho proceso por los insuperables Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, inauguran un trascendente período de debates políticos, del cual no es ajeno el Centro, y por el contrario, son antológicas las discusiones políticas de las corrientes ideológicas de la época, socialismo (la mayoría de los miembros) y liberalismo.

Se agrega, la discusión académica en torno a los dos paradigmas de la Geografía en plena efervescencia para esos tiempos, la Geografía radical y Geografía humanística y su indexación en los ejes curriculares de la

Escuela de Geografía, y el pensum de la Escuela enmarcado en la Geografía regional, encabalgado a la controversial figura de Mercedes Fermín (QEPD). Esas discusiones académicas quedan retratadas en los mimeógrafos elaborados para tal fin (en los anexos hay una copia de uno de los papeles de trabajo para la discusión académica, el único que sobrevivió a lo implacable que resulta el tiempo).

Esas tres circunstancias, proceso histórico de pacificación, renovación universitaria y cambio de pensum, marcarán profundamente a los integrantes del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas.

La conclusión de la reunión la deja plasmada Chuo al decir.

—El próximo periodo vacacional, del 15 de julio a septiembre de 1975 se emprenderá la expedición geográfica.

Aclara en tono decidido Chuo Ferrer.

—Hay suficiente tiempo para reunir el dinero imprescindible y tramitar el permiso con los padres, no deberá haber excusas.

Remata su argumentación.

—El 25 de julio estaremos saliendo de la terminal de Nuevo Circo de Caracas hacia Maracaibo.

Una buena parte de los integrantes del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas dependemos de la beca universitaria que para esa fecha es de cuatrocientos cincuenta bolívares. Acometeremos

la tarea de reunir lo sobrante de la beca y así poder recabar el dinero suficiente para emprender la expedición.

En la proximidad de la fecha estipulada para el viaje, se convoca la última reunión de evaluación. La gran sorpresa es que de los diecinueve integrantes del Centro solo tres confirmamos que teníamos reunida la cifra estipulada como mínimo para la bolsa de dinero y los permisos de los padres. El resto por muy diversos motivos desertaron del propósito de la expedición.

Ni modo. Chuo, El Abuelo y Daniel somos quienes integraremos la plantilla de la expedición geográfica.

Fuimos al banco a comprar travelers check, de moda en la época para la seguridad de un viaje, por cuanto incluye un seguro que devolverá el dinero en caso de extravío o robo, y además, convertible en cualquier moneda.

Capítulo II

Para Maracaibo nos vamos

Llegamos con una hora de anticipación a la terminal del Nuevo Circo de Caracas. Iniciamos la búsqueda de la zona de embarque. Como tenemos tiempo, buscamos un tarantín para terminar de espantar la ansiedad, y engullir las infaltables empanadas. Al llegar al tarantín y terminar de comer los condumios, expresa sentencioso El Abuelo.

—La geografía gastronómica de Venezuela, descrita magistralmente por Ramón David León, es inimaginable sin ése manjar de la comida venezolana, la empanada.

Le interrumpo para agregar.

—Ese condumio con sus variedades clásicas de rellenos de queso blanco, carne desmechada, cazón, caraota con queso blanco, entre otros ingredientes.

Airoso me interrumpe Chuo para añadir.

—La geografía gastronómica de la empanada es muy diferenciada espacialmente. Prácticamente tiene variaciones según la región de que se trate. Es un sano y delicioso exponente que muestra el acervo cultural de los venezolanos. Al menos reúne las aportaciones indígenas simbolizada en el maíz y el relleno que sintetiza el coloniaje español.

Decidimos dejar la conversación y acercarnos a la zona de embarque de Expresos Maracaibo. El autobús que está iniciando el embarque, es un Mercedes Benz 0302. Tiene un aspecto exterior impecable, dice bastante del feliz viaje que emprenderemos. Salimos pasadas las 20:00 hrs.

No más traspasar la alcabala de Hoyo de la Puerta, el chófer pone en la casetera, un casete con música a todo volumen del género porro, un ritmo musical de la región Caribe colombiana, interpretadas sus piezas

musicales por Nelson Henríquez, el venezolano más famoso de Colombia después de Simón Bolívar, es un tremendo abreboca para esos paisajes de nuestra primera etapa de la expedición geográfica.

Por la Autopista Regional del Centro circulan todo tipo de autos, americanos y europeos de fabricación reciente, camiones, gandolas y autobuses casi todos Mercedes Benz, zumban en dirección a Valencia. Chuo riñendo con la música en altavoz, alcanza a decir.

—El paisaje que vemos en una síntesis geográfica, expresa el empeño de la forma republicana cívica-democrática de construir un territorio. Verdaderamente es un alarde de modernismo que muestra el empeño por el cual dirigen a este país.

A penas alcanzamos a escucharle. Decidimos no batallar con la música a todo volumen y callarnos, y a lo más, interactuar solo con monosílabos. Casi sin darnos cuenta, el autobús busca detenerse en un restaurante de carretera, no más traspasar Tocuyito, ciudad-periferia de Valencia. Es un paraje donde hay una colección enorme de autobuses para todas las direcciones del Occidente venezolano: Los Andes, Los Llanos, Lara y Zulia, y otros. En el mostrador hay una variedad enorme de rellenos para las arepas casi inabarcable por la vista. Sentados en una de las mesas del restaurante ingerimos par de arepas cada uno, saturadas con los rellenos escogidos por cada cual y acompañadas con batidos de jugo y café con leche. Hay una miríada de personas, comiendo, de aquí para allá, abor dando y desabor dando. No puede reprimir El abuelo lo que quiere expresar.

—Esta cantidad de personas, autos, autobuses y camiones hablan de la intensidad de los flujos de la geografía del transporte en Venezuela, realmente es impresionante.

Abordamos el autobús, y ya, circulando a toda velocidad comento.

—Barriga llena, corazón contento.

No hay ningún comentario de mis compañeros de viaje. Cerramos los ojos, y casi no nos dimos cuenta del solo envión que hizo el autobús. Al pasar, un poco más de siete horas, se divisan a lo lejos las luces del puente general Rafael Urdaneta sobre el lago de Maracaibo. El porro había cesado y se escuchaban acordes de gaitas. Casi que por arte de birlibirloque pasamos el peaje del puente, y comienza a sonar la famosa gaita del grupo Maracaibo 15:

*Quando voy a Maracaibo
y empiezo a pasar el puente
siento una emoción tan grande
que se me nubla la mente.
Siento un nudo en la garganta
y el corazón se me salta
y sin darme cuenta tiemblo
sin querer estoy llorando...*

Miramos con asombro el paisaje que se nos muestra extendido, a ambos lados las infinitas aguas del lago con infinidad de embarcaciones, tanqueros, cerealeros, cargueros, yates, peñeros, canoas y piraguas, sugiere la intensidad del comercio de esa época en esa región petrolera. Al frente, la metrópolis de Maracaibo rendida ante su cuerpo de agua. Con sus casi 9 km de longitud, construido el viaducto durante el primer período civilista-democrático, 1958–1962, es un alarde de modernismo, proyecta definitivamente a Venezuela en el flamante concierto de países con equipamiento territorial de gran factura que permite conectar y

ensamblar el territorio. Comenta en extasis Chuo, lo visita por primera vez.

—*Uno queda subyugado* cuando tiene un encuentro cercano con esta maravilla de la ingeniería.

Una vez desembarcados, buscamos en la bitácora expedicionaria la dirección del hotel que habíamos seleccionado. Está situado a escasa distancia de la terminal de autobuses. Al llegar, lo auscultamos de arriba abajo. Ipso facto El Abuelo hace un comentario sobre la edificación que tenemos enfrente.

—*Carajo, su aspecto no es precisamente de un hotel del primer mundo.*

Ni modo, cuando hicimos el plan de ruta, estábamos consientes que nuestro ajustado presupuesto alcanza en su justa medida para el confort que brindan cuchitriles. Antes de dormirnos Chuo toma el cuatro e interpreta música del repertorio del Orfeón Universitario y canciones margariteñas.

Capítulo III

La región Caribe colombiana: Depositaria de un singular realismo mágico

Decidimos salir muy temprano. De todas maneras los colchones no eran muy confortables, la impronta de haber dormido allí miles de seres humanos lo testimonia una sinuosidad semejante a una hamaca. Con los morrales en las espaldas y dispuestos a soñar nos dirigimos a la terminal de Maracaibo para iniciar nuestro segundo trayecto hasta Maicao, en la frontera colombo-venezolana, y allí, hacer una ruptura de transporte para seguir a Santa Marta. Llegamos al mostrador de Expresos Brasilia compramos los tiques para el viaje. El nombre de la línea de autobús, Expresos Brasilia, ya es anuncio de inicio de la expedición. En el andén de embarque, una señora con cara de buena gente descubre inmediatamente nuestra identidad de turistas, se dirige a nosotros y nos pregunta si vamos a Maicao. Le dijimos al unísono que sí. Comienza de pronto a relatar una retahíla de descripciones sobre los riesgos y peligros de esa ciudad fronteriza. Enseguida refiere.

—¡Ay señor! Maicao está cundida de gitanos. Si usted accede a su solicitud, mientras le leen la buenaventura en las manos o cartas, le hipnotizan con la lengua, y sin darse cuenta le soplan en la nariz un polvo mágico, le llaman burundanga, le quita la voluntad y usted queda a merced de ellos, le sustraen todo lo que lleva.

Para qué la habremos escuchado. Esa disposición a soñar inmediatamente se transmuta en estado de ansiedad y angustia. En eso llega el autobús y embarcamos. En un santiamén estamos en la alcabala de Paraguachón, en la Goajira venezolana. Comenta Chuo.

—Paraguachón es un centro poblado indígena de la etnia Wayúu, de la familia de los arahuacos, dividido por el límite fronterizo, pero que en realidad es un continuo de casas, rostros y fenotipos de rasgos indígenas; uno advierte que se traspasa de un país a otro, no sólo por la

presencia de las alcabalas, la serie de instalaciones militar y policial, aduana, de identificación, sanidad vegetal, animal y humana, junto a las infaltables banderas de los dos estados. El Wayúu es una etnia que no reconoce la existencia de dos países, para ellos es un solo territorio, o quizás mejor dicho una región, La Guajira.

Puntualiza El Abuelo.

—Los habitantes de Paraguachón trasiegan de un lado a otro sus mercancías que llevan al hombro traspasando el imaginario límite. Atrae a los hombres con interés en franquearla por razones familiares, de amistad, laboral, turística, comercial, ilícitos, sexo, entre otros intereses.

Ni del lado venezolano ni del colombiano el autobús fue detenido por autoridad alguna, solo la disminución de la velocidad sugiere el paso fronterizo. El saludo del chófer tanto a los Guardias Nacionales del lado venezolano como a los agentes de la Policía Nacional del colombiano, invita a Chuo a decir una ocurrencia.

—Más hipócrita que saludo de alcabala.

Provoca una colectiva carcajada de nosotros y de quienes están en nuestros alrededores.

—¡Ja, ja, ja!

Dejada atrás la alcabala del lado colombiano, empieza a sentirse el zumbido del autobús al aumentar la velocidad, el estado de la carretera asfaltada deja mucho que desear, bastante deteriorada, el autobús hace giros violentos esquivando los innumerables huecos, muy distinto a la carretera dejada atrás en el lado venezolano. En aproximadamente dieciséis minutos entramos en la periferia de Maicao, y en poco tiempo se aparca el autobús en la terminal.

En nuestra bitácora expedicionaria no está presupuestada la pernocta en Maicao. El autobús sale a Santa Marta sale al mediodía. Nos da tiempo de echar un vistazo al paisaje de Maicao. En la caminata por la procura urgente de un bar, es pertinente describir la primera impresión que da Maicao al viandante. Es oportuno citar a Rafael Arraíz Lucca.

—Maicao nos recordó muchos otros pueblos de frontera, donde uno intuye que algo se cocina en la trastienda.

Nos sentamos en la terraza de un bar. Casi desesperados por libar cervezas. Preguntamos por la variedad de cervezas que ofrecen. La mesonera, de reconocible fenotipo indígena nos refiere las que ofrece el local: Bavaria, Club Colombia, Costeñita, Águila, Heineken, Budweiser y Miller. Preguntamos por la Polar, nos asegura la mesonera:

—Lamentablemente no la tenemos en este momento, disculpen.

Con cierta sensualidad El Abuelo le pregunta por su recomendación. Ella sin parpadear le afirma.

—A mí me gusta la Águila.

Le espeta risueño El Abuelo.

—Por favor, tráiganos tres Águila.

Al brindar, inmediatamente Chuo lanza un chorrillo de cerveza al suelo y dice.

—Por los panas difuntos.

Me dedico a una costumbre inveterada de leer la leyenda de los productos que caen en mis manos. Leo en voz alta.

—Fabricada en Barranquilla desde 1905, tipo lager, 4,5° de alcohol.

Luego del primer sorbo, comento de nuevo.

—Miren mis panas, no le llega ni por los patas a la pilsen Polar.

Comenzamos hablar de nuestras impresiones geográficas de Maicao. El primero en plantear su síntesis geográfica es Chuo.

—Maicao es un puerto libre. La cantidad de personas por sus calles no tiene proporcionalidad con el tamaño de su población, de sesentaidós mil habitantes aproximadamente, para 1970, lo he leído en un folleto.

Luego de un breve descanso amplía

—La personalidad de su paisaje es del tipo paisajístico de ciudad fronteriza. La percepción geográfica es la de una ciudad pequeña con un gran arremolinamiento de gente en faenas de compras y transacciones comerciales de todo tipo. Flota en el ambiente aires del comercio ilícito que abunda en todos sus parajes: Drogas, gasolina, alimentos, bebidas alcohólicas, cigarrillos, trata de personas, armas, fauna-flora silvestres, órganos humanos, minerales no metálicos, cemento, minerales preciosos, blanqueado de dinero, comercio de sustancias y desechos químicos peligrosos, entre otros ilícitos.

Le interrumpo para añadir.

— Es muy cierto, la enorme cantidad de personas dedicadas a la venta callejera de todo tipo de mercaderías de contrabando es un indicio del significado del comercio ilícito en esta ciudad. Hemos visto cigarrillos americanos como Marlboro, Pall Mall, Camel y L&M; venezolanos como Astor rojo y Belmont; junto a todo tipo de mercaderías seguramente producto del intenso comercio de contrabando. Incluso, se fijaron, que nos ofrecieron Yohimbina, medicamento para estimular la apetencia sexual de las vacas, la usan para violar a mujeres. Hasta marihuana nos ofrecieron junto con cambios de divisas.

Quedarse atrás no quiso El Abuelo, interviene y apunta.

—Sus paredes llenas de grafitis sobre las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia–Ejército del Pueblo (FARC–EP), Ejército de Liberación Nacional (ELN), Ejército Popular de Liberación (EPL) y M-19 hablan de la geopolítica interna, de un conflicto armado de vieja data. Creo, sino me equivoco, se origina a partir del vil asesinato del populista Jorge Eliécer Gaitán en 1948.

Con cierto entusiasmo, les digo, que se nos está pasando por alto la geografía física. Agregó a continuación.

—Domina el paisaje los dominios fisiográficos desértico y semi-árido. Se encuentra en la parte más ancha de la península de La Guajira. Aparte del río Limón no está al alcance de la vista otro curso de agua permanente, se ven innumerables cauces de cursos de agua intermitentes, me imagino que solo en la estación lluviosa circulará agua por ellos. La temperatura a campo traviesa supera los 40°C. El viento transporta aire seco, habla de su emplazamiento a sotavento, y no menos significativo, es el transporte de arena, que obliga con cierta frecuencia, a quitársela de la cara. Es penetrante la sensación de estar cerca del mar.

El Abuelo me interrumpe airado para agregar.

—Estás dejando de lado la biodiversidad. La vegetación está dominada por las formaciones del tipo xerófito, con arbustos espinosos, cactáceas y otras especies semi-áridas. Una sabana y matorrales secos y bosques tropicales ribereños en el río Limón, y en sus remansos poblado de plantas hidrófitas. Alcancé a ver bandadas de flamencos y garzas, gavilanes, zamuros, pericos y el trinar del Cristofué. No divisé mamíferos ni réptiles, pero me imagino que abundan. Lo que es inseparable de estos parajes son los rebaños de chivos, la famosa capra aegargrus hircus. Me acordé inmediatamente de las clases de

Biogeografía del profesor Enrique González Boscán (QEPD), el eterno enamorado de La Pichón, una de las hembras mejor dotada de la Escuela de Geografía. Se acuerdan.

Esa disgregación la aprovecha Chuo para quitarle el derecho a discursar.

—Cuando se habla de la península de la Guajira, a cualquier estudiante de la Escuela, le atropella el pensamiento e imaginario geopolíticos del diferendo colombo-venezolano. Los venezolanos gritan que el golfo de Venezuela es venezolano. Desconocen principios geográficos fundamentales. Me parece una exageración pedagógica, porque Colombia tiene costas sobre el golfo, poca, pero tiene, y eso le proyecta soberanía sobre el mar territorial y el archipiélago de Los Monjes le reduce aún más esa proyección a Colombia. Y esa estupidez de la costa seca solo es para trasnochados de la geopolítica.

Le interrumpo su perorata para recordar que ya estamos cerca del mediodía, que debemos estar buscando dirigirnos a la terminal de pasajeros. Están de acuerdo sin rechistar, nos cuesta dejar el sabor deliciosamente amargo del lúpulo, pero bueno, el deber es el deber.

La zona de embarque está a reventar. A los pocos minutos llega el autobús de Expresos Brasilia. Tenemos en mano los tiques del pasaje entre Maicao y Santa Marta. Al instante estamos en la periferia oeste de Maicao. Logramos superar el mal presagio de aquella señora supersticiosa en la terminal de Maracaibo. Maicao en verdad es una ciudad peligrosa, pero tomando las medidas mínimas de prevención se puede ser sobreviviente sin incidentes desagradables.

La Transversal del Caribe, carretera de impacto regional, está en buen estado de mantenimiento, es mucho más ancha que la carretera de

Paraguachón a Maicao. La brisa fresca con aires del Caribe entra por los ventanales y nos acaricia. Leemos un letrero que anuncia, a la derecha, hacia el norte, queda Río Hacha, capital del departamento La Guajira. Río Hacha es un puerto libre, principal terminal portuaria de abastecimiento de la geografía del contrabando de Colombia y Venezuela. Puerto libre es la segunda categoría en la gradación de las unidades territoriales geoeconómicas como son: Zona económica especial; puerto libre; zona franca; y, zona comercial o industrial.

La casetera del autobús emite ruidos en la gradación de contaminación sónica. Acordes de los distintos géneros de vallenatos y charanga vallenata, solo logramos identificar las canciones del Binomio de oro de América y los Hermanos Zuleta. En lo particular me gusta más este último grupo. De repente, nos pasa una unidad de Expresos Brasilia. El chófer de nuestro autobús lo interpreta como un desafío, aumenta la velocidad, y la otra unidad hace lo mismo. Empieza una especie de contrapunteo pasándose uno al otro. En eso, la otra unidad al pasarnos, el chófer comienza a hacer señales para que el autobús donde vamos se detenga. Se detiene en medio de la nada. Entra el otro chófer, y comienza en seguida una discusión acalorada. El otro chófer le espeta.

—Algún pasajero de este autobús hizo la berraquera de lanzar una botella de vidrio y han roto el parabrisas de mi unidad.

El chófer de nuestro autobús le responde airado.

—Qué berraquera, qué berraquera nada. De aquí no se ha lanzado ninguna botella ni objeto alguno.

Nos vemos la cara los tres. Y pareciera que tuvimos el mismo pensamiento.

—«Esto es un mal presagio».

Prosigue la discusión. Salen del autobús los chóferes para evaluar los daños en el parabrisas. A renglón seguido, entran los dos chóferes, y el de nuestro autobús, en voz alta, pregunta.

—Quién ha sido el que lanzó la botella.

Hay un silencio conventual. Al poco rato, vuelve a gritar.

—Bueno, si nadie se responsabiliza tendré que pasar puesto por puesto para exigir el dinero necesario para pagar el parabrisas estrellado. Sino no, no sigue el viaje.

Nos miramos la cara, entre expresiones de asombro y miedo. Sabemos que tenemos el dinero bien corto para la expedición que nos queda por delante. Además, en algún momento en Maicao, habíamos escuchado el imaginario geográfico.

—Los venecos tienen dinero.

Habla de un mito urbano de la época. Nosotros éramos los únicos venezolanos en el autobús. El fenotipo y el habla nos delatan. Eso nos genera bastante ansiedad y angustia. Los chóferes habían acordado un precio que al prorratearlo entre todos los pasajeros alcanza a 298 pesos/pasajero, sea adulto o niño. Al anunciar el precio por pasajero, el silencio conventual se transmuta en una gritería confusa, participamos todos los pasajeros. En medio de la algarabía, comenzamos a trasladar el valor en peso al bolívar, por cuanto en peso no nos dice gran cosa sobre la magnitud a pagar. Chuo saca su calculadora Texas Instruments, comienza a hacer los cálculos de rigor y señala a renglón seguido.

—Mis panas queridos, son sesentainueve bolívares por cabeza.

El Abuelo sin esperar más grita.

—¡Verga!, *Es bastante.*

Esas palabras terminaron por delatarnos como venecos, como dicen por estos lares. Inmediatamente nos asalta la ansiedad. Al concluir la confusión, se levanta un pasajero y alega en tono que no responde a las sonoridades de la región Caribe, más bien parece que es cachaco, es decir, ciudadano de la región andina colombiana. En lenguaje bien educado, con buenos modales y vestir elegante señala.

—*Señores, esto representa un atropello a los ciudadanos que vamos en este autobús. A ninguno de nosotros nos consta que alguno de los pasajeros haya lanzado botella alguna. Así que por favor, exijo compostura, serenidad y realismo. La mayoría de nosotros no podemos pagar esa cifra. Además, ustedes venían en una peligrosa carrera que, gracias a Nuestro Señor Jesucristo, no llegó a ser un accidente fatal. O llegamos a un convenio, o esperamos que venga la policía para resolver este entuerto.*

La palabra policía resultó ser mágica. Inmediatamente los chóferes se bajaron del autobús a conversar sobre el asunto. Pasan unos largos quince minutos, y los chóferes entran de nuevo. El chófer de nuestro autobús dice en alta voz.

—*Hemos llegado al acuerdo de solicitar el pago de cien pesos por pasajero.*

Prestamente Chuo saca de nuevo su calculadora realiza las operaciones pertinentes y nos dice a El Abuelo y a mí.

—*Ahora la cifra en bolívares es 23 con 25 céntimos.*

Raudo dice El Abuelo.

—Esa es una cifra más razonable para nosotros. Serían por los tres 69,76 bolívares. Lo redondeamos a 69. Al cambio serían 1.975,47 pesos. Redondeando de nuevo 1.975.

Se acaba el percance cuando el último pasajero paga la cifra acordada.

Sin embargo, quedamos con la sensación de haber sido extorsionados con un viejo truco.

Al rato el autobús vuelve a su veloz viaje como si nada hubiera ocurrido. Al llevar como diez minutos en vertiginosa travesía, observamos un letrero que dice *Bienvenido/welcome al departamento Magdalena*. Chuo nos da un gran susto, se para emocionado y grita a los cuatro vientos.

—Es el lugar de nacimiento del gran escritor de Hispanoamérica Gabriel García Márquez, después de Miguel de Cervantes Saavedra y Jorge Luis Borges, el mejor cultor de las letras en lengua española.

A las cuatro horas y media de haber salido de Maicao comienzan a divisarse en lontananza edificaciones, nos sugieren que es la ciudad de Santa Marta, capital del departamento Magdalena. Hacia el sur, se observa la solemne sierra nevada de Santa Marta, se extiende desde la altitud sobre el nivel del mar, se escalonan sus pisos térmicos hasta las gélidas tierras de sus glaciares, con el imponente pico Cristóbal Colón, con sus más de 5.700 metros sobre el nivel de sus playas cálidas, engalana el paisaje. Por esas carambolas del destino, la visualizamos despejada de bruma y cubierta de nieve, como la han descrito innumerables viajeros.

Consumiendo paisajes urbanos, llegamos a la terminal de pasajeros de Santa Marta.

Luego de caminar como cuatro kilómetros, dando vueltas y vueltas por el centro de Santa Marta, con morrales sobre las espaldas, buscando un alojamiento con un precio ajustado a nuestro presupuesto, dimos con un hotel. Su nombre, hospedaje, si es que es su nombre, por cuanto, las derruidas letras por los elementos del ambiente, no permite leerlo cabalmente, por deducción concluimos que ese es su nombre. Tiene aspecto de edificación propia del tercer mundo, término de moda en la Escuela de Geografía por esos tiempos, acuñado por primera vez por Alfred Sauvy en 1952. Entramos en la recepción, de aspecto lúgubre. Nos miramos la cara, y casi que automáticamente, los tres hacemos un gesto muy característico del venezolano, subir y bajar los hombros, su significado es, que me importa. Nos dirigimos a la habitación asignada. Al cerrar la puerta, Chuo manifiesta.

—Tiene el olor particular de la pobreza, aire saturado de un tufillo, como dice Darcy Ribeiro, un característico olor ácido de la miseria.

Al despertarnos, antes de ir a buscar algún restaurante para desayunar, Chuo saca la bitácora expedicionaria y afirma.

—Vamos a revisar que está apuntado en la bitácora sobre la expedición geográfica en Santa Marta.

Luego de una rápida revisión Chuo agrega.

—En primer lugar, el sitio obligado para cualquier venezolano es la quinta San Pedro Alejandrino donde murió Simón Bolívar.

Se da una licencia para la disertación, Chuo afirma.

—Me asalta la memoria el imaginario social sobre la llegada de José Martí a Caracas, contratado para impartir clases en el famoso colegio Santa María, precursor de la Universidad Santa María. Dice el mito

urbano que Martí llega a Caracas con el sombrero en la mano al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no pregunta dónde se aloja, ni donde se come, pregunta dónde está la plaza Bolívar. A semejanza de ese mito urbano, cualquier venezolano que llega a Santa Marta, lo primero que debe preguntar es dónde queda la quinta San Pedro Alejandrino, donde murió El Libertador.

Remata lo dicho.

—Resulta obvio que la primera revisión del paisaje que haremos es ir a la quinta.

Mira Chuo, alega El Abuelo.

—Me parece más sensato hacer el primer reconocimiento del paisaje geográfico de Santa Marta en el casco central e histórico. Ahórrate ese discurso patriotero y romántico. Vamos a la quinta, pero primero es lo más cercano, me parece lo más razonable.

A regañadientes Chuo acepta la sugerencia. Inmediatamente tomo la palabra y añado.

—Mañana que es nuestro último día, tenemos que ir a la playa El Rodadero. Quien viene a esta ciudad y no visita esa playa, pues estuvo a medias. También tenemos que incluir en algún momento ir a la terminal para comprar los tiques del trayecto Santa Marta–Barranquilla.

Estos tres itinerarios fueron aprobados por consenso. Salimos del hotel en la búsqueda de algún restaurante económico para desayunar. Una vez sentados en la mesa de un humilde local, desayunamos. La sobremesa la aprovechamos para terminar de revisar el itinerario de la expedición geográfica a Santa Marta. El Abuelo apenas haber terminado el último sorbo de café con leche, agrega.

—Aparte de los itinerarios de consenso, en la bitácora expedicionaria se lee la gran cantidad de sitios de interés turísticos. Aparece subrayado el parque Tayrona, le siguen parque nacional Sierra Nevada, ciudad perdida y mundo marino, y otros sitios. Estimo, mis queridos compañeros de viaje que, la mayoría de esos sitios están un tanto alejados, requieren el uso de taxi, y como todos sabemos muy bien nuestro presupuesto es ajustado, Bolivia está bien lejos.

Lo interrumpe intempestivamente Chuo, interviene con cierta arrogancia.

—Tenemos que visitar obligadamente la sierra Nevada de Santa Marta. Es un hito fisiográfico que ha llamado la atención de geógrafos de todas las latitudes. Por ejemplo, el gran geógrafo anarquista Elisée Reclus realiza una reputada visita a la sierra nevada de Santa Marta, creo que en 1855, la deja plasmada en una síntesis geográfica editada en su famosísimo libro *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta: Paisajes de la naturaleza Tropical*. No estoy seguro si el barón Alejandro de Humboldt meticuloso explorador de la geografía de Hispanoamérica haya visitado la sierra. Debemos revisar su libro *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente para poder citarlo cuando hagamos el informe de la expedición*. Pido el derecho a la palabra, y comento.

—Lástima que Elisée Reclus era anarquista.

Chuo me interrumpe en el acto, y en actitud de molestia por mi peroración, agrega con elegancia.

—No repitas esa barbaridad. Si Elisée Reclus no hubiera sido anarquista no hubiera escrito esas genialidades que al día de hoy son clásicos de la Geografía. Fíjense, Beatrice Giblin-Delvallet, considerada la mejor biógrafa de su obra geográfica, discípula del gigante Yves Lacoste, las

malas lenguas dicen que fue su amante, plantea que sus razonamientos geopolíticos son imprescindibles para entender las diversas formas de hostilidades, rivalidades y dominación territoriales que ejercen los estados sobre naciones.

Es que Chuo, en la asignatura de Geografía del Subdesarrollo, impartida por el catedrático Pedro Cunill Grau, le tocó desarrollar y exponer el significado de la obra de Elisée Reclus en la Geografía Hispanoamericana, catalogada su exposición por el profesor como sobresaliente.

Con sabiduría rústica El Abuelo interviene.

—Ya comienza Chuo con su romanticismo de nuevo. Señores, aterricemos. Para una expedición geográfica hacia la sierra nevada tendríamos que tomar un taxi, además, mis estimados compañeros de viaje, esa es una expedición geográfica específica, y seguramente requerirá de un buen tiempo, incluso días o semanas. Definitivamente creo que debemos centrarnos en los tres itinerarios del consenso.

Santa Marta tiene una Población estimada para 1975 de trescientos quince mil habitantes, aproximadamente, es la doceava ciudad más poblada de Colombia, se le conoce en imaginarios geográficos desde tiempos coloniales como la perla de América. La geohistoria señala que a partir de 1538 adquiere una fama económica por la extracción de sus ricos ostrales de perla de sus costas, será la causa de esa denominación de origen geográfico. Fue considerada como destino turístico, cultural e histórico del país. En realidad, se percibe su catalogación como sitio de interés turístico. Se ve personas de fenotipo norteamericano, europeo y venezolano deambulando por sus calles. En nuestro recorrido por el centro paseamos por el hermoso malecón. Destaca la edificación colonial de la antigua casa de aduana, nos trajo a la memoria la Casa

Guipuzcoana de La Guayra, hoy convertida en el museo del oro. Destaca igualmente, la Basílica de Santa Marta, de un impecable color blanco. Por un callejón angosto, prácticamente el viandante se tropieza con una hermosa edificación, su leyenda indica Casa de la francesa Madame Augustine, construida en 1745. No pudimos averiguar gran cosa del significado de esta señora para Santa Marta, solo hemos leído, es una elegante dama francesa, de quien un mito urbano asevera que tuvo un amorío con el médico Alexander Prósper Révérend, el galeno que atendió a Simón Bolívar en sus postreros días. El abuelo señala mordaz.

—Probablemente fue una prestante dama licenciosa.

Se ríe de su locuacidad.

—¡Ja, ja, ja!

Volvemos al malecón, nos sentamos en un banco. Chuo hace una propuesta.

—Debemos visitar el parque nacional Tayrona. Tiene fama mundial por su interés antropológico, es depositario de gran cantidad de yacimientos arqueológicos, y además, habitan tribus indígenas en la actualidad, es un laboratorio de antropogeografía, como diría Friedrich Ratzel.

El Abuelo viendo que Chuo no daba término a su insistencia de visitar el parque nacional, presto busca ponerle fin a lo que él considera como un ritornelo sobre el tema del parque nacional. Lo interrumpe rápido.

—Pero Chuo, dime por favor, sabes dónde queda el bendito parque nacional, ¿a cuánta distancia de la ciudad se encuentra?

Estima Chuo que es una sentencia aprobatoria y responde presuroso.

—Se encuentra localizado en las faldas de la sierra nevada, se extiende hasta las playas del mar Caribe, como a 40 kilómetros de Santa Marta.

Lo vuelve a interrumpir El Abuelo con la intención de desmontar definitivamente esa reiterada argumentación.

—Vas a seguir Chuo con el sambenito de la Sierra Nevada. Está como a cuarenta kilómetros de la ciudad, requerirá un servicio de taxi, y como es una zona de interés turístico no quiero ni pensar en el precio de viaje de ida y vuelta. No podemos ir chico, estamos condenados a hacer nuestras exploraciones geográficas a pie o en su defecto en autobús público, no hay otra mi pana.

Resignado ante semejante razón arguye Chuo.

—No tengo que decirles más sobre la visita al parque nacional Tayrona.

Sin embargo, esa idea le sigue flotando en la mente. Al poco rato, como si ya hubiese olvidado la reprimenda, comenta Chuo.

—Los indígenas que habitan el parque nacional son de las familias chibchas y arahuacos.

Me entusiasma esa alocución y sin pender tiempo agrego.

—En el folleto que me mostraste Chuo, señala que las comunidades indígenas son Kankuamo y Wiwa de la familia Chibcha y Kankuané de la familia arahuaco. La geohistoria del período pre-hispánico señala que los chibchas alcanzan el modo de producir riquezas de agricultura de terrazas. Llegaron a tener contactos comerciales, culturales y geopolíticos con el gran imperio Inca y con los Timoto-Cuicas en Los Andes venezolano, los indígenas con más escalonamiento en el proceso civilizatorio de la Venezuela pre-hispánica, también practicaban los Timoto-Cuicas la agricultura de terrazas e intenso comercio, al igual que

los chibchas. Los arahuacos, habían alcanzado un estadio de desarrollo inferior, la agricultura de regadío. Seguramente, también se localizaron etnias de la familia Caribe, con menor grado de avance civilizatorio, con agricultura transhumante, cuya voz indígena llama conucos; con sucesión de suelos en laboreo y suelos en descanso o barbecho, generalmente en los valles, planicies y faldas de montañas, colinas y cerros. Si hacemos un paralelismo con las civilizaciones de la antigüedad, los chibchas e inca, se pueden asociar al grado de desarrollo de imperios persas e hindú, en cambio los Caribes, pudieran ser asociados a romanos antes de la República. Probablemente, corriendo un modelo de escenarios de Geografía cuantitativa, los Caribes hubiesen llegado a ser el Imperio fenicio de la Hispanoamérica pre-colombina, por sus extraordinarias destrezas en la navegación. Los fenicios llegaron a tener un estadio civilizatorio inferior, y dominaron a todos los imperios del mundo conocido de su tiempo geohistórico. La gran región que dominaban Los Caribes, incluye el collar de islas de barlovento, sotavento y grandes Antillas, así como los países sudamericanos y centroamericanos ribereños del gran mar, e incluso Florida en Norteamérica.

Chuo con gestos de elogios y dirigiéndose a mí alega.

—Estimado, te encadenaste bien intensamente con ese largo discurso.

Luego El Abuelo indaga.

—¿Dónde adquiriste ese conocimiento geohistórico?

Le respondo inmediatamente.

—Me tocó preparar para la asignatura de Geografía del Subdesarrollo impartida por el profesor Cunill el trabajo Transformaciones del Espacio Geohistórico Pre-Hispánico.

Raudo me interrumpe Chuo e inquiera.

—¿Y a ti Abuelo cual trabajo te tocó desarrollar con Cunill?

El Abuelo le responde.

—Significado Geoeconómico-geopolítico de los Hidrocarburos en Hispanoamérica.

El Abuelo con actitud de impaciencia refiere.

—Vamos a dejarnos de discursitos y dirijámonos a la quinta San Pedro Alejandrino que se encuentra a más de cinco kilómetros del centro, y a pie nos llevará, tal vez, un poco más de una hora. Así que emprendamos la marcha.

Vamos revisando la ciudad. Envueltos en los susurros de los distintos ruidos de los lugares de la urbe. La caminata nos lleva más de dos horas. Con las imprescindibles paradas para tomar fotografías y haciendo descripciones y notas de los paisajes culturales y fisiográficos. Llegamos a la quinta. Buscamos la taquilla. El empleado nos refiere al inquirir por el precio de la visita.

—Estamos en temporada alta, los extranjeros adultos deben pagar siete US\$ o su equivalente en pesos.

No hubo discusión sobre su precio, el simbolismo de la visita y la caminata sugerían pagar los veintiún US\$. Chuo, como coordinador y administrador de la expedición paga en pesos.

Entramos. La emoción nos embarga. Es una impresionante mansión colonial, poblada su caminería de entrada con portentosas hileras de

chaguaramos. Se detiene y nos llama Chuo, lee en voz alta, en trance de éxtasis una leyenda.

—Entregada en encomienda en 1608 al canónigo de la catedral de Santa Marta de los Remedios Francisco de Godoy y Cortesía, desarrolla en sus fértiles suelos cañamerales, se establece un ingenio para la obtención de azúcar, panela, alcohol y ron.

Lee de nuevo Chuo en voz alta, pero esta vez el folleto informativo.

—Estas instalaciones coloniales, albergan el santuario de la Patria, el museo bolivariano de arte contemporáneo, Jardín Botánico, las instalaciones de la casona colonial, edificaciones de las faenas agrícolas y barracones donde dormían los esclavos de la hacienda.

Decidimos dejar de último el santuario de la Patria. Otra decisión es que El Abuelo sea el fotógrafo oficial, por cuanto tiene la mejor cámara, una Pentax con teleobjetivos, además hay restricciones en el uso de flash, y él tiene rollos de fotos de 400 ASA, no requieren el uso de flash. La visita consume más de tres horas, la escogimos no guiada, por cuanto tiene un costo adicional. Visitamos el caserón colonial, la capilla y oratorio, sala principal, alcoba, comedor, cocina, habitaciones de huéspedes, caballeriza, trapiche, alambiques, bodega y barracones. Comenta embriagado de embelesamiento Chuo.

—Realmente conmueve el espíritu ver estas extraordinarias instalaciones.

Le damos la razón El Abuelo y yo al unísono. Es realmente impresionante. La escultura que simboliza la República victoriosa de Colombia con su altar de la Patria es verdaderamente majestuosa; coronada por Simón Bolívar, con la espada en su mano derecha, rodeado de ángeles, una estatua de un repúblico romano, un campesino

con sus artes de trabajo y un indígena, en el centro, debajo de la augusta figura de El Libertador.

El jardín Botánico es de una belleza extraordinaria. Está dividido en secciones. Palmares, bosque tropófilo, selva pluvial, bosque xerófito, malezas de sabana, formaciones hidrófitas y una sección especial de donaciones de otras naciones, cerezo japonés, palmeras de Cuba y Hawaii y un hermoso hijo del samán de Güere, donado por Venezuela.

En la visita al museo bolivariano de arte contemporáneo, se contempla un réplica de la espada del Libertador; cuadros de Alexander Prosper Reverend, el cuadro la Visión del Peregrino, el de Joaquín De Mier y Benítez, de la hacienda San Pedro Alejandrino y de Simón Bolívar, entre muchos otros cuadros. Una colección de libros de El Libertador. Una escultura de mármol del Bolívar yacente. Todavía nos queda por visitar el santuario de la Patria. Llegamos por fin al santuario. Chuo lee de nuevo.

—Construido en 1930 para honrar la memoria de El Libertador Simón Bolívar al cumplirse el primer Centenario de su muerte.

Se encuentran diversas copias de misivas de Simón Bolívar. En eso Exaltado nos llama Chuo.

—Vengan a ver esta carta de Simón Bolívar al general Juan José Flores. Es dramática, mis panas. Escuchen este fragmento:

...Usted sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos. 1º. La América es ingobernable para nosotros. 2º. El que sirve una revolución ara en el mar. 3º. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4º. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos los colores y razas. 5º.

Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán a conquistarnos de nuevo. 6°. Sí fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América.

Luego de la lectura, Chuo prosigue.

—Se fijaron que dramatismo expresa un Bolívar decepcionado por la incompreensión de los militares, enanos políticos ante la señera figura de El Libertador, a excepción, claro está, de Antonio José de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho y el general Rafael Urdaneta, entre muchos otros generales leales hasta la muerte a El Libertador.

El Abuelo le riposta a Chuo.

—Estimado, ése presagio de Simón Bolívar no corre con Venezuela, no se cumplirá en nuestro país. Podrá cumplirse en cualquier país de Hispanoamérica pero no en Venezuela. Vino Fidel Castro a Caracas por la campaña un bolívar para Fidel y pronuncia un discurso donde invita a Betancourt a sumar voluntades para impulsar la segunda independencia de los países hispanoamericanos. Además, la democracia en Venezuela está vacunada contra golpes de Estado.

Y continúa hablando El Abuelo.

—Hay un imaginario social que dice que Rómulo Betancourt le responde: Dígale a Fidel Castro, que cuando Venezuela necesitó libertadores, no los importó, los parió.

Chuo le responde en modo automático.

—Sí Luis, ponte a creer. El comandante guerrillero Douglas Bravo de las FALN, con su tesis de El tercer Camino, plantea cooptar oficiales militares para instaurar la revolución comunista en Venezuela. Ahí están

el Carupanazo y el Porteñazo. No te creas eso. La democracia en Venezuela es vulnerable.

Esa sentencia deja sin argumentos a El Abuelo.

Seguimos pasando revista a los documentos de El Libertador. Convoco a Chuo y a El Abuelo para que escuchen el documento con las últimas palabras de Simón Bolívar, cuando llama a su fiel esclavo y le dice, después de una pesadilla.

—Vámonos Palacios que aquí no nos quieren.

Y con esta última lectura salimos del museo y la quinta. Con ánimos tristes, melancólicos, desalentados, consternados, taciturnos, arrastrando los pies por el piso.

En un poco menos de dos horas, al final de la tarde llegamos al hotel. Estamos extenuados. Nos duchamos. Comemos en la propia habitación la ración de campaña. Al terminal el frugal condumio, Chuo comienza a revisar la bitácora expedicionaria.

Nos advierte.

—Mañana nos toca ir a la playa El Rodadero. A renglón seguido dice Chuo.

—Me imagino que todos trajimos los trajes de baño.

Luego de desayunar la ración de campaña, emprendemos la caminata para la playa. La distancia desde el hotel es algo más de seis Km. Concluimos que tardaremos un poco más de dos horas, habíamos leído sobre su situación en la carrera Hernández Pardo.

Tomamos esa carrera como nos sugirieron, sin desviarnos, con rumbo nor-oeste. La vía bordea el cerro Ziruma. Es todo un simbolismo para

los samarios, gentilicio de los que habitan en Santa Marta, a similitud del significado de El Ávila para los caraqueños. Se observa una formación orográfica de entre 800 a 1.500 metros sobre el nivel del mar, pareciera ser parte del piedemonte norte de la sierra Nevada. Su flora responde a la vegetación típica de la zona de vida bosque seco montano bajo; predominan las especies deciduas y semideciduas, con formaciones vegetales siempre verde ribereñas en los cursos de agua estacionales. Es un icono del ambiente natural de Santa Marta, junto a la sierra nevada, decretado como parque urbano de reserva natural. De repente, al traspasar una curva pronunciada, se nos revela un paisaje de palmeras de cocotales, una avenida costanera, y una sucesión de edificaciones verticales en la fachada sur de la vía. Emocionado, quizás porque le recuerda su geografía entrañable de la isla de Margarita, Chuo exclama.

—La mejor descripción de una playa la he leído en un poema de Nicolás Guillén.

Para nuestra estupefacción lo declama sin desperdicios.

—La noche morada sueña
sobre el mar;
la voz de los pescadores
mojada en el mar;
sale la luna chorreando
del mar.

El negro mar.

Por entre la noche un son,
desemboca en la bahía;
por entre la noche un son.

Los barcos lo ven pasar,
por entre la noche un son,

encendiendo el agua fría...

Inmediatamente Chuo aclara presuroso.

—Hasta ahí me la sé, discúlpenme.

Al salir del asombro y ya con capacidad de reaccionar, El Abuelo afirma.

—Da la impresión de estar ante un paisaje semejante al de Miami Beach, con sus secuencias de palmeras y edificaciones paralelas a la línea de playa.

Le damos Chuo y yo la aprobación, aunque solo conocemos a Miami Beach por medio de postales. Y agrego enseguida.

—Tan diferente al caso venezolano. El irrespeto al ordenamiento territorial de las franjas de ordenación paisajística de la costa, le asigna un valor de anarquía. Se me viene a la memoria la playa San Luis de Cumaná, para mí, una de las más bellas de Hispanoamérica. Con una infinita franja de arena y dunas, llamadas Los Montones. Ocupada por toda suerte de tarantines, unos más horribles que los otros, y las casas de playa, hoteles y toda clase de edificaciones, han reducido a su mínima expresión su franja de arena, las dunas, muchas, extirpadas de cuajo y las edificaciones cortando de un tajo la visual de la costa desde la carretera. Qué lástima.

En la franja arenosa de la playa, buscamos una locación para instalarnos con nuestras humanidades. Inmediatamente nos quitamos los zapatos, medias, pantalones y camisas para zambullirnos en sus azules y cristalinas aguas. Una especie de duna entre la zona de vaivén de las aguas y la franja arenosa, capaz de hacer rodar a quien se lo proponga, es el origen de su geotopónimo. No pudimos contrarrestar la invitación de las dunas a rodar cuesta abajo y sentir la sensación de sentirse como un infante.

Nos percatamos de que El Abuelo no usa traje de baño sino bermuda larga con figuras de iglesias con colores luminosos. Chuo no puede reprimir lo que piensa, y lo suelta.

—¡Abuelo!, ya sabemos el origen del remoquete "El Rococó" con que te bautizaron en una salida de campo. De seguidas nos reímos a carcajadas.

—¡Ja, ja, ja!

No solo la playa es un deleite por el sol tropical, la brisa de los alisios del nor-este y su agua marina fresca. También es un hechizo por la visual de hembras bien dotadas que deambulan por la playa: Colombianas, norteamericanas, europeas y compatriotas. Al pasar un poco más de dos horas, damos por cumplido el ritual del visitante de Santa Marta, bañarse en las aguas de la playa El Rodadero. Nos vestimos, y con esas imágenes de magnificencia tropical, evocando imaginaciones geohistóricas sobre la presencia de indígenas, españoles y corsarios en la bahía de Santa Marta. Como nos refirieron en la plaza Bolívar. Era tal el imaginario geográfico sobre sus riquezas, que la ciudad fue embestida, saqueada y quemada por piratas en más de diecinueve ocasiones solamente en el siglo XVII. Con estas y otras abstracciones, llegamos exhaustos al hotel. La revisión de la bitácora expedicionaria, luego de la respectiva ducha y descanso, señala que el próximo destino es Barranquilla.

Entramos en el autobús de Expresos Brasilia que ya está haciendo el abordaje, llegamos justo a tiempo. Hacemos un paneo, como si tuviésemos usando el disparador de las cámaras fotográficas para observar los pasajeros del autobús. Vemos colombianos de evidente fenotipo costeño la mayoría, junto a una menor proporción de rostros que indican otras geografías colombianas. Una pareja de japoneses

entran después de nosotros. Chuo y yo quedamos uno al lado del otro, El Abuelo detrás. A dos puestos nuestros están dos norteamericanos, al lado de El Abuelo un europeo de rostro eslavo. Se oyen conversaciones de mujeres en francés. E incluso, escuchamos tonillos de hablar venezolano, junto al de españoles y argentinos hacia el fondo del autobús. Es que en la década de 1970 hay cierta moda de viajar por Hispanoamérica como mochileros en autobús, bicicleta, "auto-stop" e incluso a pie. Muy probablemente esté relacionado con el boom latinoamericano de las letras en las décadas de 1960 y 1970: Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, José Donoso, Jorge Amado, entre otros escritores del boom literario hispanoamericano, describen magistralmente la geografía y sociedades hispanoamericanas. No menos significativo es la influencia en viajar por estos territorios por el boom político, encarnado en personalidades tales como: Ernesto "Che" Guevara, Salvador Allende, Camilo Torres, Manuel Marulanda, Carlos Amador Fonseca y otros revolucionarios. Y el boom cultural, con los coletazos en Hispanoamérica de la llamada protesta contracultural, organizada en torno a las artes plásticas (Andy Warhol), la música (Joan Báez), intelectuales (Jean Paul Sartre), la protesta contra el orden establecido de la sociedad industrial (movimiento Hippie). Es todo un seductor ambiente que atrae personas de todas partes del mundo para conocer las realidades social, política, cultural y espacial hispanoamericanas. En verdad, Hispanoamérica está de moda.

No más traspasar la periferia oeste de Santa Marta, el chófer pone la música a todo volumen. Parece que es una identidad como franquicia de esta línea de autobús. Es cosa del pasado el vallenato, charanga vallenata y porro. Suena un sólido sonido de salsa con aires de Calipso, con piezas de Joe Arroyo, el barranquillero maravilloso; la música como

parte de la geografía de la percepción señala diferenciaciones espaciales geoculturales. En poco tiempo de travesía por las estribaciones piedemontinas de la sierra nevada, al comenzar una pronunciada bajada se nos manifiesta en toda su magnificencia la ciénaga Grande de Santa Marta, parte del sistema de ciénagas del río Magdalena en su desparrame en la extendida planicie aluvial que forma antes de desembocar en el mar Caribe. Chuo platica y hace un comentario.

—Deberíamos pensar en una expedición geográfica que surque el río Magdalena y seguir el itinerario que describen los historiadores, sobre los últimos días de Simón Bolívar, con sus remembranzas de hazañas militares, derrotas y traiciones, y sus nostalgias por los amoríos en cada pueblo de las riberas del gran río, durante su marcha ineludible hacia la muerte.

No se le hace ningún comentario y seguimos en modo mutismo. Al pasar el centro poblado Cordobita al lado sur de la transversal del Caribe el autobús hace un giro hacia el norte, y continúa por la barra de la ciénaga. Que paisajes tan placenteros se despliegan ante nuestras miradas atónitas, al norte la inmensidad del mar Caribe, al sur se explaya la ciénaga. Calculamos la longitud de la barra en algo menos de cincuenta kilómetros aproximadamente. Al terminar de traspasar la barra de la gran ciénaga, recorriendo la planicie aluvial, contamos alrededor de veintisiete ciénagas de disímiles tamaños. Al instante, se observa un letrero que dice *Bienvenido/welcome al departamento Atlántico*, justo a las dos horas indicadas en la estafeta de la terminal, e inmediatamente pasamos el puente Alberto Pumarejo sobre el río Magdalena, son las diez de la mañana. Al ver el gran río, Chuo nos comenta.

—Simón Bolívar en algún documento que no alcanzo a recordar su título describe sus portentosas aguas, indicando que por él fluye en todo su largo recorrido, todas nuestras historias patria y sentimental.

Al franquear el puente estamos en Barranquilla, es una metrópolis a diferencia de las ciudades anteriores, tiene un poco más de un millón seiscientos mil habitantes aproximadamente para 1975, es la cuarta ciudad más populosa de Colombia. Al hacer geografía urbana comparada, para una referencia de escala, Caracas, tiene para el censo de 1971, un poco más de dos millones de habitantes. Inmediatamente se comprende que estamos ante unas geografías disímiles en cuanto a la percepción, comportamiento e imaginario geográficos, a lo visto anteriormente en lo trajinado por la expedición. Los atascos en el tráfico urbano aparecen de improviso, y este solo hecho, nos sugiere su condición metropolitana. El autobús se enrumba sin desviarse por la carrera nueve, recorre como tres kilómetros con tráfico pesado, llegamos a la terminal particular de Expresos Brasilia. Desabordamos, y al salir de la terminal nos asalta la sensación de estar ante una urbe menos abaricable. Inmediatamente, por intuición geográfica, nos acercamos a un quiosco, compramos un plano de la ciudad. Estamos más desestresados, tenemos en nuestras manos la herramienta privilegiada del geógrafo, el mapa. Los tres hemos cursado el trío de asignaturas de Cartografía, comprendemos perfectamente que el mapa es una abstracción del espacio geográfico, y en nuestro caso, permite la lectura e interpretación del territorio urbano ante nosotros. Podemos revisar la ciudad con mayor confianza y seguridad. La intuición proporcionada por la certeza de tener un presupuesto ajustado, nos sugiere buscar hacia el centro, y mucho mejor hacia el puerto, allí debemos conseguir ofertas más económicas de alojamiento. Con plano

en mano emprendemos la revisión de la ciudad. Al hacer una pormenorizada lectura del mapa Chuo nos indica.

—Debemos tomar rumbo norte, buscar el triángulo formado por los barrios Abajo, Rosario y San Roque, entre esos geotopónimos se sitúa el centro de Barranquilla. Al relacionar la escala del plano urbano y la imagen de la ciudad atrapada en éste, el centro está a tres kilómetros.

Sin más que agregar emprendemos la marcha para revisar la ciudad, al desatiempo en el andar, examinando hechos visibles de la morfología urbana y echando miradas a la geografía de la cotidianidad, a los caminantes, sus actitudes y transitar, nos es de utilidad en la orientación geográfica. Al llegar al objetivo, comenzamos a recorrer las diferentes calles y carreras que forman el centro. Hago un comentario sobre la identificación de calles y carreras.

—La malla urbana con sus cuadras identificadas con numeración es muchísimo más amigable que la identificada con nombres, como es la de Caracas.

Damos giros, volteos y recorridos por el centro, conseguimos algunas ofertas de precios de alojamiento que nos llaman la atención. A renglón seguido El Abuelo agrega.

—Probemos buscar hacia el puerto. Generalmente, en torno a la terminal portuaria se distribuyen espacialmente barrios pobres. Allí podremos conseguir alojamiento ajustado a nuestras cuentas.

Al caminar kilómetro y medio buscando el puerto, estamos en un lugar con el geotónimo de Barranquillita, es un territorio urbano de hábitat subintegrado. Kilómetro y medio más al este llegamos al barrio Villanueva en la ribera del río Magdalena, es un paisaje urbano híbrido con hábitat informal, combinado con territorio de hábitat consolidado.

Nos dirigimos rumbo sur. A nuestra izquierda, las instalaciones del puerto, al alcanzar los tres kilómetros y medio, llegamos a un lugar con el geotopónimo barrio La Luz, justo al lado del puerto, conseguimos un alojamiento cuyo nombre es igual al del barrio. El aspecto deja mucho que desear en cuanto a categoría turística alguna. Es una vivienda que aparenta una data muy añeja. De esos caserones de inicios del siglo XX, de madera, a cierta altura del suelo, tipo vivienda palafítica muy característica del Caribe de las planicies aluviales, debe ser para salvar las charcas de agua en el evidente lecho de inundación del gran río donde está emplazado el barrio, probablemente hoy controlada las inundaciones con obras de embalse/represa en la cuenca hidrográfica alta y media, con fines de retener el curso de agua para garantizar la disponibilidad del vital líquido, riego agrícola, generación de energía eléctrica o controlar las estacionales inundaciones. Discutimos sobre la conveniencia de alojarnos allí. El Abuelo, con su sabiduría rústica termina con la discusión al decir.

—Escuchen mis panas, no tenemos muchas opciones, además, ya hemos caminado más de siete kilómetros. Vamos a preguntar el costo de una habitación para los tres, lo revisamos y resolvemos después, ¿les parece? De todas maneras, aquí estaremos solo dos noches.

Ni modo, Chuo y yo resignados aceptamos su propuesta. Subimos por unas escaleras de madera que luchan contra la gravedad. Entramos, su aspecto interior es de descuido en la pintura de las paredes, manchas, desconchados y telarañas. Llegamos al mostrador. Chuo le pregunta a la recepcionista de un color de ébano, el costo de una habitación para tres personas por dos noches. Aclara la dependiente.

—Su valor es 290 pesos por personas la noche.

Espeta mecánicamente.

—Los tres serían 870 pesos cada noche, en total, 1.740 pesos.

Nos retiramos del mostrador para discutir el asunto. Chuo rápidamente, con la Texas Instruments en la mano, nos aclara.

—Al cambio con el bolívar, para tener una referencia, son 405 bolívares.

Aceptamos el costo. Sentados en las camas de la habitación diminuta, las camas están casi una al lado de la otra. Chuo saca la bitácora expedicionaria para visualizar los itinerarios de interés a visitar en Barranquilla. El listado copiado por Chuo en la minuta era bien extenso: Boca de Ceniza, Castillo San Antonio Salgar, parque cultural del Caribe, Casa del Carnaval, intendencia fluvial, plaza de la aduana, Casino Río, Puerto Velero, intendencia fluvial, paseo Bolívar, Parque Venezuela, parque Washington y barrio del Prado. El Abuelo interviene inmediatamente.

—Chuo, parece que se te pasó la mano acopiando sitios de interés para la expedición geográfica, que bríos, ni en un mes cumplimos esos itinerarios.

Inmediatamente me entremeto en la conversación.

—Me parece que el hambre está encrespando los ánimos, son las dos y media de la tarde. O comemos la ración de campaña habitual o buscamos un sitio barato para comer. Pero el hambre abrume.

La propuesta de buscar un sitio económico para comer gana el consenso. Con mapa en mano vamos a buscar un sitio adecuado a nuestro presupuesto. Chuo al terminar de evaluar el plano nos comunica su apreciación.

—Vamos al barrio Barlovento situado en el centro de Barranquilla, cerca de la zona industrial. Es un lugar común decir que en las zonas industriales es posible encontrar restaurantes económicos, por cuanto están pobladas de naves industriales y trabajadores. Así que, me parece una buena opción. Se encuentra a cinco kilómetros, aproximadamente, rumbo norte.

Aprobamos en seguida. A los treinta y siete minutos de una caminata combinada con observaciones detalladas del paisaje y comentarios sobre la síntesis geográfica a la que llegábamos en consenso, alcanzamos al barrio Barlovento. Por la calle 9, en la ribera de uno de los innumerables caños que forma el río Magdalena encontramos un restaurante con el aspecto de ofrecer servicios a obreros de la zona industrial, estimamos que es el apropiado. Sobrearriga le sirven a El Abuelo, sábalo frito para Chuo, estaba feliz de comer pescado de mar, le asaltan añoranzas de su amada isla de Margarita, y a mí, un pescado de río llamado bocachico; mi condumio resultó ser una pieza saturada de espinas desmenuzadas; es aconsejable leer sobre la geografía gastronómica del lugar que se visita, ayuda a estar prevenido. Al terminar, decidimos caminar con lentitud en el andar para consumir paisajes urbanos al detalle. Me asalta un pensamiento de Milan Kundera, plantea.

—«Hay un vínculo secreto entre la lentitud y la memoria, entre la velocidad y el olvido... En la matemática existencial adquiere la forma de dos expresiones elementales: El grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria y el grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido».

Con ese movimiento para activar la memoria, se recorren dos kilómetros y medio, arribamos al barrio Montecristo. Es un territorio urbano de hábitat consolidado, el aspecto de sus viviendas y transeúntes que deambulan por sus calles denotan un paisaje integrado por familias de

clase media de ingresos bajos. Llama la atención colores vivos de muchas de sus viviendas, sugiere la esencia vigorosa del gentilicio propio del Caribe que se respira en su atmosfera. En una plazoleta, mantenemos una conversación con un lugareño de aspecto setentón. Al preguntarle por el barrio, se anima a extender un monólogo, no nos atrevimos a interrumpirle.

—Tiene más de cincuenta años de fundado. Este barrio sintetiza la alegría del barranquillero. A Barranquilla se le conoce mundialmente como La capital de la alegría, y no es para menos.

Toma aire para puntualizar.

—El carnaval tiene una presencia viva en esta ciudad, y Montecristo es la cabecera, es el lugar del mejor carnaval de la ciudad. Esta fiesta popular, es decretada como patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO.

De repente los ojos le brillan, se le nota un rictus de felicidad por lo que va a decir.

—El visitante inmediatamente se persuade que, el béisbol es cátedra viva en cada una de sus cuadras. Aunque el futbol se practica en cualquier baldío. Pero el beisbol, eso es lo de este barrio. Aquí nació Édgar Rentería, el mejor shortstop del mundo, jugó para los Rojos de Cincinnati, puso a Monte Cristo en el mapamundi.

Pensé interrumpirle y aclararle.

—«No señor, Luis Aparicio, venezolano, está en el Salón de la Fama de las Grandes Ligas como uno de los mejores campocortos de todos los tiempos».

En el acto, me dije no, no vale la pena estorbar su animado discurso.

No da tregua, solo hace una pausa para tomar una bocanada de aire para insistir.

—El folklore del barrio es el más enérgico de la geografía de Barranquilla. Las Marimondas Quilleras del barrio Montecristo son las comparsas más hermosas, vistosas y danzarinas de barranquilla y todos sus alrededores, es como si celebraran a Dios al danzar, tienen que verlas y disfrutarlas, no podrán borrarlas de su memoria, le quedarán impresas en su corazón. Trovas y poesías las han inmortalizados.

Volvió la cara como mirando el horizonte buscando inspirarse para continuar su soliloquio.

—¡Ah! Amigos míos, si al visitante el hambre lo oprime, encuentra en la gastronomía de Montecristo el placer de la hibridez cultural, por ejemplo, el mejor sancocho de Barranquilla lo comerá en Montecristo, reúne los sabores de la geografía universal en un plato, ingredientes de África, América, Europa y Asia.

En eso, nos pregunta.

—Ustedes son venezolanos, ¿cierto?

Le respondemos con un monosílabo.

—Sí.

Enseguida indaga de nuevo.

—¿Y dónde están residenciados aquí en Barranquilla?

El Abuelo toma la palabra y dice.

—En el barrio La Luz.

Inmediatamente cambia de expresión y manifiesta.

—Tienen que atravesar el barrio Barranquillita. Tengan mucho cuidado, es un lugar muy peligroso. Pululan bandas criminales y es nido de narcotraficantes. Es una geografía poblada de ilícitos.

Aprovecho ese clamor, miro el reloj, les hago seña a El Abuelo y Chuo, y entienden que ya es hora de marcharnos.

Nos despedimos de nuestro contertulio fortuito, le damos las gracias y nos marchamos.

Habíamos quedado con la intención truncada de visitar barrio Abajo. Nos habían dado referencia de sus paisajes. Decidimos ir. En el camino rumbo sur, revisando la ciudad, buscamos barrio Abajo. El Abuelo indaga.

—¿Que les pareció el señor con quien hablamos?

Chuo entusiasmado responde.

—Me parece que es un poeta. Nos dio toda una lección de geografía cultural. Uno comprende inmediatamente el significado geocultural de ciertas fiestas para una ciudad. Barranquilla, toda ella orbita en torno al carnaval. Es su esencia. Su significado va mucho más allá de lo geocultural. Se manifiesta igualmente en lo geosocial, la identidad e imaginario sociales emergen en el tiempo de carnaval, no solo en los cinco días de desenfreno y desahogo, sino meses previos de preparación en cofradías y otros meses más evaluando y arguyendo sobre los resultados del carnaval. No menos significativo, debe ser el volumen y flujo de bienes financieros y materiales con notables impactos geoeconómicos, que transforman el territorio urbano estacionalmente. E incluso, debe también tener manifestaciones geopolíticas. El señor de Montecristo tiene razón, el carnaval tiene una presencia viva en esta ciudad.

En eso nos adentramos en barrio Abajo. Chuo no puede reprimir una expresión.

—¡Ay Virgencita del Valle! Que sinfonía de colores se nos despliega ante nuestras miradas.

El colorido de sus viviendas llena el paisaje. Murales de diversas gamas y tamaño. El barrio es una celebración. Una festividad permanente. Que gratos paisajes le ofrendan al visitante. El Abuelo anda febril, enfocando y oprimiendo el disparador de su Pentax, colocando y quitando sucesivamente, uno tras otro los diferentes teleobjetivos. Llamo la atención con un comentario.

—Mis panas, el cielo se está encapotando. Se forman rápidamente nubes cúmulo-nimbos, de gran ensanche vertical, la atmosfera se está saturando de un aire cálido y húmedo. Es anuncio de ciclón u onda tropical. Todos hemos vistos las asignaturas de Meteorología, sabemos perfectamente que estamos en plena temporada de huracanes, depresiones, tormentas y ondas tropicales. Considero que es aconsejable buscar dirigirnos al hotel.

Hubo consenso automático. No habrá seguramente otra oportunidad de revisar el paisaje urbano. Perdemos revisar la geografía de la noche. Pienso en el geógrafo Daniel Gade en su libro "Geographie de la Nuit" plantea.

—«La geografía de la noche, a pesar de ocupar el mismo espacio geográfico que la del día, en los seres humanos se especializa con otros obrajes. Se adentra en el reino de la oscuridad, las sombras y nocturnidad. La noche es un mundo aparte».

Qué lástima rechazar la seductora invitación de la noche para una evaluación geográfica

Apuramos el paso para sortear el temporal. A la altura de la terminal marítima comienza una precipitación en forma de llovizna. Nos queda por salvar como dos kilómetros, el cielo se ha puesto de un gris oscuro. Es posible que el chaparrón nos sorprenda en la calle. Aumenta la intensidad de la lluvia y tamaño de las gotas, pasa a ser del tipo moderada. Justo a tiempo. Apenas traspasar la entrada del hotel se precipita el aguacero torrencial. La dependiente tiene encendida la radio, justamente, en ese momento hablan sobre la onda tropical. El locutor menciona.

—El pronóstico es que se precipitarán lluvias con intensidad torrencial y prolongada. Se estima que supere los 60 mm/h. Una onda tropical se encuentra estacionada entre los 18 y 12º norte, a mitad de camino entre Haití y Colombia. Está previsto que los aguaceros afecten la mayor parte de la geografía regional del Caribe colombiano. Quienes habiten zonas vulnerables deberán estar alerta ante la ocurrencia de inundaciones en planicies y lecho de ríos, y en las zonas de montaña derrumbes, deslizamientos y aludes torrenciales, en caso de emergencia llamar a los organismos de seguridad.

Llueve torrencialmente por más de dos horas. Comienza a sentirse el olor característico de puerto, nos acompañó la noche anterior, un vaho que mezcla emanaciones de fueloil, aguas de lastre y pescado. A este efluvio se le agrega ahora el hedor propio de aguas servidas. Salimos a la entrada del hotel para apreciar el panorama. La calle está totalmente inundada y embarrada, posiblemente debido a que las alcantarillas están saturadas por el soberano palo de agua precipitado, y la pertinaz ausencia de mantenimiento urbano en estos países al sur del río Bravo.

La noche en la habitación se anima con el rasgueo de Chuo a su cuatro, y con su voz, interpretando música margariteña de distintos géneros: Polo, jota, malagueña, galerón, gaita y parranda.

Al día siguiente, nos levantamos antes de despuntar el día, nos dirigimos a la terminal de Expresos Brasilia, no tenemos boletos para el viaje a Cartagena de Indias.

El autobús a toda velocidad ya zumba cuando leemos un letrero donde se indica un desvío rumbo norte, el centro poblado Puerto Colombia. Justo en ese momento, el chófer coloca la casetera. Habíamos pensado que este viaje sería en silencio, escuchar el trepidar del viento en las ventanas. Eso creíamos. *Era solo una tregua*, como dice Mario Benedetti. Comienzan a sonar a todo volumen las bocinas. Despiden diferentes versiones en géneros musicales distintos de la canción *Se Va el Caimán*: Cumbia, porro, vallenato, guaguancó, charanga, salsa, son, danzón, joropo y rock, entre otras versiones. Chuo hace un comentario.

—Ese Crocodilus acutus, muy común en la costa Caribe hispanoamericana, debe ser una especie domesticada, porque come pan y arepa con mantequilla.

El Abuelo se ríe a mandíbula batiente.

—¡Ja, ja, ja!

Y con metáfora burlesca dice.

—Hay que ver. La ignorancia es atrevida.

Continúa y lo corrige.

—¡Chuo por Dios! Ése es un poeta con el sobrenombre de El Caimán. Seguramente emigró de algún pueblo costero durante la gran ola migratoria hispanoamericana del campo a la ciudad, entre las décadas de 1940 y 1960. El abandono de su terruño fue immortalizado con ese

porro. Esa ola migratoria cambia radicalmente la dialéctica y lógica socioespacial hispanoamericana.

Insiste El Abuelo en su argumentación.

—Países con alta proporción de población rural, en pocos años ven poblarse sus paisajes urbanos con territorios de hábitat subintegrado. La geotoponimia en hispanoamericana para nombrar esos tipos de hábitats es muy variada: Villa miseria, en Argentina; favela, Brasil; Callampa, Chile; tugurio, Colombia; ciudad perdida, México; pueblo joven, Perú y, Barrio, Venezuela; entre otros geotopónimos.

El Caribe nos acompaña con su azul profundo y una sana y deliciosa brisa. Alcanzamos a leer un anuncio de gaseosas Postobón señala la presencia de la ensenada Trebal, un hermosa panorámica de un rasgo fisiográfico costanero de menor gradación en las escalas de golfo, golfete, bahía y ensenada. La carretera se interna hacia el interior, las aguas marinas dejan de divisarse. Se observa una gran ciénaga, e inmediatamente advertimos una valla vial que anuncia *Bienvenido/welcome al departamento Bolívar.*

Volvemos a surcar paisajes con la presencia tangible del mar Caribe. El geotopónimo Las Europas es un punto de inflexión, la carretera, a la mar abandona de nuevo, se divisa hacia el sur un sistema de lomaje y colinaje poblados con vegetación decidua. De repente, un anuncio de cerveza Bavaria indica, a la izquierda, hacia el sur, el geotopónimo del centro poblado Mozambique, clara referencia a la negritud que pobló los parajes de la región Caribe colombiana. Aprovecho ése geotopónimo para indicar.

—La geohistoria marca una línea divisoria a partir de la migración forzada de seres humanos del África subsahariana desde el inicio del proceso socioespacial conocido como esclavitud hispanoamericana,

impacta las formas espaciales de las regiones, principalmente costeras. El tráfico negrero comprende las etnias de las familias culturales yoruba y bantú. Pero ese geotopónimo Mozambique, correspondiente a un territorio colonial portugués del África oriental del océano Índico, hoy está en guerra con Portugal por su independencia, debe concernir ése geotopónimo, a un proceso de tráfico negrero poco común en Hispanoamérica, por cuanto España, extrajo esclavo de la fachada atlántica de África, si no estoy equivocado.

Inmediatamente, el autobús cruza el puente sobre un cuerpo de agua, un anuncio de cigarrillos Piel Roja indica *ciénaga La Virgen*. Rápidamente la carretera se emplaza sobre la barra de la ciénaga, y de improviso aparece el centro poblado La Boquilla en la boca este de la ciénaga, periferia oriental de Cartagena de Indias. Exactamente transcurrieron dos horas con veintidós minutos desde que salimos de Barranquilla.

Se atraviesa un sector turístico en la parte más ancha de la barra donde destacan el Sonesta Cartagena de Indias Hotel y Holliday Inn Hotel, indicador indiscutible de su vocación turística. Al traspasar la boca oeste de la ciénaga, el autobús prosigue por la calle costanera, hasta alcanzar la terminal de Expresos Brasilia, casi a orillas del mar Caribe. Al desabordar, buscamos urgentemente un quiosco para comprar un plano de la ciudad de Cartagena de Indias. Antes de emprender la marcha e internarnos por la ciudad, Chuo lee en voz alta en las notas técnicas del plano urbano la información sobre la ciudad.

—Fue fundada el 1 de junio de 1533 por Pedro de Heredia. Cartagena de Indias debe su nombre al hallarse semejanza entre la bahía que la abriga con la murciana bahía del Mediterráneo español. Después de La Habana, es uno de los puertos de donde zarparon infinidad de veces los sistemas de naves y carabelas que garantizaban el transporte de los

minerales de Perú a España. Fue asiento del virrey de Nueva Granada. La ciudad se convierte en el foco de arremetida de corsarios, filibusteros y piratas. El más famoso corsario saqueador de la ciudad fue Sir Francis Drake, quien trabajaba para la corona inglesa. Por ello, es una de las ciudades más reforzadas del período colonial hispánico, hasta ser considerada por un imaginario geográfico como inquebrantable. Su población en 1970 alcanza un poco más de cuatrocientos mil habitantes aproximadamente, es la undécima ciudad más populosa de Colombia. Su arquitectura colonial intacta es motivo de su declaración como Patrimonio Cultural e Histórico de Colombia. Se proyecta a mediano plazo como un gran centro turístico internacional.

Con ese bagaje mínimo de la urbe decidimos emprender la marcha. Una multitud de niños y adultos gritan ofertas hoteleras, nos reconfirma su vocación turística. Una niña vendedora de flores nos cautiva, y nos ofrece una tarjeta de presentación escrita en inglés y español. El Abuelo la lee.

—Hostal Barú. Situado en el centro histórico de Cartagena de Indias. Ofrecemos servicios a mochileros y turistas en general. Cómodos dormitorios con ventiladores. Baño colectivo higiénico. Cocina-comedor con todo lo imprescindible para preparar sus propias comidas. Restaurante anexo. Ocho dólares la cama.

Todos nos miramos y aprobamos enseguida. Le indicamos a la niña que nos lleve hasta el hostel. Después nos daremos cuenta que el trabajo infantil es muy común en esta ciudad con una extendida geografía de la pobreza. Caminamos como kilómetro y medio y ya estábamos frente al hostel, una típica casa de la región Caribe de los años 1930. Chuo le extiende un dólar a la niña, quien lo agradece con un gesto de infinita gratitud, y nos regala una hermosa sonrisa. Chuo paga la cuenta por tres noches, setenta y dos dólares en total. Decidimos ir a la cocina—

comedor para preparar nuestra ración de campaña habitual y leer la bitácora expedicionaria.

Chuo lee los sitios de interés turístico averiguado durante la preparación del viaje.

—Ciudad amurallada; castillo de San Felipe Barajas; iglesia San Pedro Clavier; museo del oro Zenú; la catedral; plaza de Santo Domingo; península Barú; plaza Santa Teresa; playa Bocachica; palacio de la Inquisición; fortificaciones de Getsemaní; teatro Heredia; portal de los dulces; torre del reloj; teatro Adolfo Mejía; plaza de la aduana; camellón de los mártires; plaza de las bóvedas; fuerte de los pastelitos; el lupanar; plaza de los coches; acuario San Martín; convento de la Popa; y, paseo en Chivas.

El Abuelo ante tal retahíla de sitios de interés turístico a visitar le responde.

—Caramba Chuo lo volviste a hacer, esa enorme cantidad de lugares nos tomará un montón de tiempo recorrerlos, fotografiarlos, catalogarlos y hacer la síntesis geográfica respectiva.

Intervengo para dejar asentada mi opinión.

—Observo como una anomalía en ese listado, por no decir un gazapo. Se nombran infraestructuras de uso militar, religioso, económico y recreacional, y se incluye lupanar. ¿Puedes ser más específico Chuo?

El Abuelo como un rayo interviene.

—¿Qué te imaginas que es eso?

Y él mismo responde.

—Un lugar donde hay muchos sitios donde se practica el oficio más antiguo del mundo, también conocido como zona de tolerancia, una geografía de aglomeración del amor rentado.

Vuelvo a inquirir.

—O sea un prostíbulo.

Chuo se emociona y exclama.

—Es que estar en Cartagena de Indias, la ciudad de la juventud y temprana adultez de Gabriel García Márquez y no visitar un prostíbulo, idealizado en sus obras literarias sería una soberana herejía, bien merece visitarse ese santuario del amor, aunque sea solo para tomarse unas cervezas y escuchar música en rockola.

Se calla por un instante, y como tomando fuerzas remata lo dicho anteriormente.

—La descripción más sublime que se hace sobre el enlace del gran literato hispanoamericano y el lupanar se encuentra en un imaginario geográfico de Cartagena de Indias.

De inmediato hace una cita sin leer, narra el imaginario geográfico.

— Gabriel García Márquez describe al barrio Chino como bullanguero, lánguido, con gente cortés y respetuosa. Le gustaba su atmosfera humana. Era asiduo visitante de sus numerosos y pulcros burdeles. Su pobreza era el sello distintivo de su paisaje.

Rápido, El Abuelo hace un gesto aprobatorio, yo le sigo.

Chuo sintiéndose como en la gloria por haber triunfado con tan redondo argumento, termina su idea.

—Tenemos que ir al barrio Chino. A lo mejor en algún lenocinio sentimos la presencia del gran escritor. Pero, creo que debemos ir antes del anochecer, pues ese barrio tiene fama de peligroso. Mañana, al final de la tarde vamos allá. ¿De acuerdo?

Iniciamos la expedición en la urbe por lo que fue la ciudadela amurallada, es casi inadmisibles obviarla como primer destino. Las murallas defensivas hoy fragmentadas es el asiento del centro histórico de Cartagena de Indias. El Abuelo lee un folleto que compramos.

—En este patrimonio histórico el visitante observará el antiguo convento de La Orden Real y Militar de Nuestra Señora de la Merced y la Redención de los Cautivos. Los fortines de San Pedro Mártir, Santa Catalina, San Lorenzo, San Lucas, Santa Clara, Santo Domingo y, los de San Ignacio y San Francisco Javier, administrados estos dos últimos por la Compañía de Jesús, cumplían la función de resguardo de Bocagrande. Al igual que los fuertes de San Juan Manzanillo y Santa Cruz, San Sebastián del Pastelillo, San José Bocachica. Los Castillos de San Felipe Barajas y San Fernando Bocachica. Otras edificaciones como el espigón de la Tenaza, cuartel de las bóvedas, las fortificaciones de Getsemaní y la torre del reloj, donde funcionaba el mercado de esclavos, entre muchas otras instalaciones.

La muralla tiene 11 Km de longitud perimetral y 15 Km en su parte más ancha, se construye por secciones durante el siglo XVII, y alberga a la ciudad colonial, edificada bajo instrucciones generales sobre urbanización española de la época. Su morfología urbana es cuadrangular del tipo damero, subdividida en manzanas de ocho solares. El foco

urbano es la plaza mayor, en torno a la plaza, el palacio del capitán, la casa del alcalde y la catedral con su cementerio y otras edificaciones que alojan diversos poderes civiles, el mercado y a partir de las manzanas adyacentes se erige una sectorización jerárquica. En el cuadrante más cercano a la plaza mayor se suceden las viviendas de la gente de abolengo y alcurnia, y en los cuadrantes que avanzan hacia la periferia de la muralla, las familias de oficios y arrabales.

El Abuelo estaba como atormentado tomando fotos, hace malabarismos, abriendo y cerrando el diafragma, ajustando la velocidad de obturación de la cámara, acopla la sensibilidad a la exposición según los valores de ISO, enfoca los elementos visibles del paisaje, los detalles de los planos, juega con la sombra y luz; intercambia los teleobjetivos gran angular y ojo de pescador, de acuerdo a cada circunstancia a retratar, lo hace con rapidez, desenfunda de nuevo la lente de la cámara, oculta los teleobjetivos en el bolso; y, activa el obturador automático, hace paneo milimétricamente formando panorámicas. Todo un profesional del paisajismo emergente de la emulsión de bromuro de plata.

Chuo hace un comentario.

—El murallón en sus buenos tiempos debió ser imponente, todo un sistema defensivo, un disuasor efectivo y eficiente de todos aquellos corsarios, filibusteros y piratas, eternos soñadores de sus riquezas celosamente guardadas dentro de las fortalezas. Escuché en algún programa de radio, la ciudad heroica combatió contra más de seis incursiones para saquearla. Hoy se encuentra fragmentado, alberga un ordenamiento territorial anárquico del casco central.

Aprovecho una pausa para mezclarme en su alocución.

—Imagínense que esta ciudad amurallada hubiese estado en Caracas, seguramente no existiría porque sus planificadores eran cultores del espectáculo de la destrucción, como bien dice José Ignacio Cabrujas.

Y a continuación, mis compañeros soltaron unas sonantes carcajadas.

—¡Ja, ja, ja!

Hicimos un ejercicio de imaginación geohistórica sobre la geografía de la cotidianidad de esta ciudad fortificada, las imprevistas incursiones y las geoestrategias diseñadas para su defensa. Fue un teatro de operaciones de los más importantes del Nuevo Mundo, donde se escenificaron juegos y proyecciones geopolíticas con trasfondo en la imperiofobia a la entidad hispánica, su principal actor, Inglaterra, su objetivo, caída del imperio español y su propio ascenso al pináculo que ocupaba España. Chuo nos sorprende, cita de memoria trozos de un poema de Rubén Darío.

—...Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del gran Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,

la América en que dijo el noble Guatemoc:

«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América

que tiembla de huracanes y que vive de Amor,

hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.

Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.

Tened cuidado. ¡Vive la América española!

Hay mil cachorros sueltos del León Español...

Con esas elucubraciones llegamos al Castillo de San Felipe Barajas imbuidos de idealismo, sensibilidad y pensativos ante tal magnificencia geohistórica. El ocaso con su belleza infinita nos sorprende, decidimos dirigirnos al hostel, el hambre aprieta. En eso vimos una parada de chivas. Son autobuses con múltiples colores contrastantes, parecen creados por cultores del arte naif. Su costo de seis dólares por personas nos provoca dudas, resolvimos abordar uno, total, cuándo volveremos a Cartagena de indias. La chiva estaba saturada de turistas colombianos, otros países hispanoamericanos, norteamericanos y japoneses. Los nipones eran más frenéticos que El Abuelo oprimiendo el obturador. Es muy distinto apreciar el paisaje a pie que montado en una chiva.

Pensé.

—«Siento la sensación del personaje de la novela *País Portátil* de Adriano González León, observando el paisaje de Caracas montado en un autobús, abstraído en la historia contemporánea de Venezuela. Seguí mis especulaciones sobre la geohistoria de esta hermosa ciudad viendo transcurrir el paisaje».

Llegamos al hostel, el gasto de la chiva nos desaconseja la seducción de cenar en el restaurante, fuimos al comedor con nuestra ración de campaña.

Al día siguiente salimos a caminar para examinar la geografía humana de Cartagena de Indias. Comenzamos el reconocimiento a partir del castillo de San Felipe Barajas. Recorremos el centro de la ciudad. Vamos rumbo este. Identificamos en las adyacencias del centro histórico territorios urbanos de hábitat consolidado como la urbanización La Española, Nariño, Torices, con su hermosa iglesia de San José Torices, Playón del Blanco y otros. Al caminar más al este, se comienzan a divisar territorios urbanos de hábitat híbrido como Paulo VI, Villa Hermosa y otros. Se suceden viviendas unifamiliares y casas de vecindad; uno ve una puerta, piensa que es la habitación de una familia, pero resulta que en su interior viven hasta más de diez familias.

El Abuelo hace una aclaratoria.

—Max Deruau en su excelente Tratado de Geografía Humana plantea que para el geógrafo la vivienda no es un objeto de estudio menor. La vivienda es una síntesis de los modos de vida. En verdad, la vivienda ayuda a conocer la dialéctica y lógica socioespacial, la relación de los habitantes con su sociedad y su ambiente.

En eso, Chuo le interrumpe.

—Sigamos rumbo este.

De repente Chuo con cierta impresión, dirigiéndose a mí, refiere.

—Este barrio al que hemos llegado lleva el mismo geotopónimo del barrio en donde tú vives, Petare, que casualidad.

De seguida le respondo.

—No Chuo. No es ninguna casualidad, es todo lo contrario, es una causalidad. Pet-Are es una voz Caribe que significa entre aguas. El norte de Colombia, sus costas, fueron pobladas por tribus de la etnia Caribe al igual que Venezuela. Del mismo modo, el geotopónimo del barrio donde vivo en Caracas, su emplazamiento colonial se hizo en las riberas de tres ríos, el Guayre, Oro y Caurimare, sintetiza en esa voz su condición fisiográfica al igual que Cartagena de Indias, aprisionada entre el mar Caribe y la ciénaga La Virgen.

Cambiamos la marcha rumbo sur. Se comienza a observar la paulatina desaparición de los paisajes híbridos, surgen barrios con paisajes de hábitats subintegrados; Palestina, La María y otros. El abuelo comenta.

—Leí un informe del Banco de La República, allí se indica que el 30% de las viviendas de Cartagena de Indias están en asentamientos de extractos bajos, una manera muy elegante de describir la pobreza extrema extendida espacialmente. Pareciera que las orillas fangosas de la ciénaga La Virgen representa un encanto para este tipo de asentamiento humano.

Quise hacer alarde de las investigaciones que hice en la Biblioteca Central de la UCV, no quería quedarme rezagado, sin aportes a la síntesis geográfica.

—La Organización Mundial de la Salud reporta que alrededor del 13,6% de la población vive en condiciones de tugurios. Es decir, sin provisión del servicio de aguas servidas o en situación de calle.

Chuo no quiere quedarse atrás e interviene.

—*Me da la corazonada que debemos desandar lo andado y regresar a lugares más seguros, porque los paisajes físico y humano tienen expresión de inseguridad.*

Lo consideramos una propuesta sensata. Emprendemos la marcha y enfilamos rumbo norte. Son las tres y cuarto cuando alcanzamos el barrio San Francisco, de hábitat consolidado, el hambre nos aconseja parar, estamos frente a la iglesia de San Francisco. La ración de campaña la desplegamos sentados en un banco de la plaza situada diagonal a la iglesia. Al paladear la ración, conversamos sobre lo examinado y observado, llegamos a un consenso sobre la síntesis geográfica: La dinámica territorial urbana de Cartagena de Indias ha conllevado a que se erijan espacios que evidencian la cohabitación de desiguales planos urbanos, densidades de población, equipamiento urbano, niveles de vida y relaciones sociales, una geografía de las desigualdades siempre perceptible. La fragmentación urbana entre hábitats consolidados y subintegrados es una constante. Al terminar la ración, nos encaminamos al hostal. Como presagio de lo acontecerá a continuación, Chuo hace acordes con el cuatro y canta boleros y baladas con letras de amor.

La ansiedad se apoderaba de lo suyo, nos dirigimos al barrio Chino, al encuentro con el lupanar, como le dice Chuo. Un recorrido de observación y tanteo nos hace concluir lo que pensamos es la mejor decisión, entramos en una casa frente a la playa Los Pescadores, su terraza amplia invita a sentarse en torno a una de las muchas mesas, más que ir al interior con el típico ambiente de luz agonizante, como dice el tango cantado por Libertad Lamarque, *y todo a media luz*. El crepúsculo jugaba con el batir de las hojas de las tres palmas de cocotales de la entrada. En el fondo la rockola toca el disco con la

canción *Vereda Tropical* interpretada por Eydie Gormé. Se acerca un mesonero y nos pregunta si tomaremos cervezas, le solicitamos tres Águila. Luego de servidas se acercan tres chicas, nos indican que si pueden hacernos compañía. Se le hace la señal con la mano de que se sienten. Una mulata, una mestiza con marcado fenotipo chibcha y una morena transmutada en catira gracias al tinte. Inmediatamente nos indican si pueden pedir unos tragos, lo aprobamos. Les traen anís y coctel de ron blanco. Enseguida comenzamos hablar cada quien con su pareja. De repente, Chuo se levanta y se dirige a la caja, regresa con tres fichas que se las da a cada hembra. A la tercera ronda de cerveza, El Abuelo se va con su pareja, al rato Chuo hace lo mismo, y yo, por supuesto no me iba a quedar atrás. A los diecisiete minutos exactamente, regreso a la mesa. Pido una cerveza para esperar a los compañeros. En un poco menos de diez minutos regresa El Abuelo, igual se sienta y pide su cerveza. La espera por Chuo supera los treinta minutos. Al poco rato sale ceñido con la chica transmutada en catira, traspasa la puerta, la chica le da un sonoro beso en la boca y se retira. Chuo se sienta. Le bromeamos sobre el polvo de larga duración que disfrutó. Enseguida comenta.

—Juan Ruiz el Arcipreste de Hita en el Libro del Buen Amor escribe: El mundo por dos cosas trabaja, la primera por aver mantención, la otra era por aver juntamiento con fembra placentera... Pero lo lamentable es que las chicas malas cobran por ese placer.

Al terminar la quinta ronda de cervezas, pagamos y emprendemos la marcha.

Temprano nos levantamos, hoy es nuestra última noche, debemos aprovechar el día. Subir al cerro La Popa está en nuestro plan de ruta. Caminamos como 10 Km hasta llegar al barrio La Quinta, un poco más de una hora, es un lugar de paisaje urbano híbrido. Preguntamos por la calle de acceso al cerro La Popa. Iniciamos el ascenso al cerro, no somos las únicas personas, una buena cantidad de viandantes fundamentalmente de ida por la hora. A medida que se sube las casas se disponen con mayor dispersión, en su mayoría viviendas informales e incluso infraviviendas. Cuando empieza la zona de curvas, el ascenso por una carretera muy estrecha, serpentea cuesta arriba, con tramos muy pronunciados, según Chuo, de hasta más de cuarenta y cinco por ciento de pendiente. Nos acompaña un bosque seco tropical montano bajo, rico en avifauna. Luego de caminar aproximadamente tres kilómetros y medio se llega a la cumbre, de un poco más de ciento cincuenta metros. En ella se disponen tres edificaciones, averiguamos los nombres de ellas. La iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria de la Popa, el Convento de la Santa Cruz de la Popa y el claustro de La Orden de Agustinos Recoletos. Visitamos primero la iglesia, su relicario es hermoso, color áureo. El claustro no puede ser visitado por cuanto está habitado. El convento tiene régimen de visitas, su costo es de once mil pesos por adulto, casi doce dólares por los tres, eso nos desanima. Inmediatamente nos dirigimos al mirador que está detrás del convento, una baranda separa al visitante de un precipicio como de cincuenta metros de profundidad. Cartagena de Indias se rinde ante el observador, una vista admirable, realmente impresionante. El Abuelo se transfigura febrilmente, hace paneo con el obturador en modo automático para captar la imagen panorámica en todo su esplendor. Observando esa geografía encantadora, hago un comentario.

—*Cartagena de Indias desde esta perspectiva aérea queda al desnudo, las geografías de la pobreza y de la riqueza se entremezclan. La ciudad amurallada surge en toda su extensión, con su intenso proceso social-formas espaciales de reformas urbanísticas, sus hábitats consolidado, subintegrados, de rascacielos y suburbanos con mansiones rodeadas de extensos jardines, se encierran todos ellos dentro de su perímetro; una geografía de las desigualdades, muestra la polarización de una sociedad fragmentada espacialmente en circuitos urbanos distintos e interconectados como dice Milton Santos.*

Chuo interviene para dejar sentada su opinión.

—*Desde este mirador es muy destacable la geografía física.*

El Abuelo le conmina a desarrollar el análisis del medio fisiográfico.

—*Nosotros nos orientamos por Geografía Humana, en cambio tú, Chuo, tomaste la especialización de Geografía Física, así que, eres el más autorizado para dejar en claro los aspectos fisiográficos.*

Chuo ante tal piropo no le queda otra opción que discursar.

—*El paisaje fisiográfico de Cartagena de Indias está dominado por el mar Caribe como fuerza originadora de la amplia terraza costera, junto con las planicies litoral y lacustre, y los depósitos aluvionales provenientes del cerro La Popa. En síntesis, una extensa llanura es el emplazamiento de la ciudad de Cartagena de Indias.*

Al terminar Chuo su excelente análisis fisiográfico intervengo.

—*Espero que estén de acuerdo conmigo; la Geografía se sistematiza en Geografía física y Geografía humana, solo es una convención por*

razones del proceso de enseñanza-aprendizaje, es una exageración pedagógica esa separación. En el ejercicio profesional se practica como campo disciplinario integrado. La geografía es una ciencia de síntesis como dice Max Derruau.

El entusiasmo me invita a ensayar un concepto de Geografía, y lo expreso.

—La Geografía es una ciencia que tiene por objetivo estudiar el cómo, dónde y por qué se interrelacionan los factores físico, químico, biótico y humano sobre la superficie terrestre, modelándola y asignándole características locales; son los paisajes.

El almuerzo lo hacemos en la cima del cerro La Popa con nuestra habitual ración de campaña en un paraje apartado bajo un bosquecillo. Decidimos bajar a la ciudad. Al llegar a la entrada de la calle de acceso al cerro, tres policías nos abordaron. Nos pidieron la identificación. Al final nos dijeron, no es recomendable que vuelvan hacer ese trayecto a pie, se producen hurtos e incluso homicidio con cierta frecuencia, es aconsejable utilizar taxi para la visita. Le agradecemos la recomendación y nos internamos en la ciudad. En medio de la caminata, Chuo interviene.

—Dirijámonos al hostel, por lo menos yo, estoy cansado, no sé ustedes.

El Abuelo señala.

—Mañana tenemos que salir temprano, y debemos decidir de una vez si vamos a Sincelejo o seguimos directo a Medellín. Para ello tenemos que tener la certeza que mañana hay corralejas en Sincelejo, porque de lo contrario, para que ir a esa ciudad.

Frunciendo las cejas, El Abuelo nos indica.

—Cuando transitábamos por la carrera 17 me pareció ver una oficina de información turística. Total, prácticamente está en la vía hacia el hostel no nos cuesta nada ir a indagar.

La oficina de turismo está cerrada.

En la habitación, Chuo nos comenta sobre las corralejas de Sincelejo.

—Hice una investigación sobre las corralejas.

A reglón seguido nos lee de un cuaderno de anotaciones.

—La corraleja es a Colombia lo que la corrida de toros es para España. Constituye una herencia de la cultura hispánica en Colombia. En un ruedo se lidian toros con caballos y los espectadores participan en la brega. Es una atracción turística grandiosa, atraen personas no solo de las distintas geografías de Colombia, sino también de otros países.

Sin serenarse, Chuo prosigue.

—En Venezuela tiene su símil en la fiesta de los toros coleados. Se acuerdan que en una expedición a los valles del Tuy varios de los integrantes del Centro con Pedro Flores fuimos a una fiesta de toros coleados en Cúa. Envalentonados por la ingesta infinita de cervezas participamos en las faenas, eso fue toda una emoción fascinante.

El abuelo interviene enseguida.

—Hay toda una polémica universal sobre la geocultura de la lidia de toros. Por una parte, quienes la consideran como una expresión patrimonial de los pueblos de España, Colombia, México, Perú y Venezuela, entre otros pueblos; y, quienes la consideran un crimen. La UNESCO rechaza una propuesta de declaratoria de patrimonio cultural de la humanidad.

Me animo a intervenir con una cita de memoria de Ernest Hemingway.

—Para entender todo esto hay que ponerse en el punto de vista del torero o del espectador. Son dos puntos de vista diferentes y es la muerte la que crea toda esa confusión. La corrida es el único arte en que el artista está en peligro de muerte constantemente, y en el que la belleza del espectáculo depende del honor del torero.

Adiciono a lo expresado.

—Igual para Colombia y Venezuela. Además, los toros de lidia son una creación cultural, no existen en la naturaleza como tal, son como los animales de cría. Estoy seguro, si se les pudiera consultar a los toros de lidia sobre este asunto, dirían, somos hechos para eso, no nos limiten de nuestro cuarto de hora de gloria. A quien no le guste la fiesta de los toros, pues que no vaya. ¿Por qué va a solicitar que le impidan a quien le gusta la fiesta asistir?

El Abuelo sin mucho ánimo agrega.

—Más perverso es matar a un pez por asfixia al sacarlo de su medio, y sin embargo, quienes están contra la fiesta de los toros de lidia, comen el pescado sin ningún remordimiento.

Chuo no quiso intervenir en la discusión, debe tener alguna reprobación ética.

Hemos abordado el autobús, a los pocos minutos traspasamos la periferia suroeste; Turbaco es el geotónimo que hemos leído en una valla publicitaria de Hipermercado Éxito, el paisaje nos indica haber dejado atrás Cartagena de Indias. Se toma la troncal 25 del Occidente colombiano. Se comienza a oír a todo volumen un género musical desconocido para mí. Le pregunto a Chuo y a El Abuelo que iban juntos delate del asiento que ocupó, igual me indican que no reconocen esa música. En el puesto de al lado donde estoy, va una chica. Comencé una conversación con la intención de preguntarle. Pues no pudo resultar más

apropiado. Me comenta que estudia Antropología en la Universidad de Antioquia, Medellín. Enseguida relaciono esa carrera universitaria con la investigación cultural, le pregunto.

—*Usted por casualidad conoce el nombre del género musical que suena.*

Al instante, con gestos de afirmación, explica.

—*Se llama Chambeta. Es un género musical con un sello distintivo, originario de Cartagena de Indias, a partir de la fusión de sonoridades de la salsa barranquillera y el zouk de Haití, Martinica, Guadalupe y otros departamentos de ultramar francófonos del Caribe. Podrá convertirse con el tiempo en un producto de exportación, porque es muy pegajoso su ritmo.*

Al agradecerle su explicación quedé pensativo por lo de producto de exportación, no había pensado en ese detalle, la música originaria de una geografía puede convertirse en un rubro de la composición de la oferta exportable.

El autobús a toda velocidad transita por la Transversal del Caribe, la visión del mar ha desaparecido definitivamente, en su lugar, aparece un paisaje de planicie que nos acompaña en el recorrido. De repente se inicia el ascenso de unas montañas de baja altitud, circula el autobús por un abra, separa dos conjuntos orográficos, pareciera ser la misma serranía, alcanzamos ver un anuncio del Instituto Nacional de Recursos Naturales Renovables y del Ambiente señala *santuario de flora y fauna Los Colorados*, en la serranías de San Jacinto, al occidente, por una carretera del tipo penetración agrícola. Al traspasar El Carmen de Bolívar, una ciudad del prototipo mediana en la clasificación del sistema de ciudades, en la parte más ancha del abra, se recorre un poco más de veinticinco Km, cuando en una valla de señalización vial se lee *Bienvenido/welcome al departamento Sucre*. A las tres horas con

dieciséis minutos estamos en la periferia de Sincelejo. Al internarse por la ciudad buscando el terminal de pasajeros de Expresos Brasilia, por ironía del destino pasamos al lado del Coliseo de Ferias y Plaza de Toros. Chuo recita un fragmento de la poesía *La renuncia* de Andrés Eloy Blanco en tono lastimero.

—*He renunciado a ti... como el niño pobre ante el juguete caro.*

En la terminal, en la espera del desembarque y embarque de pasajeros y encomiendas vamos a tomarnos un café con leche. El Abuelo deja una chaqueta en el puesto que ocupan ellos para marcarlos, y pone el cuatro de Chuo donde estoy sentado con igual propósito. Chuo por precaución lo toma y lo baja. Al abordar, entré de último, se vendió por encima de su capacidad la boletería, y el puesto que ocupaba fue tomado por una señora con un niño en brazos. Perdí mi puesto, me dije; viajaré de pie. El autobús busca la periferia sur de Sincelejo. Se llega rápido a Villa Rocío, y en un santiamén se divisa una valla que indica *Bienvenido/welcome al Departamento Córdoba*. La travesía está acompañada a lo lejos, hacia el oriente, por el sistema de ciénagas del lecho de inundación del río Magdalena, complejo que se forma al terminar de descender la cordillera andina y surcar la llanura aluvial del norte colombiano. En una valla publicitaria de ron Caldas se lee cabecera municipal Planeta Rica, al traspasarla se comienza a divisar a lo lejos, hacia el sur, el murallón de la cordillera Oriental de los Andes colombiano. Alcanzamos al centro poblado La Apartada, al dejar su periferia se lee un anuncio vial *Bienvenido/welcome al departamento Antioquia*.

Capítulo IV

Paisajes cordilleranos de las serranías Oriental y Central de los Andes colombiano: Medellín, Cali y montañas de Berruecos.

Caucasia a escasos kilómetros del límite que separa a los departamentos de Córdoba y Antioquia, es el parteaguas de la llanura aluvial y la serranía Oriental de Los Andes colombiano. Se comienza el ascenso por el piedemonte cordillerano.

Al embalarse el autobús cordillera arriba, el chófer pone la cinta magnética en el dispositivo electrónico, se escuchan retumbar bambucos y pasillos. Comencé a sentir el embate del frío, la pérdida del asiento era cada vez más aciaga, no podía ceñirme los brazos contra el pecho, y así contrarrestar el aire cada vez más gélido. A las tres horas y cuatro minutos de recorrido, en una valla publicitaria de Coroaautos Andino de Medellín se lee, *Yarumal, la sultana del norte*. El geotónimo me permite inferir.

—«Estamos por encima de los dos mil metros sobre el nivel del mar, por cuanto yarumo, de donde deriva el nombre de la pequeña ciudad, su taxón botánico, *Cecropia peltata*, o yagrumo, como le decimos en Venezuela, tiene como hábitat biogeográfico límite una altitud en torno a los dos mil metros».

Sigo ensimismado en mis cavilaciones.

—«El tiritar al relacionarlo con el gradiente altotérmico y la humedad desprendida del paisaje rebosante de bosques nublados, me conduce a la síntesis geográfica de estar atravesando una biota con temperatura y sensación térmica alrededor de los 10 °C».

Al transcurrir una hora con cincuenta y dos minutos entramos en Bello, parte integrante de la conurbación norte de la metrópolis de Medellín, emplazada en un amplio valle intermontano.

La carretera panamericana la abandona el autobús y toma la carrera 62, para luego girar por la avenida del Río, hasta que a los pocos minutos,

alcanza la terminal de Expresos Brasilia, a las dieciséis horas y cuatro minutos.

Hicimos el ritual de comprar un plano de la metrópolis. Al igual que Barranquilla estamos ante una urbe inabarcable. El Abuelo plantea.

—Busquemos el centro, debemos apurarnos para que la noche no nos alcance sin tener donde dormir.

Buscando la salida de la terminal, divisamos una oficina de la alcaldía de Medellín. Le preguntamos amablemente al oficinista si puede proporcionarnos alguna dirección para conseguir un hotel cercano a la terminal. El funcionario muestra una actitud típica del burócrata, mientras le planteamos nuestro requerimiento, éste hojea con despreocupación una libreta gruesa empastada con hojas selladas, y haciendo gala de la capacidad de actuar en nombre del poder que representa, nos mira de arriba abajo. Nuestro aspecto de mochileros seguramente atrae su atención. Hace una pausa larga, se acomoda el lente con el dedo índice y nos indica pausadamente.

—Diríjense a la terminal del Norte, que queda al lado, allí preguntan por un bus urbano con ruta por la avenida Regional. Se bajan en la parada más cercana a la calle Ayenda, le llaman la calle de los hoteles por la cantidad de locales que ofrecen servicio de hospedaje.

Abordamos un bus pequeño, Chuo al pagar los pasajes le señala al chófer que por favor nos deje en la parada cerca de la calle Ayenda. Al sentarnos en nuestros puestos les comento.

—En Caracas también existe una calle de los hoteles, en Sabana Grande, incluso muy poca gente le conoce su nombre de pila. Es una geografía de aglomeración, como la que refiere el funcionario.

El Abuelo interviene para aportar su punto de vista.

—En ese tipo de geografía se aprovecha la sinergia de la demanda, no se comporta como indica la teoría clásica sobre oferta–demanda, la competencia es cooperativa, se aprovecha la atracción de interesados por la concentración de productores de bienes o prestadores de servicios de la misma rama en un espacio, no solo se practicará la competencia de precios, sino, hasta más importante aún, competencia en base a la calidad, prestación de servicios y otras externalidades.

Chuo le interrumpe y especifica.

—No sé si ustedes conocen otra geografía de aglomeración muy visitada en Caracas, como es la calle Páez de Chacao, especializada en materiales y servicios eléctricos.

Se interrumpe la plática ipso facto una vez anunciado por el chófer la cercanía de la parada de la calle Ayenda, barrio Conquistadores.

Comenzamos a recorrer la calle, como nos indicó el funcionario. Luego de recorrer desde la parcela 1.260 hasta 1.217, contamos dieciséis hoteles. Decidimos después de comparar precios que la mejor oferta es la del hotel Conquistadores. Luego de pagar sesentaiséis dólares por los tres por dos noches subimos a la habitación. Es la mejor habitación que hemos ocupado en lo que va de viaje. Medellín nos da una buena señal. Chuo lee los sitios de interés turísticos que se investigó.

—Palacio de la Cultura; parque Bolívar; museo de la Universidad de Antioquia; casa Gardeliana; catedral metropolitana de la Inmaculada Concepción; jardín botánico de Medellín; cerro Nutibara; museo de Antioquia; basílica de Nuestra Señora de la Candelaria; cerro El Volador; parque de la conservación–zoológico de Medellín; museos etnográfico María Laura; y de mineralogía.

En la hoja pegada a la puerta sobre las normas de la habitación, se lee como título, *Medellín, capital del departamento de Antioquia, es la ciudad de la eterna primavera*. El Abuelo indica.

—Comparte el mismo epíteto de Caracas. Pero no se crean que sea exclusivo de estas dos ciudades, por lo menos, que yo sepa, hay más de diez ciudades hispanoamericanas que lo comparten. Más bien creo que debería compartir un alias de denominación geográfica con la ciudad de Mérida en Venezuela, tienen bastante parecido fisiográfico por su emplazamiento entre montañas andinas; Medellín en la serranía Central y Mérida en la Oriental.

Antes de dormir hacemos el plan de ruta de mañana. El Abuelo refiere.

—Medellín tiene alrededor de un millón doscientos mil habitantes para 1970. Es una ciudad grandecita. En dos noches de alojamiento veo bastante comprometido cumplir con todos esos sitios de interés a visitar para la expedición. Mañana propongo comenzar bien temprano.

Estuvimos todos de acuerdo en esa última sentencia.

Chuo nos arruya con canciones acompañadas con sonoridades del cuatro.

Bien temprano en la mañana comimos nuestra ración de campaña y salimos a revisar la ciudad. Nos dirigimos hacia el norte. El Abuelo está en modo febril tomando fotos al casco céntrico de Medellín, lo recorremos durante la caminata. A las cuatro cuadras nos topamos con dos monumentos históricos, la basílica de Nuestra Señora de La Candelaria y a un lado el parque Berrío. Chuo plantea después de una exhaustiva evaluación.

—La iglesia tiene un diseño típico de estilo neoclásico, muy común en Hispanoamérica. Fíjense en la atrocidad de su restauración, la parte baja de la edificación es un muro de piedra bien fraguado de poca altura, sugiere su construcción original, al cual se le han hecho restauraciones con cemento, le restan prestancia. Su situación al lado del parque Berrío, en cuyo centro está la estatua de Pedro Justo Berrío, presidente del estado de Antioquia durante 1865–1873 comunica aires de trascendentes acontecimientos históricos, la gran afluencia de ciudadanos al parque, y su ubicación central, sugieren que ambos monumentos fueron escenarios de momentos interesantes.

Seguimos con rumbo norte. Es imposible obviar un hito paisajístico de Medellín, el rascacielos más alto con treintaisiete pisos, recientemente inaugurado, según nos dijeron, alberga al Centro Empresarial Coltejer, múltiples edificaciones, condensan a un complejo productivo en torno a un tejido industrial con actividades vinculadas aguas arriba y aguas abajo en las diferentes fases de la industria textil y grupo financiero asociado; éste edificio, junto a las Torres del Café, Cámara del Comercio y Coltabaco son muestra de la modernidad por donde probablemente se encauce el desarrollo de esta metrópolis. Alcanzamos la carrera Junín, es la típica calle del comercio del centro en las ciudades Hispanoamericanas. De pronto, se nos revela un parque, nos dicen que es el parque Bolívar; está poblado de un tupido bosquecillo con especies de apariencia centenaria, hacia el centro del parque la escultura ecuestre en mármol de El Libertador y bustos de Fidel Cano, hacia el lado este y el de su nieto Guillermo hacia el lado oeste, famosos periodistas colombianos. El Abuelo sigue en estado arrebatado presionando el obturador de la cámara, no cesa, solo para cambiar el rollo fotográfico lo hace. Hay un conjunto musical en la plaza más céntrica del parque, sus integrantes son de aspecto quechua, tocan y

cantan música latinoamericana en ritmo huayno con guitarra, quena, violín y cajón peruano. En Caracas, Valencia, Mérida y Barquisimeto, entre otras ciudades de Venezuela, han reportado la visita de estos conjuntos musicales itinerantes, pareciera también que es una manifestación inercial del movimiento contracultural y libertario hippie en toda Hispanoamérica. En la fachada norte del parque la fuente en un laguito es la antesala de la catedral metropolitana de la Inmaculada Concepción unida al parque por el cierre de una calle, es una panorámica de sublime belleza. Chuo mayor conocedor de geografía de la religión nos indica que la catedral es de estilo neorománico, su construcción en ladrillo macizo le da un aspecto regio.

Nos dirigimos más al nor-este, tenemos una referencia sobre la Casa Gardeliana. El fervor por el Morocho de El Abasto es acentuadísimo en Medellín, después de Buenos Aires claro está, debe estar relacionado con su trágica muerte en esta ciudad. Caminamos un poco más de tres mil metros, compartiendo el trayecto entre conversaciones sobre nuestra síntesis geográfica del centro de la ciudad y la toma de fotografías. De repente, nos vemos obligados a empinarnos cuesta arriba por el barrio Manrique, con paisajes relictos de su pasado de clase media, hoy paisajes de transición, híbridos, entre lo consolidado y lo subintegrado con viviendas cada vez más informales hacia la parte más alta del cerro. Alcanzamos al museo en un poco menos de una hora. Una vivienda de vivos colores entre un azul celeste, carne, amarillo y verde; presidida por una hermosa trinitaria de flores rojas. El ingreso es gratuito, toda una ventaja para nuestra condición de mochileros. Por dentro es todo un ambiente nostálgico, al cual contribuye un hilo musical con tangos del famoso Zorzal Criollo. Fotos, cuadros, objetos del cantautor y de otros ilustres intelectuales visitantes, amantes del tango y un ejemplar del libro *Aire de Tango* de Manuel Mejía Vallejo,

patrocinante y ductor de este templo del tango. Al lado de este museo se sitúa el bar *Cuesta Abajo*, estratégicamente ubicado para aprovechar a los nostálgicos y amantes del tango. Decidimos entrar para coronar nuestra estadía en ese hermoso santuario. Sentados en una de sus mesas observamos las marcas de cerveza más repetidas entre los asistentes. Decidimos pedir tres cervezas marca Pilsen. Al ser servidas, inmediatamente tomo la botella de 250 ml y como es habitual comienzo a leer la etiqueta en voz alta.

—*Cerveza tipo pilsen 4,5 grado alcohólico, fabricada desde 1904 en Medellín, representa el orgullo paisa.*

En verdad la nostalgia tanguera es una subcultura que flota en el ambiente de ese bar. Debemos abandonarlo, aprovecho antes del repliegue recitar un extracto del tango *Adiós Muchachos*.

—*...Barra querida de aquellos tiempos.*

Me toca a mí hoy emprender la retirada...

Nos dirigimos al oeste; leemos en el mapa, a nueve cuadras se encuentra el Jardín Botánico de Medellín, otro referente catalogado como obligatorio en nuestro plan de ruta, tiene fama mundial. Chuo comenta.

—*Tendremos oportunidad de hacer una síntesis geográfica comparada, pues conocemos bien el Jardín Botánico de Caracas.*

Llegamos en aproximadamente veintidós minutos. Su entrada es gratuita toda una bendición para nosotros. En el folleto se detalla el plano con sus espacios e instalaciones. Se lee en él, *es el jardín botánico de la ciudad de Medellín tiene 13,2 hectáreas de extensión*. El mariposario es la primera instalación que examinamos; en un poliedro

de acero y tela metálica hay gran cantidad de plantas de flores nectaríferas de todos los colores y aromas, plantas hospederas donde se depositan los huevos y se alimentan las orugas, se observan crisálidas también y una enorme cantidad de mariposas revolotean por todo ese espacio, incluyendo las mariposas amarillas de *Cien Años de Soledad* de Gabriel García Márquez, es realmente precioso. El espacio del bosque tropical refleja su rica biodiversidad, con su suelo de capa vegetal y humus, árboles de amplio dosel a gran altura, sotobosque, lianas, plantas trepadoras y su microclima húmedo proporciona una panorámica de frescura. Los orchidarium y bromeliarium poseen una gran cantidad de especies, es la sección que tiene más visitantes. El bosque xerófito con múltiples especies de cactáceas, agaváceas, aloes, espinares y matorrales secos, no tiene igual suerte con los visitantes. La laguna con una gran biodiversidad de plantas hidrófitas es realmente bella. Llegamos al área de plantas agrícolas, con frutales arbóreos, arbustivos y rastreros. El palmarium tiene gran variedad de especies de la familia Arecaceae, y el herbario de arquitectura rectangular con paredes y techo de vidrio permite una visual del cielo y el entorno vegetal; según el folleto *tiene depositados más de ochentaicinco mil especímenes identificados según su taxón* y un muestrario de semillas. Sentados en la cafetería Chuo esboza una breve descripción del Jardín Botánico de Caracas.

—El Jardín Botánico de Caracas es otra cosa. Es un bosque tropical deciduo autóctono de setenta hectáreas con sectores de orchidarium, bromeliarium, jardín xerófito, palmarium, *el herbario creado por el gran biogeógrafo Henri Pittier y, senderos de interpretación; no hay margen para la comparación son dos concepciones distintas.*

El Abuelo interviene para reforzar.

—Te faltó nombrar las lagunas, arborétum y zingiberales como guasduas o bambusales, casupales (Calathea lutea) y otras marantáceas; así como a su creador, el sabio Dr. Tobías Lasser.

Revisamos el plan de ruta antes de abandonar las instalaciones. La próxima evaluación paisajística es en el cerro El Volador. La calle sesentaicinco es el próximo destino, según se desprende de la lectura del mapa, por ella se adentra hacia el cerro. Les aclaro.

—El cerro está en La Otra Banda, denominación geográfica con la cual se conoce la sección occidental del valle de Aburrá.

Llegamos a la bocacalle de la ruta del cerro con la calle sesentaicinco. Ascendemos por una vía asfaltada aproximadamente tres kilómetros hasta la cima, en ella se encuentran instalaciones como miradores, bancas, mesas, senderos y caminerías. Su altura de ochentaidós metros lo convierte en un observatorio geográfico por excelencia del valle y la metrópolis. La síntesis de geografía humana la comienza a hacer El Abuelo.

—La urbe del territorio de hábitat consolidado se explaya por la parte del valle más plana y de poca inclinación, con sus calles y carreras, edificaciones, casas y los tres rascacielos. Se observa rebullir el centro con la densidad del tránsito automotor y personas. A medida que se aleja de éste la intensidad de los flujos aminora.

Le interrumpo para no quedar rezagado con mi síntesis.

—El territorio urbano de hábitat subintegrado ocupa las laderas más altas de las montañas, con un ecosistema humano delimitado por pisos altitudinales, el sector menos informal corresponde en apariencia a la parte baja de la falda de los cerros, cohabitan allí residencias y comercios, pareciera cumplir funciones de lugar central de las barriadas.

El Abuelo me interrumpe intempestivamente y añade.

—A medida que se asciende cerro arriba, el equipamiento urbano denota déficits crecientes, hasta la parte más alta, en cuyo paisaje geográfico de estrechos espacios por lo empinado y los barrancos, se concentra allí, población que acumula factores de vulnerabilidad con infraviviendas. Deberá haber correlación con menores niveles educativos, dependencia de mercados laborales informales, desempleo abierto, delincuencia, carencia de servicios e inseguridad, amenazas y riesgos de origen natural. Hacia el sur pululan las urbanizaciones de clase media alta y la aristocracia del valle con sus mansiones y sus calles asépticas.

Chuo interviene para acompañar los discursos con la síntesis de la geografía física.

—Al igual que toda la cordillera de Los Andes su formación data del Cenozoico a partir de fuerzas diastróficas y vulcanismo. El valle de Aburrá es consecuencia del modelado por erosión fluvial del río Medellín y los conos aluviales formados a partir del modelado de las laderas, es amplio el valle. El río divide la planicie longitudinalmente de sur a norte, la sección oriental pareciera menos extensa que la occidental. Algo muy característico del paisaje fisiográfico de Medellín son los cerros en medio del valle, El Volador y Nutibara, éste último de menos volumen y altura.

Comemos nuestra ración de campaña en una banca con mirada privilegiada de la metrópolis hacia el norte, se alcanza ver Bello a lo lejos, acompañada con el curso del río haciéndose más ancho en su precipitado recorrido serranía abajo. Antes de comenzar a descender el cerro revisamos el plan de ruta, el museo de la Universidad de Antioquia es el próximo destino. Al llegar a la llanada cruzamos el río por el puente de la calle sesentaisiete, hasta toparnos con la garita de la entrada Barranquilla del campus de la Universidad de Antioquia; nos dirigimos hacia el museo. Penetramos la estructura cuadriculada de obra limpia de adobe. Leemos en el póster de la entrada, tiene sus cuatro

secciones con colecciones de Antropología, artes visuales, ciencias naturales e historia. Les comento a Chuo y a El Abuelo.

—Qué lástima que en la Universidad Central de Venezuela, con más de doscientos cincuenta años y no tenga un museo, su rica historia académica y geopolítica, sus innumerables bienes, útiles de época, hoy tendrían un valor como patrimonio histórico; además de fotos, audios, documentales y reseñas sobre hazañas e hitos académicos. Lamentablemente la UCV refleja una actitud muy común de los venezolanos, se cultiva poco la memoria histórica.

Chuo me interrumpe para intervenir.

—Me parece una crítica muy radical e injusta.

En eso se acerca un vigilante y nos anuncia, ha culminado el tiempo de visita. Emprendemos la retirada. Decidimos ir a la habitación, el cansancio nos abruma.

Amaneció nublado el día, gris y frío. Las nubes de gran desarrollo vertical típicas del fenómeno meteorológico conocido como vaguada de altura anuncian lluvias de larga duración. Chuo reflejando en el talante el ambiente lánguido dice.

—Hoy como que no podremos aprovechar el día para la expedición, con esta pertinaz lluvia.

El Abuelo le sale al paso a Chuo y señala.

—Hay un imaginario geográfico que dice: Clima de montaña clima que engaña. Así que no nos precipitemos. Vamos a esperar.

Chuo nos deleitó buena parte de la mañana tocando en cuatro e interpretando canciones del repertorio del Orfeón Universitario y música de su amada isla de Margarita, en un pequeño vestíbulo del hotel.

Disfrutando de este momento musical uno entiende que el tiempo es relativo, en éxtasis transcurre más rápido. Pasadas las doce del mediodía cesa la lluvia. No así el cielo encapotado. Revisamos nuestro plan de rutas para verificar que se puede realizar en el tiempo restante. Decidimos cambiar de propósitos. Ir al desatiempo en el andar y consumir paisajes hacia el sur fue la determinación tomada. Por la avenida San Juan llegamos a la fachada sur del barrio Guayaquil. Es una avenida amplia en sentido este-oeste, recorreremos varias calles transversales, el paisaje de este barrio denota una intensa reforma urbanística, cohabitan paisajes relictos de arquitecturas de la primera parte del siglo XX, hay evidencias muy marcadas de haber sido más extendido espacialmente y de intervenciones urbanísticas para nada respetuosas con el pasado. La plaza Cisneros y la biblioteca de las empresas públicas de Medellín, al fondo, encarnan vivamente esta gentrificación. En un edificio con apariencia de los años 1940 nos tropezamos con un bar, su frente grita angustias y despechos extraviados. Dentro, la bohemia es la atmosfera que lo cubre todo, sonoridades de tango tocadas por una rockola, la luz tenue, volutas de humo y un vaho desprendido de la alfombra con hectolitros de cervezas derramadas, son en gran parte las responsables de ese ambiente. Instalados en una de sus mesas, pedimos tres cervezas Pilsen. Al lado dos contertulios ancianos, entre sorbos de aguardiente colombiano hablan con nostalgias de lo que ha sido el barrio Guayaquil y ya no es. Nos interesa supremamente la conversación. El Abuelo se atreve y les pregunta sobre el barrio. Nos refiere uno de ellos.

—Amigos, este barrio está amarrado al recuerdo, glorias culturales todavía se desgajan por sus calles y se identifican en las personas mayores.

Le interrumpe el otro e insiste.

—El barrio Guayaquil se convierte a fines del siglo XIX en la periferia de Medellín. Un paisaje de terminales, del ferrocarril de Antioquia y luego de vehículos de carga y pasajeros de ida y vuelta hacia el sur, atraen un sinnúmero de comercios y personas de todo pelaje, de todos los niveles sociales, el pantanal formado por el río Medellín fue transformándose hacia un paisaje de comercios y viviendas, coronado por el primer mercado periférico de la ciudad. Rápidamente se convierte en un puerto seco, se trasiega mercaderías de todo tipo y de todas las geografías de Colombia y otros países. Los viajeros llegan en tropel.

Le interrumpe el compañero.

—El barrio Guayaquil se convierte en un recipiente de habitantes de varios gentilicios y nacionalidades, comerciantes, viajeros, putas, poetas y cantores. Se entremezclan cadencias de cumbia, porro, bolero y ranchera.

Se anima el otro para interrumpirle.

—Mentes deslustradas, comenzando por los curas, propagan ideas malsanas sobre este territorio en gestación, se inicia una dañina imagen del barrio.

Se impone de nuevo el compañero.

—Con el fatal accidente en el aeropuerto de Medellín el 24 de junio de 1935, como olvidarlo, el barrio cambia para siempre. El tango se apodera del paisaje, por todas sus esquinas se toca y canta ése género, se convierte en la identidad del barrio.

Inmediatamente el otro lo interrumpe.

—Les diré Como yo recuerdo una parte del libro Aires de Tango del paisa Manuel Mejía Vallejos cuando habla del barrio Guayaquil: Y este barrio

de Guayaquil, pregunte no más, le sé todas sus cosas. Lo único que conozco, tangos y perrerías.

El compañero aprovecha la demoledora sensación dejada por la cita del escritor.

—Y llegaron ellos, las autoridades, en 1953, Rojas Pinilla y su dictadura, decidieron hacer la reforma urbanística del barrio, le llamaron el plan de ensanche urbano, encubren con ese rimbombante nombre la destrucción del barrio Guayaquil como patrimonio cultural. Imponen paisajes de la dependencia.

Tomando una bocanada de aire continúa.

—Ahora el barrio Guayaquil es otra cosa. Muchas de sus calles fueron ensanchadas, edificaciones emblemáticas destruidas y un mercado buhoneril donde se vende todo tipo de mercaderías, lícitas e ilícitas. Hay un mito que dice: Si usted no lo haya en el barrio Guayaquil no lo consigue en Colombia, y si no lo haya en Colombia no lo consigue en el mundo. La crisis de 1973, llamada crisis del petróleo, asoma con la contracción económica, y el desempleo generalizado asociado, unos cambios profundos, impactan al comercio y al mercado de ilícitos. Las pequeñas bandas de criminales territoriales se coluden y forman bandas cada vez más grandes. Un día de estos se formará un gran cartel de comercio ilícito, a semejanza de la monopolización en economía, dominará la economía y política. Ya lo verá usted. Esto ya se transpira en la calle.

Con esa última expresión, en tono lastimero, damos por concluida la conversación. Pedimos la tercera ronda de cervezas para hacer la síntesis geográfica de lo escuchado.

Llegamos a un consenso. Una geografía se forja como lugar central, como bien plantea Walter Christaller, en torno a un terminal intermodal y un mercado periférico, sobre lo que antes era un pantanal insalubre. Como polo de atracción de migrantes de otros parajes induce una geografía humana plural, y, un hecho azaroso, la muerte de una personalidad, le imprime una identidad geocultural bien fraguada alrededor del tango, genera topofilia, como afirma Yi Fu Tuan, entre sus habitantes y visitantes; no obstante, prejuicios geosociales se transmutan en topofobias, capaces de exigir la inmolación de un paisaje patrimonial en nombre de la decencia. Una crisis económica junto a una mala calidad institucional pueden insuflar geografías de ilícitos.

Concluida la síntesis geográfica decidimos salir a la calle, imbuidos con la certidumbre de que es posible decretar la muerte de un paisaje. En ello Medellín y Caracas tienen algo en común, su actitud afirmativa por el espectáculo de la destrucción. En eso, en la acera nos percatamos que el cielo sigue encapotado, cae una tenue precipitación, de esas que en Caracas el imaginario geográfico sobre la gradación de la intensidad de las precipitaciones identifica como: *Lluvia moja pendejos*. Aún así, decidimos dirigirnos al hotel. Al transitar a toda prisa las catorce cuadras que nos separa del hotel, llegamos a su entrada empapados de cabeza a pie.

El reloj marca las cuatro y media de la madrugada, estamos en la estafeta de Expresos Brasilia, el costo del pasaje a Cali son cuarenta y cinco dólares por los tres. El viaje está estimado en algo más de nueve horas, estaremos allá aproximadamente a las catorce. Hay que preparar la mente y las posaderas para éste viaje. Nos da tiempo de desayunar en la terminal. Al unísono, solicitamos tres arepas e'huevos, ha sido lo único que hemos probado de la gastronomía paisa, que lástima, tenemos información de que es muy variada y exquisita.

A los pocos minutos estamos en Envigado, periferia sur de Medellín. Subimos serranía arriba. Al salvar la pequeña ciudad de La Pintada aparece una valla de señalización vial, se lee bienvenido/welcome al departamento Caldas. Al transcurrir aproximadamente cuatro horas se ojea un letrero de Chocolate Luker: *Manizales ciudad de las puertas abiertas a 2.146 metros*. Sin abandonar la carretera Panamericana llegamos la terminal de Expresos Brasilia, al margen derecho de la carretera. Luego del desabordaje y abordaje seguimos por la Panamericana.

En el viaje de Medellín a Cali en expresos Brasília, en el trayecto se monta una muchacha gordita ella, viaja parada y no deja dormir a nadie, habla sin parar y en un tono alto, se ríe a carcajadas de sus comentarios y ocurrencias, paralelamente, como si no fuera poco, nos acompaña una tormenta buena parte del viaje

Se inicia el descenso carretera abajo, la sensación térmica de la brisa que entra por los ventanales nos hace deducir que estamos a 1.400 metros de altitud aproximadamente. Al dejar atrás la pequeña ciudad de Los Mangos, inmediatamente se avista una valla de señalización vial, *bienvenido/welcome al departamento Risaralda*. En poco tiempo se entra en Pereira, capital del departamento, atravesamos la ciudad de norte a sur por la avenida Simón Bolívar, da la impresión de ser la principal arteria vial de esta ciudad de tamaño medio. Una vez dejado atrás la terminal, en pocos minutos estamos en la periferia sur de Pereira, en un letrero publicitario de la cerveza Club Colombia leemos: *La capital del eje cafetero*. Al continuar el descenso de la serranía, el tiempo nublado que nos ha acompañado buena parte del viaje, da paso a una tormenta eléctrica. Se precipita un chubasco torrencial, por la ventanillas se ven espeluznantes relámpagos como dendritas de neuronas, sucedidos por el retumbar de truenos ensordecedores. Un nuevo rayo espantoso pareciera que batucea al autobús como si fuera

a partirlo, la gordita de pie, tiene ataques de verbo-incontinencia, comienza a gritar.

—*iAve María Purísima, sin pecado concebido! Recen, recen, recen sin cesar.*

El chófer cambia de casete, de los ritmos de cumbias que nos acompañaron desde Medellín, coloca un sólido sonido de salsa. Chuo el más ducho en música, extrañado me pregunta.

—*¿Tú reconoces esos sonidos de salsa?*

Le respondo con un gesto negativo. El pasajero a su lado, con deseos de ayudar, le indica.

—*Esa es la salsa de Fruko.*

El autobús sigue serranía abajo. La sensación térmica nos induce a estimar que estamos por debajo de la cota de mil metros de altitud. En una valla de señalización vial alcanzamos a leer *bienvenido/welcome al departamento Valle del Cauca*, cuyo límite debe estar trazado sobre el río que acabamos de cruzar, al dejar el puente atrás estamos en la ciudad pequeña de Cartago, la atravesamos de norte a sur para seguir por la carretera Panamericana surcando una ancha planicie formada por el río Cauca, a las dos horas estamos en Palmira, periferia norte de Cali. Al poco tiempo, el autobús sube por la rampa a un segundo piso de la terminal Cali. Nos causa una viva impresión, primera vez que vemos una terminal interurbana de dos plantas y diseño vanguardista. Luego de caminar cerca de cuatro kilómetros llegamos al hotel Farallones Cali, del cual tenemos referencia. Dieciocho US\$ por los tres las dos noches que estaremos en esta ciudad.

Sentados en la habitación y acompañados por las notas musicales que Chuo procede a arrancarle al cuatro, comienzo a leer la ficha técnica del mapa de Cali. Leo en voz alta.

—Santiago de Cali, la Sucursal del cielo, con cerca de un millón de habitantes para 1975, a 1.018 metros de altitud, es tropical seco su clima, con temperatura promedio de 24 °C y 900 mm de precipitación media anual.

Inmediatamente detengo la lectura para comentar.

—Es una ciudad hermanada con Caracas, no solo por su nombre eclesiástico, Santiago, sino también por su apelativo, su relieve de planicie aluvial, altitud y clima.

Y continúo con mi interpretación.

—La presencia de calina en su atmosfera también la armoniza con Caracas, aunque en este caso son por los vientos del noroeste del océano Pacífico.

El Abuelo interviene para referir.

—He leído que su pueblo y sociedad son muy similares a los de Caracas, y tiene una profunda diferencia con el resto de la Colombia cordillerana respecto a la composición de las élites oligárquicas, menos conservadoras y más como resultado de la movilidad social y parejería en lo que va de siglo XX.

Chuo sigue abstraído, sus dedos chasquean las cuerdas del cuatro con acordes de música margariteña, pareciera que es demasiado paisaje cordillerano para un isleño, la nostalgia por su isla amada lo está poseyendo.

Comienzo a leer los sitios de interés a evaluar.

—La calle del pecado, iglesia de La Ermita, barrio Granada, parque del Perro San Fernando, iglesia de San Antonio, el Cristo Rey, zoológico de Cali, museo la Tertulia y monumento a Sebastián Bernalcázar.

Al terminar la retahíla, le comento a El Abuelo.

—Chuo está en otra dimensión.

Y expongo a continuación.

—¿Qué curioso, Chuo al hacer la investigación de los lugares de interés coloca la iglesia de La Ermita después de la calle del Pecado. ¿Será casualidad o causalidad?

El Abuelo veloz me responde.

—Probablemente después del polvo le pediré perdón a su virgencita del Valle, como el mismo dice.

Y El Abuelo y yo nos reímos a carcajadas.

—¡Ja, ja, ja!

En el ocaso buscamos la avenida Colombia. Es la ribera del río Cali, se me antoja un parecido con el paseo Ayacucho de Cumaná, se aprecia el lento transitar de sus aguas buscando su desembocadura en el río Cauca. Sería interesante que se construyera en su ribera un bulevar, no tendría nada que envidiar al "boulevard" Saint Germain junto al Sena en París, valga la comparación.

Chuo por primera vez lleva su cuatro por un recorrido de evaluación paisajística. Camina en medio de la acera ribereña, anda sin compás, la mirada perdida, rasgando las cuerdas del cuatro, se sienta en un

banquillo y mira abstraído el remolinar del agua en el cauce del río. El Abuelo me comenta.

—Debe sentir melancolía por sus paisajes insulares. Dejémosle con sus añoranzas.

Sin proponérselo se divisa en la cercanía de la avenida ribereña la iglesia La Ermita. Al detallarla comento.

—Es una iglesia de estilo arquitectónico gótico en pequeña escala.

Con ese comentario Chuo abandona la actitud absorta y me corrige con verbo enérgico.

—Ni por asomo corresponde a ese estilo. Es un diseño neogótico, por lo menos tienen mínimo dos siglos de diferencia, sin hablar de la distancia en cuanto a diseño.

Pareciera que es todo un icono paisajístico de Cali por la cantidad de turistas que hay en su frente.

La noche nos abraza recorriendo la avenida ribereña, la brisa nos provoca extasis y nos incita a una visión seductora de Cali. Con esa geografía encantadora nos dirigimos al hotel.

Muy temprano en la mañana, salimos a reconocer lo que tenemos ante nuestras miradas. Se recorre el centro histórico; plaza Caycedo, palacio nacional, catedral de San Pedro Apostol, barrio San Nicolás y barrio Granada. Éste barrio todavía conserva algo de su pasado aristocrático.

Nos dirigimos con rumbo sur-oeste, alcanzamos al barrio San Antonio con la misión de buscar la calle que da acceso al cerro donde se encuentra el monumento Cristo Rey. En una de esas vueltas, dimos con la iglesia de San Antonio, en realidad es una capilla, presidida de una

escalinata, rodeada de palmares y árboles, le dan un toque regio y elegante, emplazada sobre una colina convertida en parque con paisajismos de buen gusto, permite apreciar más de cerca el monumento Cristo Rey hacia el oeste. Esa cercanía hace percatar a cualquier caminante que alcanzar el monumento a pie es toda una travesía de mucho más de dos horas. El parque San Antonio, en compensación, permite una visual del centro de Cali que El Abuelo para nada desaprovecha, anda eufórico tomando panorámicas de la ciudad y de lo que se alcanza ver del valle del Cauca al este.

Luego de mucho recorrer llegamos cayendo la tarde a la carrera cuatro con la calle nueve, justamente allí, desde esa esquina, el trayecto hasta la carrera tres se le conoce como Calle del Pecado. Es una geografía de aglomeración de bares y reservados, cual faro que avisa a gran cantidad de hombres, nacionales y turistas, la llegada al sitio de aventuras de rumba y sexo.

Apoltronados en un sofá en una de esas casas del deseo, en la calle del Pecado, cada quien se levanta amancebado y se interna hacia sus claustros.

En el vestíbulo del hotel hacemos la síntesis geográfica de ésta metrópolis. Inicio la platica.

—Cali está aprovechando exitosamente su localización de encrucijada entre el centro de Colombia, la frontera con Ecuador y el principal puerto colombiano en el océano Pacífico, Buenaventura. Se proyecta como un significativo nudo geoeconómico con el avance de la Comunidad Andina de Naciones.

El Abuelo inquieto interviene.

—Sin embargo, tiene un obstáculo geográfico, la geografía de las desigualdades es muy polarizada, la pobreza extrema se extiende hacia el este hasta alcanzar las riberas del río Cauca, con evidentes vulnerabilidades manifiestas en desempleo, delincuencia y un auge del tráfico de drogas que se siente en su atmósfera.

Añado a lo que menciona El Abuelo.

—La geografía de la pobreza extrema extendida hacia el lecho de inundación del Cauca debe ser noticia frecuente por las estacionales avenidas de ese portentoso curso de agua, cuyas interrelaciones deben expresarse en forma de desastres.

Agrego enseguida.

—Además la geopolítica interna, dominada por la guerra de guerrillas, tienen en el bloque sur de las FARC-EP y Frente sur del ELN un impedimento geográfico para Cali y Colombia.

La conversación entusiasma a Chuo, se atreve a intervenir.

—El obstáculo geográfico no solo está presente en su geografía humana. Las serranías Central, Occidental y Oriental de la cordillera de Los Andes colombiano, se erigen como verdaderos murallones orográficos, dificultan el flujo e intercambio geoeconómicos.

Si el trayecto Medellín-Cali nos impresiona por el tiempo del recorrido, nos depara una enorme sorpresa el de Cali-Ipiales en la frontera con Ecuador, catorce horas.

A los pocos minutos de dejar atrás la terminal de Cali, estamos en Jamundi, periferia sur de la metrópolis, y en un santiamén leemos una señalización vial donde se ojea *Bienvenido/welcome al departamento Cauca*. Se comienza a ascender por la serranía Central de Los Andes

colombiano, al pasar un poco más de dos horas se entra en Popayán, capital del departamento Cauca por encima de los mil setecientos metros. En la terminal el desabordaje es mayor que la entrada de nuevos pasajeros. El bus sigue ascendiendo la serranía Central, a la derecha queda la montaña de Berruecos. Este accidente geográfico a cualquier venezolano le inspira profundos pensamientos sobre la muerte del más grande hombre de la independencia de la Gran Colombia, el gran mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, después, claro está de Simón Bolívar. Comento sobre el magnicidio de Berruecos.

—Si se hace una pesquisa científica–penal y criminal habría tres sospechosos, el general José María Obando, general Juan José Flores y la oligarquía de Pasto.

Inmediatamente añado.

—Qué les parece si hacemos un juego de escenarios de pesquisas históricas penal y criminal.

El Abuelo toma al vuelo la idea y plantea.

—La oligarquía de Pasto suena a fuente Ovejuna. Hay un móvil, la toma de Pasto a sangre y fuego por las tropas del general Sucre, porque las élites de Pasto apoyan a los realistas españoles, y los pastusos claman venganza, más no hay victimario de carne y hueso en la oligarquía de Pasto. Repito suena a fuente Ovejuna.

Chuo inmediatamente sustenta su coartada.

—El victimario fue el general José María Obando, fundador del Partido Liberal de Colombia, enemigo acérrimo de la idea grancolombiana de Bolívar, Sucre y Urdaneta, entre otros, por casualidad, casi todos venezolanos.

Agrego de seguidas.

—El general Juan José Flores, venezolano, de Puerto Cabello, es el sospechoso más sólido. El gran mariscal Sucre se dirige a Quito, a encontrarse con su amor de su vida, Mariana Carcelén y Larrea, marquesa de Solanda, amenaza directamente con su prestigio, autoridad, reputación, celebridad y notoriedad su naciente gobierno dictatorial en Ecuador. Quedaría ante su señorío como un enano político.

Chuo vuelve a tomar la palabra.

—¡Ah! ¿Y si hubo una colusión entre los generales Obando y Flores?

No hubo acuerdo entre nosotros. Ni lo ha habido entre historiadores. Ni lo habrá ya en ninguna otra circunstancia. Ese magnicidio queda impune en cuanto a la autoría intelectual.

Tampoco hay que descartar un encubierto suicidio, el gran mariscal sabe sobre un complot a propósito de su viaje, fue advertido, se le indica encarecidamente que desechara la idea de remontar por las trochas de Berruecos, y viajara por mar, consume más tiempo pero es más seguro. La señera figura de Ayacucho y Pichincha ya estaba baldada de depresión ante la traición, alevosía e insidia generalizadas a la idea bolivariana, y por la pérdida irremediable de su gran obra por la multitud de caudillos desenfrenados.

En eso nos sorprende la entrada a Pasto, en un estado de desasosiego.

El autobús queda con pocos pasajeros hacia Ipiales. Alguna comida me indigestó, me entraron unas ganas infinitas de evacuar. Menos mal que el chófer se detiene en la periferia sur de Pasto para comer y repostar gasoil. Busco un baño público en donde hay que depositar una moneda para tener acceso al excusado, al abrir la puerta se observa que no es

posible una nueva deposición por lo colmado que está. Salgo como una tromba, no aguanto más, y tuve que hacerlo en un recodo de la acera, con personas caminando a mi lado, salí airoso de ese mal trance.

El autobús sigue su ascenso, Chuo comienza a tocar cuatro y cantar, el chófer nos indica que nos acerquemos a los primeros puestos para oír la música mejor. En una curva, por mala suerte, el cuatro da contra uno de los tubos de las agarraderas y se despedaza. ¡Ay! Pobre Chuo quedó desconsolado.

Entrada la noche llegamos a Ipiales, una ciudad pequeña como de ochenta mil habitantes. En la noche la frontera está cerrada, ni modo, hay que esperar hasta mañana para cruzarla. En un hotel modesto pedimos una habitación que incluye una comida. Sentados en el restaurante nos sirven la comida, el mesero nos refiere que es sopa de menudencias. Nos extrañó el nombre del condumio.

Inmediatamente ante la cara de extrañeza de Chuo y mía El Abuelo dice al vuelo.

—No especulemos hay que entender que cada región tiene su gastronomía.

El Abuelo entre sorbo y sorbo advierte que hay algo duro debajo del caldo, menciona a renglón seguido.

—Miren esta menudencia en el fondo del plato, la cabeza y patas de gallina con uña y todo.

E inmediatamente se le oye una estentórea carcajada.

—¡Ja, ja, ja!

Chuo y yo procedimos a verificar qué había en el fondo de nuestras escudillas. ¡Igual dosis. Cabeza y sendas patas de gallina!

Chuo comenta.

—¡Vaya, vaya! *De que son menudencias son menudencias.*

Y provoca ese comentario un ataque de risa colectivo.

—¡Ja, ja, ja!

Muy temprano en la mañana nos dispusimos a traspasar la línea fronteriza. Al llegar a la oficina de control de migración colombiana la oficial de turno, nos mira de arriba a abajo, con recelo, inspecciona el pasaporte minuciosamente por todos los lados.

Pienso con un latinazo que lo sé de memoria.

—«*omnis fur iudicatur per suam condicionem*».

Capítulo V

Paisajes cordilleranos ecuatorianos y la perla del Pacífico

En el lado ecuatoriano el control migratorio fue más rápido. Inmediatamente estamos en Tulcán a casi tres mil metros de altitud, sino no fuera por la línea fronteriza uno pensaría que está en la misma ciudad. Nos dirigimos directamente a la terminal para comprar los pasajes a Quito. Como teníamos un margen como de cinco horas de tránsito en la terminal, nos dedicamos a auscultar la ciudad. Es una ciudad mediana de más de ciento veinte mil habitantes. En Tulcán es obligada una visita al cementerio. Su paisaje está engalanado por figuras precolombinas artísticamente elaboradas a partir de la poda de cipreses con infinidad de figuras, es realmente espectacular.

El autobús al pasar por Los Taques, periferia sur de Tulcán comienza a bajar la cordillera andina ecuatoriana. A las dos horas aproximadamente, se entra en un valle hondo, es el emplazamiento de la ciudad de Ibarra, una laguna de gran tamaño preside la entrada a la urbe. El autobús pasa por el centro de la ciudad pequeña, como de setenta mil habitantes, llama la atención la cantidad de edificios de la época colonial de color blanco. Luego de las labores de desembarque y embarque, el autobús prosigue por el altiplano andino ecuatoriano, a la media hora estamos en la pequeña ciudad de Otavalo, desde donde es posible la vista del volcán Imbabura. De nuevo el autobús asciende durante un poco más de hora y media, entramos en un amplio valle que sirve de emplazamiento a la ciudad de Quito, a una altitud promedio de 2.800 m. En el centro de la ciudad conseguimos un hostel para mochileros, e inmediatamente salimos a averiguar cómo se llega y el tiempo de recorrido para el monumento de la mitad del mundo. La información suministrada nos persuade que es aconsejable esperar hasta mañana. Nos dimos a la tarea de recorrer el centro histórico de la ciudad. Es verdaderamente muy hermoso. La plaza de San Francisco, el

palacio de gobierno y las más de diez iglesias del centro, la Basílica del del Voto Nacional por el Sagrado Corazón de Jesús, la de la Compañía de Jesús y la Catedral Matropolitana, entre muchas otras, todas de gran belleza y esplendor. Solo pudimos acceder al interior de la de la Compañía de Jesús, recubierta de gran cantidad de láminas de oro en sus paredes, ventanas y especialmente en el altar mayor.

Chuo maravillado comenta.

—Debe ser una de las concentraciones de iglesias por habitantes más alta, por lo menos de Sudamérica.

El Abuelo aporta lo suyo.

—Quito es un convento, Bogotá una universidad y Venezuela un cuartel, habría dicho Simón Bolívar.

El cerro Panecillo en pleno espacio ciudadano es una tentación ascenderlo no más pisar Quito, pero por lo avanzado de la tarde decidimos acometer esa expedición para mañana después de revisar el monumento a la mitad del mundo.

Muy temprano en la mañana tomamos un bus urbano con dirección al noroeste para ir al monumento de la mitad del mundo. La visión que nos brinda el Pichincha, volcán que subyuga al visitante de Quito, ha sido realmente espectacular, ha estado despejado completamente de nubes, se le agradece. El monumento se encuentra situado en un parque dominado por una estructura de concreto y piedra, como de treinta metros, coronado por un globo terráqueo en acero. La línea ecuatorial divide al monumento imaginariamente en dos, el hemisferio norte y sur. La jardinería y bardas de cipreses están mantenidas con buen gusto. Todos los visitantes juegan a ubicarse a uno y otro lado de la línea

amarilla delineada en el piso para señalar los hemisferios, nosotros no somos la excepción. Las sesiones de fotos de El Abuelo son intensas.

De nuevo en el centro histórico, con la firme decisión de emprender la caminata hacia el cerro Panecillo.

Tomamos la avenida 24 de mayo, cruzamos por la avenida Bahía de Caráquez, para luego tomar la Ramón Nava hasta alcanzar la avenida general Melchor Aymerich, que le da acceso al cerro. El ascenso al cerro se realiza por la porción norte en donde existe un intenso asentamiento de hábitats subintegrados, mientras que hacia la facha sur hay permanencia de bosque autóctono y reforestaciones. La cantidad de visitantes subiendo y bajando es un indicio de que es el sitio de interés turístico de mayor demanda de Quito, después del monumento de la mitad del mundo. Su cumbre, de más de doscientos metros de altura con un conjunto de instalaciones de servicios y una enorme escultura de la virgen Inmaculada Concepción de Quito, recientemente inaugurada. Al dejar de contemplar tan admirable obra de arte, nos dirigimos al Mirador. Señalando hacia los cuatro puntos cardinales hago un comentario.

—El mirador del cerro Panecillo es un lugar privilegiado para el análisis geográfico.

Ése solo comentario anima a Chuo a intervenir.

—Hacia el sur destacan los paisajes de zonas industriales, residenciales y parques recreacionales, alcanzo, a lo que llaman vuelo de pájaro, a contar hasta siete zonas verdes.

Esa acotación estimula a El Abuelo a dar su aporte.

—Hacia el norte destacan cinco predios recreacionales, e incluso, hacia el noreste se observa lo que es el más grande parque de Quito.

Sin darle chance a nadie continúa su relato.

—Se aprecia nítidamente la espacialidad de la ciudad. El norte es lugar residencial de la gente más pudiente, y se observa una incipiente localización de las edificaciones más altas, centros financieros, empresas transnacionales y seguramente las embajadas.

Como un rayo le quito la palabra, pues se le notaba la intención de seguir con el discurso.

—El centro histórico desde este mirador deja mirar la concentración de templos católicos, así como, la febril actividad comercial que él encierra. No es menos destacable la convivencia de paisajes de hábitat consolidado y subintegrado dentro de su perímetro y especialmente en los espacios circunvecinos.

Chuo de nuevo toma la palabra.

—Es clara la metáfora de la ironía de la vida, los barrios más vulnerables se emplazan en las áreas con más vulnerabilidades hacia el costado oeste, incluyendo las laderas del Pichincha, una topografía con pendiente inclinada, barrancos y terrenos inestables; debe ser hecho noticioso con cierta frecuencia los desastres de origen natural en esos paisajes.

El Abuelo se apresura a intervenir, esta vez dice.

—Los riesgos no son solo físico-naturales como deslaves y deslizamientos, terremotos y vulcanismo; se agregan los riesgos socioeconómicos, analfabetismo, desempleo abierto, drogadicción y delincuencia. Un dicho caraqueño es aplicado en Quito en toda su

expresión: *Los habitantes de los barrios altos sienten que no hacen parte de la ciudad.*

Y agrego inmediatamente.

—Es una lógica y dialéctica socioespaciales que se repite mil veces en Hispanoamérica. Octavio Paz tiene razón cuando insinúa que Hispanoamérica no aprende de sus propios errores, los repite una y otra vez hasta el infinito.

Ello me hace acordar de algunas estrofas de una canción de los Olimareños. Se las recito.

—Que pena que este camino fuera de muchísimas leguas, y siempre se repitiera. Los mismos pueblos, las mismas ventas, los mismos rebaños, las mismas leguas... Que pena que sea así todo siempre, siempre, de la misma manera, que pena, que pena.

Una vez en la explanada al pie del cerro caminamos hacia el norte, atravesamos el barrio La Tola con sus fachadas de estilos arquitectónicos de tiempos distintos, pero destacan caserones que datan de la primera mitad del siglo XX, de dos plantas con sus pequeños balcones, se siente en sus esquinas tradiciones y rutinas que hablan de una intensa vida cultural. Atravesamos el parque Itchimbia y alcanzamos a la plaza de toro Belmonte en el barrio San Blas. Con la llegada del crepúsculo con la visión del volcán Pichincha, nos dirigimos al hotel.

En el autobús atravesamos el tráfico lento de Quito, la ciudad alcanza ser una metrópoli con un poco más de un millón de habitantes para 1975, en un valle en torno a un relieve accidentado que posee pocas travesías de vía rápida. Luego de un poco más de veinticinco minutos dejamos atrás la Joya, parte de la periferia metropolitana de Quito. En hora y media bajando la cordillera por la carretera Panamericana atravesamos la pequeña ciudad de Machachi. Al dejar atrás la pequeña ciudad de Latacunga, en cuarenta minutos estamos entrando en la ciudad de Ambato, con un poco más de doscientos cincuenta mil habitantes de acuerdo a la ficha técnica del mapa. Una vez instalados en el hotel, decidimos salir a reconocer los paisajes de Ambato, pues la estadía está planeada para una solo noche. Por la Av. Bolívar comienza nuestra evaluación de Ambato. La primera impresión es que debió ser un centro cultural de significación de las familias de abolengo, eso se deduce la arquitectura de la casa de los Montalvo, hoy convertida en museo. El centro mantiene una conservación muy aceptable de los patrimonios históricos de la ciudad como la plaza Cevallos muy bien arbolada, la catedral con un hermoso diseño, el palacio municipal y la gobernación, entre otras edificaciones. Es una ciudad muy acogedora con ese vaho cultural que flota en la atmosfera del centro de la ciudad. Decidimos llegarnos hasta el barrio Miraflores, reiteradamente recomendado. Una caminata de un poco más de siete kilómetros es

recompensada con unos paisajes que reflejan el ambiente cultural tradicional de Ambato, vale la pena la caminata desde la plaza Cevallos. Al final de la tarde, decidimos salir de la rutina de la ración de campaña, fuimos en la búsqueda de algún condumio que estuviese en consonancia con nuestras finanzas. En una de esas calles angostas del centro divisamos a lo lejos algo semejante a un restaurante de pollo en brasa, decidimos ir a indagar. Al acercarnos Chuo nos indica.

—Eso ni por casualidad se asemeja a un pollo en brasa.

Instalados en el local, le preguntamos al dependiente la comida ofrecida cocinándose a la brasa. Nos indica, es cuy asado con papa. Nos miramos unos a otros con cierto asombro, decidimos comer por lo aceptable del precio, lo excéntrico y cierto prurito de curiosidad. El cuy resulta ser una comida muy tradicional de la sierra ecuatoriana. Sin embargo, a los ojos de venezolanos el cuy es una condumio muy impresionante, deja cierta sensación repulsiva, tiene un cierto parecido con la rata de albañal. El Abuelo en un arrebató de humor negro comenta.

—Es tan completo este elemento gastronómico de la geografía ecuatoriana, que hasta trae en la patas del condumio un mondadientes, mejor conocido en cristiano como escarbadientes o más concretamente palillo de dientes.

Se escarba muy orondo los dientes con las uñas del cuy. Nos arranca sonoras carcajadas.

—*ja, ja, ja.*

Guayaquil es el próximo itinerario. El autobús se encarama cordillera arriba buscando a Río Bamba a una altitud de 2.750 m a la que llegamos a la hora de haber partido. La ciudad se extiende sobre una terraza aluvial a las faldas del volcán Chimborazo, famoso por la genial pieza literaria de Simón Bolívar, *Mi Delirio sobre El Chimborazo*.

Chuo en trance de embriaguez de poesía recita a capela el único extracto que recuerda de memoria.

—*...Absorto, yerto, por decirlo así,
quedé exánime largo tiempo,
tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho.
En fin, la tremenda voz de Colombia me grita;
resucito, me incorporo,
abro con mi propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre,
y escribo mi delirio sobre El Chimborazo...*

No hay ninguna maniobra en la terminal de Río Bamba, en pocos minutos comenzamos a descender por una carretera que zigzaguea laderas, ríos y barrancos, un lujurioso paisaje andino. En algo menos de cinco horas estamos en la ciudad de Cuenca, famosa por lo bien conservado de su patrimonio histórico, no solo colonial, además fue el más importante centro administrativo del norte de Tawantinsuyo o

imperio incaico como se le conoce en español. Se inicia el descenso de la serranía, kilómetro a kilómetro se siente el aumento de la sensibilidad térmica producida por la brisa que entra por los ventanales. Transcurridas un poco más de dos horas y media, en medio de una transición de paisaje de bosque tropical húmedo a bosque tropical seco, se llega a las faldas de la cordillera, Chuo comenta, casi grita.

—Por fin queda atrás el clima frío cordillerano. Se siente la influencia de la brisa de la costa seca y caliente.

En un poco menos de cuatro horas entramos a la pequeña ciudad de Delia, periferia este de Guayaquil. A los pocos minutos atravesamos el barrio Durán. Chuo se anima, trata de sacarle acordes a su cuatro destrozado y canta una canción emblemática para los venezolanos.

*—Hoy todo me parece más bonito,
hoy canta más alegre el ruiseñor,
hoy siento la canción del arroyito
y siento como brilla más el sol.*

*Toy contento,
yo no sé qué es lo que siento,
voy saltando,
como el río, como el viento,
como el colibrí,
que besa la flor por la mañana,
como paraulata,
que deja su canto en la sabana.*

Toy contento,
yo no sé qué es lo que siento,
voy cantando como el río, como el viento,
me pongo a cantar, no puedo expresar qué es lo que siento,
pues reviento por las ganas de cantar.

Inmediatamente el autobús atraviesa el portentoso río Guayas, han transcurrido un poco más de tres horas y media desde que salimos de Cuenca. Indudablemente, la cercanía al océano a Chuo lo libera de su insania mental, una especie de síndrome de la serranía, lo deben padecer todos aquellos que habitan en geografías insulares y permanecen confinados por un buen tiempo en parajes cordilleranos.

Santiago de Guayaquil es una metrópolis con algo menos de dos millones de habitantes para 1975, la principal ciudad de Ecuador.

Estamos alojados en un hostel para mochileros, su habitación tiene un fuerte vaho a humedad, la presencia tangible de un calor tipo bochorno, con vapores de agua, caracteriza el clima de Guayaquil.

Sin pérdida de tiempo salimos a examinar la ciudad, por cuanto es una urbe inabarcable al igual que Cali, Medellín y Barranquilla, y solo tendremos dos días con sus noches para examinar sus paisajes geográficos, es la causa de nuestro apresuramiento. Chuo, con presencia de ánimo por estar de nuevo en una geografía costanera, se vivifica y se atreve a ensayar una síntesis geográfica de Guayaquil.

—Su localización está signada por la cercanía notoria del océano Pacífico, su emplazamiento sugiere ser parte integrante de una vasta región costanera. La planicie aluvial del río Guayas y el golfo de

Guayaquil le proporcionan una sensación de intimidad, una geografía encantadora. Hacia el noroeste la preside una cadena montañosa.

Se lee en la ficha técnica del mapa: *Su fundación temprana luego de la llegada del almirante Don Cristóbal Colón, en 1547 y su excelente situación geográfica, la convierte en un emporio geocomercial con su flamante puerto como impulsor de su rápido progreso. Fue constituida originalmente como una entidad geopolítico-administrativa distinta a Ecuador.*

El Abuelo quiere intervenir y lo hace.

—Tiene un tránsito automotor pesado, habla de su condición de metrópolis.

Llegamos a la plaza Seminario. Instalados en un banco de la plaza, iniciamos la discusión de a qué lugares hacerles la evaluación paisajística.

Sin pérdida de tiempo, Chuo plantea.

—Vamos al malecón, estoy urgido de sentir la geografía de la sensibilidad que brindan los paisajes litorales.

El Abuelo le trunca su argumentación para indicar.

—Pero Chuo entiende, no te dejes llevar por las pasiones, estamos en el centro histórico, vamos a evaluarlo primero.

Se acordó esta última propuesta.

Se lee en una placa en el parque: *En 1695 se crea en este sitio la plaza de armas. Sus alrededores fueron el centro geopolítico-administrativo por excelencia. Es la sede de la élite colonial. De la institución religiosa encarnada en la catedral, consagrada al apóstol San Pedro; las instituciones políticas representadas por la sede del Corregimiento de Guayaquil y el Cabildo; al igual que instituciones económicas, personificadas por los gremios de astilleros y comerciantes. Su legendaria fama de riquezas, resumida en su denominación de origen geográfico, La Perla del Pacífico, la convierte en objeto de rapiña frecuente por piratas y corsarios.*

Les comento luego de la lectura de la placa.

—*Se desprende de esa lectura, el ascenso vertiginoso de la geoeconomía guayaquileña, y su trepadora ascendencia hasta convertirse hoy en la ciudad exportadora-importadora por excelencia, de flujo comercial intenso, el complejo industrial más importante de Ecuador y principal atractora de inversiones y migrantes, "mutatis mutandis" la locomotora de la economía de la República.*

El Abuelo no habla para nada, está frenético con su Pentax, capturando imágenes de la catedral, del conjunto de edificaciones que rodean al parque Seminario o Simón Bolívar como también se le conoce, muy

poblado de árboles de apariencias centenarias, gran variedad de palmeras como la palmera de abanico, la real, la de salón, cocoteros y chaguaramos; le dan un ambiente exótico al parque. Sus infraestructuras son de estilo afrancesado, con amplias caminerías y una laguna. El monumento ecuestre a Simón Bolívar preside la plaza. El Abuelo fotografía además algo insólito, en pleno centro histórico de Guayaquil, una enorme cantidad de iguanas de todos los tamaños, cohabitan apaciblemente con los visitantes, nacionales y extranjeros.

Chuo indaga con un vigilante.

—¿Por qué si fue la plaza de armas en el pasado colonial, no posee más edificios patrimoniales que la catedral?

Le responde el vigilante.

—¡Ah! Es que fueron reedificados en el malecón, con lo cual se ha convertido así en el nuevo centro de Guayaquil.

El abuelo interviene.

—Por lo avanzado de la tarde, el cansancio y hambre, recomiendo dirigirnos al hostel.

Luego de comer la ración de campaña, el cansancio nos vence, vamos a dormir.

Al despuntar la mañana, Chuo ya está vestido para salir, El Abuelo y yo apenas nos despezamos entre las cobijas, cuando Chuo pregunta en tono airado.

—¿El malecón será el primer sitio a visitar hoy, cierto?

Ni modo, apenas acabado el ritual de la ración de campaña salimos del hostel decididos a evaluar el malecón. Nos dirigimos por la calle 10 de agosto sin desvío alguno, hasta alcanzar el malecón. Soberana sorpresa para Chuo, en vez de una visión franca del litoral oceánico, tenemos enfrente las riberas del gran río Guayas. Le volvió la especie de melancolía.

Como desesperado le pregunta a un viandante con marcado fenotipo indígena.

—Por favor, usted me podría informar hacia donde queda el litoral oceánico.

El viandante le responde.

—¡Daaaa! Está a más de setenta kilómetros.

Le responde enseguida Chuo.

—Muchas gracias mi estimado.

El Abuelo con cierta ironía le dice.

—Por lo poco que entiendo del idioma español guayaquileño, esa expresión admirativa significa comentario poco inteligente. Eso te pasa Chuo por no hacerle una lectura e interpretación cabal y leal al mapa.

El Abuelo se ríe con socarronería.

—Ja, ja, ja.

De allí nos dirigimos rumbo norte siguiendo el malecón hasta alcanzar Las peñas de Guayaquil. Le expreso mi síntesis geográfica.

—Es un hábitat bien representativo del diseño arquitectónico hispánico, pareciera que aquí se asentó la aristocracia del barrio, como dice el imaginario geográfico.

Luego de recorrerle casi en toda su plenitud, decidimos ir al hemiciclo de la Rotonda.

Caminamos un poco más de veintidós cuadras. Llegamos luego de una extensísima sesión de fotos por parte de El Abuelo durante todo el recorrido.

Leemos en una placa conmemorativa: *Igualmente se le conoce como monumento a la entrevista de Guayaquil. Allí se escenificó el encuentro entre los dos titanes de la independencia de Sudamérica, Simón Bolívar y José de San Martín. Emula el Partenón, pero con claro estilo francés, su emplazamiento en la ribera del río le imprime sensibilidad al paisaje.*

En el centro, las estatuas de los dos héroes dándose un apretón de manos, irradia el encuentro de dos estadistas, ductores de naciones.

Continuamos rumbo sur atravesando cinco cuadras hasta alcanzar la Torre del Reloj o Torre Morisca. Es una edificación que alberga un reloj con una manifiesta semejanza con la de la Torre Big Ben de Londres, engarzado a una atalaya con diseño morisco en referencia al campanario de La Giralda de la catedral de Santa María de Sevilla, en síntesis su estilo arquitectónico responde a una hibridez cultural.

Caminando rumbo sur, sin más referencias paisajísticas que evaluar, mascullando ideas cada quien, quizás con el mismo pensamiento, o tal vez no, nos topamos con el callejón Eloy Alfaro, en la ribera del Guayas, casi que se interna en el río. Es un paisaje bucólico, una especie de pulpería, presta servicios para libar cervezas y comer. Nuestras mentes estaban conectadas, urgíamos de paladear el sabor amargo del lúpulo.

Celebramos a los dioses Dionisio y Baco con una ronda de cerveza Cristal, leí en la etiqueta, es del tipo lager de 5°. En vez de tapas, como en España, no queda más remedio que acompañar la libación con la ración de campaña respectiva. Nos dispusimos a desandar lo andado y dirigirnos al hostal. Suena de repente, una canción tocada por una rockola, cambiará todo. Al comenzar la melodía Chuo súbitamente se entusiasma, casi grita exaltado.

—Es Julio Jaramillo, interpreta una canción del género pasillo. Comienza a cantar un extracto que se acuerda.

*—...Tu eres perla que surgiste
del más grande e ignoto mar,
y si al son de su arrullar
en jardín te convertiste;
soberana en sus empeños
nuestro Dios formó un pensil
con tus bellas rubias y morenas
de mis ensueños, Guayaquil ...*

Con esa canción pedimos otra ronda de cerveza. Al terminar la melodía iniciamos una conversación sobre la geohistoria de Guayaquil.

El Abuelo plantea.

—El callejón que nos trajo aquí, si se fijaron, se llama Eloy Alfaro. Ha sido el más grande demócrata, institucionalista y progresista presidente de Ecuador.

Le interrumpo su discurso para añadir.

—A diferencia del general Juan José Flores, venezolano, quien estuvo en la subcomandancia de la batalla de Portete de Tarqui, con la que se logra la independencia de Guayaquil, puerto muy apreciado por los realistas, debido a sus riquezas, y en consecuencia muy defendido. Este hecho, le vale al general Juan José Flores ser proclamado primer presidente de Ecuador. Reforma la constitución y se declara vitalicio.

Comentario [ideb1]:

Además, dictador pugnaz, practica el nepotismo, impone a su hijo como presidente. Guayaquil al final lo detesta, y sus élites lo expulsan del poder.

Pedimos otra ronda de cerveza.

Chuo se incorpora a la plática.

—Los venezolanos tienen una presencia tangible en la independencia y presidencia de Ecuador.

Toma aliento y continúa.

—Al Guayaquil independizarse primero que el resto de Ecuador, reclama su emancipación, los generales Simón Bolívar y Antonio José de Sucre se mofan de sus pretensiones y le bautizan con el remoquete republiquita de Guayaquil. Hasta hoy perdura un desprecio por las figuras de Bolívar y Sucre en una porción, para nada desestimable de la sociedad de Guayaquil. E incluso, pervive un ascendente independentismo.

El Abuelo con sátira plantea.

—Entonces, quien mencione la palabreja republiquita en Guayaquil, puede considerarse hombre muerto, y si es venezolano más rápido.

Provoca una risa colectiva.

—¡Ja, ja, ja!

Me entusiasman esas historias narradas por El Abuelo e intervengo.

— *La geopolítica del separatismo no es exclusiva de Ecuador. Está muy extendida en Hispanoamérica.*

Tomo aliento y continuo.

—*En la Capitanía General de Venezuela se incubaba un independentismo enconado, un regionalismo acentuado. A propósito de la disolución de la Gran Colombia emerge ese separatismo, no se materializa la emancipación de la República del Zulia, porque la autoridad moral y la legendaria vida militar del general Rafael Urdaneta, un leal, ferviente, honrado y virtuoso seguidor de la idea bolivariana se erige como un obstáculo insalvable.*

Le hago seña a Chuo con ganas de interrumpirme para que se aguante un poco, continúo.

—*A partir de la segunda mitad del siglo XIX se suceden dos intentonas de crear la República del Zulia, con el general Venancio Pulgar y otra con el general Carlos Sutherland.*

Chuo sin esperar consenso pide otra ronda de cervezas, y expresa a continuación.

—*Cambiansdo de tema. No sé si notaron que la geografía de la desigualdad y pobreza extrema en Guayaquil es más extendida que en las otras ciudades ecuatorianas, incluyendo la capital.*

El Abuelo le responde rápidamente.

—Mira Chuo, no nos vamos a enganchar con ese tema. Ya entra la noche y estamos como a dieciséis cuadras del hostel, así que propongo, nos tomamos estas frías y nos marchamos.

Estuve de acuerdo. Chuo a regañadientes acepta.

En poco menos de seis horas el autobús entra en Huaquillas, una pequeña ciudad que deja ver una intensa actividad comercial formal e informal, dice mucho de su condición fronteriza. Al desembarcar nos indican que el puente fronterizo internacional queda como a dos kilómetros. Decidimos caminar hasta el paso fronterizo, una mirada de comerciantes informales vociferan sus mercancías en ambos lados de la calle. Alcanzamos la oficina de migración, y hacemos la fila para el chequeo de documentos y revisión de equipajes. Llama la atención la cantidad de mochileros de distintas nacionalidades, especialmente de Europa y EE.UU en las mismas faenas, definitivamente habla de esa especie de moda de viajar en autobús por Hispanoamérica. Con la revisión del pasaporte no hubo mayor inconveniente, todo en regla como dijo el oficial, y el equipaje no fue revisado, se nos dio un agradecimiento por haber visitado Ecuador. Al traspasar el puente sobre el río Zamurilla, estamos en la pequeña ciudad de igual nombre, en realidad es una conurbación transfronteriza con Huaquillas.

Capítulo VI

La planicie costera, Lima y la sierra andina peruana

En la terminal nos indican que para continuar a Lima, debemos trasladarnos a Tumbes, y tomar un autobús de rutas largas. Ni modo tomamos un pequeño bus y en un poco más de treinta minutos estamos en la terminal de Tumbes. Las menos de dos horas de tránsito en la terminal no recomienda hacer ninguna revisión de la ciudad, armados de paciencia esperamos, pensando en la travesía ineludible, algo más de dieciocho horas de viaje hasta Lima, el más largo hasta ahora. Salimos a las 10:00 hrs, nos parece el horario más conveniente, por cuanto estaremos en Lima a las 6:00 hrs del día de mañana, para comenzar bien temprano la búsqueda de alojamiento.

Nos acompaña en el viaje un paisaje de bosque seco tropical con lomajes y colinas piedemontinos. A los treintaicinco minutos de travesía el viaje nos da una sorpresa, esperada en base a las indagaciones previas al viaje, sin embargo, igualmente es asombroso. Desde Cartagena de Indias no teníamos la visión del mar, y de repente, desde un lugar identificado en una valla vial como Zorritos, se despliega en toda su magnificencia el paisaje oceánico. Chuo no puede reprimir una expresión.

—La visión del mar es relajante luego de estar tanto tiempo confinados entre laderas, cumbres, nevados y valles andinos.

El Abuelo inmediatamente interviene.

—No te olvides que ese paisaje marino para nada encarna tu amado mar Caribe, es el océano Pacífico con una orientación latitudinal norte-sur, a diferencia del Caribe, de orientación longitudinal, este-oeste; debe ser mucho más frío por la influencia de la corriente oceánica Humboldt que traslada agua fría del sur, de la Antártida, el continente helado y despoblado de seres humanos originarios, solo investigadores, tripulación y turistas conforman su población, junto a los pingüinos y otras aves, focas, elefantes marinos y otros mamíferos.

Ese paisaje costanero desaparece a la hora y tres cuarto de travesía, no más dejar atrás la pequeña ciudad de El Alto y hacer el autobús un giro a la izquierda buscando hacia el interior. Se impone un paisaje de planicie con bosque seco tropical interrumpido por centros poblados y pequeñas ciudades bastantes dispersos. En una valla vial, se logra leer, coto de caza El Angolo, hacia la izquierda, hacia el hinterland costero, no logramos divisar a cuantos kilómetros se encuentra ése territorio confinado para la cinegética, como le llaman nuestros buenos amigos biólogos a ése arte de montería deportiva. Chuo comenta.

—Pensaba que ese tipo de territorio, donde se autoriza la caza deportiva, era una especificidad geográfica exclusiva de reyes, duques, marqueses y condes, muy común en el Reino de España, pero fíjense, también aquí en Perú.

Le respondo en modo automático.

—No olvides que la geohistoria registra que Perú fue el virreinato, digamos, que preferido de los reyes de España, por cuanto su riqueza en recursos naturales, especialmente oro, plata y estaño, era realmente infinita, según la geografía de la percepción de los cronistas de indias, deformada por sus imaginarios geográficos peninsulares.

Sin mediar ni siquiera para tomar una bocanada de aire El Abuelo me interrumpe, declara emocionado.

—Como por ejemplo en las crónicas descritas en la obra trascendental Historia Natural y Moral de las Indias, del jesuita misionero José de Acosta. Allí se describe de una manera extraordinaria la magnitud de la riqueza en oro del Tawantinsuyu, como llamaban los Incas a su imperio.

El Abuelo con ademanes de no permitir interrupción alguna, persiste en su cháchara.

—Perú fue uno de los territorios que contribuyó al surgimiento de la leyenda de El Dorado, mítico lugar donde todo lo visible estaba cubierto de oro. Retratado en una metáfora geohistórica de Eduardo Galeano cuando afirma en su libro Las Venas Abiertas de América Latina que en tres siglos España recibió suficiente metal de Potosí como para tender un puente de plata desde la cumbre del cerro hasta la puerta del palacio real al otro lado del océano.

Chuo no quiere dejar de intervenir en ese detalle geohistórico, agrega con marcada acentuación, en un descuido de El Abuelo.

—No corresponde a la exactitud geohistórica. La leyenda de El Dorado nace en Colombia en tierras de los Chibchas, pueblo indígena con mayor adelanto en el proceso de avance cultural aborígen colombiano. Seguramente con contactos económicos y sociales con los Incas. Sin

embargo, la leyenda de El Dorado se difunde espacialmente en casi todo el territorio hispanoamericano.

Una pausa corta y continúa.

—Incluso en el territorio venezolano, considerado originalmente por los españoles como vacío de riquezas auríferas y sin interés económico para el paradigma mercantilista de la época. Prácticamente la leyenda de El Dorado se convierte en un motor, impulsa la conquista y colonización españolas, e incluso, su fama llega a gran parte de Europa, y es una de las motivaciones del surgimiento de especies de proto-empresas transnacionales encarnadas en piratas, corsarios y bucaneros ingleses, holandeses y franceses.

Estas disquisiciones geohistóricas fueron de gran provecho para el viaje, por cuanto no nos percatamos del envión que nos asomó en un santiamén a Las Mercedes, periferia de la ciudad de Piura. En nuestra bitácora expedicionaria, administrada por Chuo, se lee, Piura está en el escalafón del sistema de ciudades de Perú, como la cuarta urbe más poblada, con algo más de quinientos mil habitantes para 1975.

No más atravesar el puente sobre un curso de agua, da la impresión que no es el río Piura por su estrechez, ya estamos en la ciudad. Por una avenida impresionantemente recta se llega directo a la terminal terrestre de Piura. El desabordaje-abordaje es bastante rápido, y continuamos adentrándonos en la ciudad en la búsqueda de la salida sur. La abandonamos casi sin misericordia. El autobús se incorpora a toda velocidad en una carretera recta, como queriendo dejar de un solo golpe el granero, como es la traducción del vocablo piura del quechua al español. Esa alineación geométrica de la carretera, nos evoca la recta El Tigre-Soledad, en el estado Anzoátegui, allá, en el oriente venezolano, con la pequeña diferencia, ¡qué diferencia!, se emplaza en una planicie

desértica. Hay una sensación térmica de aproximadamente 40 °C, la sofocación del clima cálido es atenuada por la brisa, entra a raudales por los ventanales del autobús.

En medio de la soledad desértica agobiante, luego de un giro convexo del autobús, a los pocos minutos se comienza a palpar una geografía de la sensibilidad, a partir de un vaho, reconocido por el sentido olfativo, característico de la sal marina, indicativa irrefutable de la proximidad oceánica. Han transcurrido un poco más de tres horas luego de dejar atrás Piura. Un verde y amplio valle, como especie de alivio paisajístico, nos distrae, y leímos por carambola, en una valla vial, Cercado de Lambayeque, es parte de la periferia norte de la ciudad de Chiclayo.

Al entrar el autobús a la terminal de transporte, se observa una inusual presencia de patrullas y agentes policiales. Apenas abrir la puerta del autobús, entra con la velocidad de un rayo, un detective policial con arma en mano. Advierte.

—Nadie se mueva de su puesto. Hay un alijo de drogas y tenemos que inspeccionar el bus.

De seguidas comento.

—Ahora, se terminó de componer la cosa. Quien sabe cuánto tiempo estaremos aquí varados.

Primero revisaron los equipajes de la bodega. Luego nos fue ordenado a bajarnos uno a uno. Al terminar con el último pasajero, comenzaron a inspeccionar los equipajes de mano en las barandillas. Al parecer, después de casi tres horas de inspección no consiguieron nada. El Abuelo inmediatamente se puso en modo sabueso detectivesco y refiere las posibles coartadas.

—Pensando como Auguste Dupin, Hércules Poirot, Miss Sample, Columbo, o Kojak la información sobre el alijo, seguramente la propagó el cartel mafioso para despistar y va tranquilo en otro autobús el alijo; o, la policía es cómplice y disimulan; o, la inefable ineptitud asociada a la institucionalidad hispanoamericana. Elemental mi querido Watson. Lo único cierto de este destemplado asunto, es la irremediable pérdida de un valioso tiempo, soportando esta soporífica estadía. Total, el Tercer Mundo es depositario de un simpar realismo mágico.

Agrego lo mío.

—Estamos en el Tercer Mundo, una forma elegante de definir el inframundo. Todo es posible en el reino del laberinto de la soledad como titula Octavio Paz su extraordinario libro, referente ineludible para entender el alma de Hispanoamérica.

El autobús abandona la terminal. Todos los pasajeros estábamos en una altisonante discusión sobre las diferentes especulaciones en torno a los móviles del hecho. Al traspasar Chosica del Norte, periferia de Chiclayo, el chófer grita.

—¡Está bueno ya! ¡Cállense por Cristo bendito! El autobús parece un chongo.

Funcionó como una especie de orden militar. De inmediato invade al autobús un silencio conventual. Chuo, El Abuelo y yo nos miramos embebecidos, por el poder casi mágico de ese, a todas luces, un peruanismo, con la capacidad de voltear diametralmente la situación.

El hambre ya hostiga, han pasado más de diez horas que salimos de Tumbes. Decidimos resignados comer la ración de campaña respectiva, pero como no teníamos el jugo o refresco para acompañar el frugal condumio no lo habíamos hecho con anterioridad, pero ya el cuerpo dice

basta. En eso, en un poblado identificado con el geotónimo de Nuevo Reque, el autobús gira a la izquierda e ingresa en un espacioso aparcamiento de una estación de servicios y restaurante. Estaba colmado de autobuses, muy probablemente asociado a la típica colusión entre empresarios, para aprovechar la sinergia entre demanda cautiva y ahorro de costos por alimentación del chófer y ayudante. No es exclusivo del paisaje carretero de Venezuela.

Sentados en una mesa, solicitamos el condumio más económico. Nos recomienda el mesonero la *Bomba de Papa* rellena con carne. Le solicitamos encarecidamente que sea sin picante, conocemos de nuestras pesquisas previas, lo picante al extremo de la comida peruana. Nuestro anfitrión en un hablar rapidísimo, casi ininteligible para un venezolano, asiente cortésmente. Servido el condumio, decidimos al azar quien daría el primer bocado para referir a los otros, el grado de intensidad de la picazón. A El Abuelo le toca el primer bocado. Luego de llevarse a la boca el manjar, Chuo inmediatamente lo interpela.

—¿Es penetrante el picor?

El Abuelo, sin mediar palabra alguna, con los ojos desorbitados, hace un movimiento gestual indicando negación. Inmediatamente identificamos el lenguaje no verbal, está picantísimo. En verdad, los gestos de El Abuelo se comprobaron ipso facto, extremadamente picante, pero muy gustoso. Este primer encontronazo con la geografía gastronómica de Perú, nos ilustra la inutilidad de solicitar comida sin picante en este territorio.

Poco tiempo antes de las 20:00 hrs. Emprendemos de nuevo el viaje.

Abandonamos la tregua del amplio paisaje de valle del río Chancay, donde se emplaza Chiclayo, y nos adentramos de nuevo en el desierto.

Por los ventanales deja de penetrar la brisa calurosa del día, y con el avanzar de la noche, el frío tiene cada vez más una presencia ostensible. Se nos pasó por alto un detalle geográfico, la termodinámica día-noche de los paisajes desérticos. Los abrigos, los dejamos en los morrales en la bodega del autobús, craso error. El clima se transfigura en un frío cada vez más colosal. Sin embargo, el cansancio y la glucemia postprandial, como refiere la geografía médica, nos generan un estado de somnolencia, funciona como un atenuante a la escalada del frío. Y del cabeceo intermitente, pasamos al llamado sueño REM, con la profundidad admitida por un viaje en autobús.

Con mucha presteza nos despertamos al momento del simbolismo demoníaco, a las 3:33 hrs de la madrugada helada. En medio del pestañar logramos divisar en varios avisos de comercios el nombre de El Milagro, inducimos, de tanto paisaje despoblado surcado y la disminución de la velocidad de travesía, con nuestros mapas mentales elaborados a partir de un atlas de Perú, hemos entrado en la periferia norte de la ciudad de Trujillo. Al hacer un giro desapacible, recorrer un trayecto recto orientado este-oeste y un poco más de cinco kilómetros, de nuevo, como por arte de magia, tenemos la visión del océano más grande del mundo. Chuo se despereza de inmediato, con melancolía alcanza a decir.

—Ésta es mi vida, el mar y el cielo.

Le saca pobres acordes al cuatro roto, comienza a cantar un bolero interpretado magistralmente por el trío Los Panchos.

—... El mar y el cielo
se ven igual de azules
y en la distancia

parece que se unen.
Mejor es que recuerdes
que el cielo es siempre cielo,
que nunca, nunca, nunca
el mar lo alcanzará;
permíteme igualarme con el cielo,
a ti, te corresponde ser el mar...

Al igual que en Chiclayo y Piura, una vía recta nos conduce hasta la terminal. El desabordaje-abordaje fue rápido, la mayor tardanza fue el jaleo de las encomiendas.

El autobús se incorpora a la misma avenida, amplia y arbolada, poblada de plazas, la visión paisajística que alcanzamos ver por los ventanales nos deja una buena impresión de Trujillo. Es la tercera ciudad más grande de Perú, con cerca de ochocientos mil habitantes para 1975. Chuo comenta.

—Ya conocemos dos ciudades con el geotónimo de Trujillo, ésta y la de Venezuela. Nos falta por conocer la de Honduras y la original, de Extremadura, España.

A penas dejar atrás el estrecho valle donde se asienta Trujillo, estamos en Moche, periferia sur de la ciudad. Enfilados de nuevo por el desierto, atravesamos tres estrechos valles. Al transcurrir un poco menos de tres horas, se divisa por el parabrisas del autobús un cuarto valle y un puente; es el que permite atravesar el río Tablachaca, el más ancho visto hasta ahora, sin embargo, su estrecho valle no guarda proporción con el caudal del curso de agua. Inmediatamente, estamos en la ciudad de Chimbote, una urbe mediana de un poco más de doscientos

cincuenta mil habitantes para 1975. Un puerto en un valle de longitud mediana y bastante fértil. Divisamos dos bahías gemelas, Chimbote y Samanco, que incitan a Chuo a exclamar.

—¡Ayi Bahía de Porlamar, cuánto diera por verte.

Por arte de birlibirloque el autobús se detiene en la punta de la segunda bahía. Es por un desperfecto. Chuo se levanta de su asiento como hipnotizado y sale del autobús buscando la playa. Nosotros le seguimos preocupados. Con la rapidez de un meteoro se quita zapatos y medias, se arremanga los pantalones e introduce los pies en la zona del vaivén de la playa. El Abuelo comenta.

—Está como en un trance. Habla en lenguas, como los pentecostales.

Inmediatamente le interrumpo y agregó.

—No habla en lenguas nada. Es español margariteño puro y duro. Pronuncia las palabras tan rapidísimo y con tantos localismos, es verdaderamente ininteligible para un cristiano hablante del español.

En eso, El Abuelo le grita para que vuelva en sí.

—El autobús se va a ir y nos vamos a quedar en este lugar, en medio de la nada.

Sin terciar más palabras, le tomamos cada uno por un brazo y lo introducimos en el autobús. El resto de los pasajeros nos ven como seres periféricos.

Inmediatamente surcamos un estrecho valle, alcanzamos a leer Huacatambo. Atravesamos dos valles estrechos, y allí, se acaba la tregua paisajística de la diversidad de verdes. Nos adentramos de nuevo

en una planicie desértica. Si el yermo entre Piura y Chiclayo nos pareció interminable, empezamos a recorrer otro, se vislumbra como infinito.

Nos llama poderosamente la atención, en una visual hacia el flanco interiorano, una buena cantidad de viviendas de piedra, la mayoría de ellas sin techo. El compañero de asiento de Chuo, al escuchar la conversa entre nosotros, sin aviso y con rezongo, interviene.

—Alucina pues, esas viviendas no necesitan techos, porque nunca llueve por aquí. Es una zona muy seca y fría no más.

Nos miramos unos a otro. Pareciera que nos está tomando el pelo, con cierta exageración burlesca, quizás por ser extranjeros. Lo que no sabe, ni se imagina, que somos candidatos a geógrafos, tenemos cierta capacidad de interrelacionar. Nos inclinamos a pensar más bien, son probablemente viviendas relictas de la cultura moche, esta fue su área de influencia. Además, a partir de lecturas sobre Max Derruau y su excelente *Tratado de Geografía Humana*, se desprende el significado de la vivienda en la adaptación del hombre al medio, la perenne lucha de éste contra el calor y el frío, le ha llevado a asignarle al techo la trascendencia de síntesis de su adaptación al clima. Por más clima muy seco que sea, el techo es una cuestión elemental de supervivencia.

Luego de una extenuación de cerca de siete horas de áridos paisajes, atravesamos un valle más o menos amplio, según nuestros mapas mentales es donde se asienta Chancay, una pequeña ciudad. La vista al mar puede provocarle a Chuo una cervicalgia, por estar fijamente mirando al oeste franco. En eso, se inicia la travesía con la visual de cuatro playas en igual número de bahías, enloquecen a Chuo, sonidos guturales, como cantos confusos, le afloran de su garganta. Una valla vial señala la playa y bahía La Playuela, inmediatamente se visualiza Santa Rosa, periferia norte de Lima. Súbito, el silencio en el autobús es interrumpido por el sólido sonido brotado de sus bocinas a todo

volumen, tocan un famoso vals o bolero peruano, *La flor de la Canela*, una de las canciones más representativas de la identidad geocultural hispanoamericana, de la cantautora peruana Chabuca Granda.

—Déjame que te cuente limeño.
Déjame que te diga la gloria
del ensueño que evoca la memoria,
del viejo puente, del río y la alameda.

Déjame que te cuente limeño.
Ahora que aún perfuma el recuerdo.
Ahora que aún se mese en un sueño,
del viejo puente, el río y la alameda...

Llegamos a la terminal de Lima en el centro. Por intuición geográfica buscamos la plaza de armas, desde allí nos dirigiremos a los barrios aledaños buscando un hotel donde descansar las más de veinticuatro horas de viaje de Tumbes a Lima. Recorrimos varios barrios en las cercanías de la plaza de armas, estamos ya al mediodía gracias a los percances de la carretera. Localizamos un hospedaje a siete cuadras de la plaza de armas hacia el noreste, el lugar en donde se originó Lima y se comenzó la difusión espacial de la ciudad hasta convertirse en una aglomeración metropolitana o megalópolis hoy, con cerca de seis millones de habitantes para 1975, se proyecta en pocas décadas, como gigaópolis, por encima de los diez millones de habitantes.

Es un hospedaje donde se alquila por cama, no por habitación. Solicitamos un cuarto con pocas camas. Nos asignan uno con cuatro camas. El hospedero nos advierte, ustedes son tres y la habitación tiene cuatro camas, a la hora que llegue un nuevo huésped, le abrimos la puerta para darle ingreso. Ni modo, esa es la comodidad a la cual se puede aspirar cuando uno viaje de mochilero. Es un caserón como de los años cuarenta del siglo XX, hay que subir unas escaleras bien altas de

madera, sus escalones crujen de una manera muy ruidosa al ascenderlos. En la habitación dos literas, es decir cuatro huéspedes. Chuo diserta.

—Ojalá, Nuestro Señor Jesucristo y la virgencita del Valle se apiaden de nosotros, y no venga otro huésped.

El Abuelo hizo una auscultación rápida y minuciosa de la habitación.

—Es realmente muy barata. Creo que al cambio son tres bolívares diarios. Pero fíjense en este detalle, los colchones son de paja.

El cansancio de ese largo viaje aconseja descansar un rato. Estamos tentados de comer la ración de campaña, solo pensar en lo picante de la comida peruana uno se disuade. Optamos por la ración de campaña, el recuerdo de la *Bomba de Papa* está muy reciente.

Si Guayaquil, Medellín, Cali y Barranquilla nos parecieron inabarcables, Lima es de pronóstico reservado.

Se siente una humedad atmosférica, y algo muy curioso, una persistente neblina en una geografía tropical, sabemos por nuestros estudios de fisiografía e investigaciones previas a la expedición, sobre la influencia de la corriente oceánica Humboldt. Hemos oído hablar de un fenómeno oceánico-meteorológico frecuente conocido como EL Niño-La Niña Oscilación Sur (ENOS), afecta las costas del océano Pacífico de Hispanoamérica, con acentuaciones de las lluvias (El Niño) y de la sequía (La Niña), no lo hemos visto como lección en los cursos de Geografía física ni Meteorología. Según parece, La Niña se desencadena este año y el que viene, con modalidad fuerte, seguramente esa altísima humedad atmosférica y neblina densa, casi se puede tocar, se debe a este fenómeno.

Los treintaiséis minutos dormidos funcionaron como un elixir. Decidimos aprovechar lo que resta de tarde y noche para nuestro primer recorrido por la ciudad. Decidimos ir a la plaza de armas o Mayor. Recorremos parte del centro de Lima, llama la atención sobremanera la circulación vehicular muy lenta, autos, camiones y autobuses en grandes atascos, habla de la megalópolis que es Lima. La geografía urbana del centro histórico deslumbra a Chuo, los balcones de la época colonial, entremezclados con balcones de los siglos XIX y XX le entusiasman y llega a comentar su criterio sobre lo fastuoso de lo observado.

—Es una magnificencia este paisaje, verdaderamente es maravilloso esa sucesión casi interminable de balcones de distintos estilos.

Alcanzamos la plaza de armas por su flanco noroeste. Inmediatamente El Abuelo comenta, adelantándose a Chuo, con intenciones de discursar.

—Todo se originó aquí. La historia de Perú se puede sintetizar en la historia de Lima, si me aceptan esta exageración geohistórica. No es fácil concebir al conquistador capitán Francisco Pizarro, un soldado del legendario ejército de Los Tercios Españoles, como fundador de ciudades, uno de los mejores inventos del hombre, creador de ciudadanía.

Sin permitir interrupción alguna, El Abuelo continúa.

—Los incas asociaron al capitán con su dios Viracocha, quien vendría del occidente, de la mar-océana a socorrerles en tiempo de penurias. Tuvo fortuna el capitán.

En la visión panorámica de la plaza de armas domina en buena parte de sus edificaciones patrimoniales el color amarillo colonial. El palacio municipal, la casa del oidor, el pasaje Olayala y Guardia Real, entre

otras, junto a los colores cremas de la basílica de la catedral de Lima, en conmemoración a Nuestra Señora de la Asunción, la iglesia del Sagrario, el Palacio Arzobispal, el palacio de gobierno, las edificaciones de la calle Jirón de la Unión y la sede de la revista Caretas. El paisajismo de la propia plaza es deslumbrante. Con doce pequeños jardines donde se emplazan más de veinte imponentes Chaguaramos y cuatro jardines con arreglos florales, una pileta coronada en su centro por una columna con tres platos cada vez más grandes de arriba hacia abajo, por donde desciende el agua de la fuente, y un adorno en lo alto. Con admiración exclama Chuo.

—¡Ahí está el detalle! Con razón su primer nombre, Ciudad de los Reyes de Lima.

Sin embargo, lo más impresionante, es la cantidad de turistas deambulando de aquí para allá por la plaza y sus alrededores. En el acto comento.

— Justamente está de moda recorrer los paisajes de Hispanoamérica, debe estar vinculado al boom literario y al de la música de protesta social, son titulares de la prensa y emisiones de radio y televisión americana y europea. En el caso peruano Mario Vargas Llosa, Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique, César Vallejos, José María Arguedas, e incluiría a Ciro Alegría.

En eso nos alcanzó la noche. Nos dirigimos al hospedaje. Luego de la rutinaria y frugal ración de campaña nos acostamos, estamos exhaustos.

Pasadas las doce de la noche tocan la puerta de la habitación y de inmediato, la persona indica.

—Buenas noches señores. Puedo encender la luz.

Se le dice que por supuesto. Al mirar el rostro de la persona, un afro-peruano, Chuo grita.

—¡Es Mantequilla Nápoles!

Se refiere Chuo a José Ángel Nápoles, mejor conocido como Mantequilla Nápoles, boxeador cubano naturalizado mexicano. Ostenta el título de campeón mundial de peso Welter. Presto señala.

—Mi nombre es José Flores. Sí. A menudo me confunden con el famoso boxeador.

Temprano en la mañana salimos dispuestos a hacer evaluaciones paisajísticas por las plazas San Martín y Bolívar.

La travesía hacia La plaza San Martín la hacemos por el paseo peatonal de Jirón de la Unión desde el puente de piedra. Es la plaza más grande que hemos visto en todo lo que va de expedición. La plaza responde a estilos arquitectónicos de la primera mitad del siglo XX. Al pie de la escultura ecuestre del general José de San Martín, prócer–precursor de la independencia de Perú, Chuo, quien mejor maneja la geografía cultural da rienda suelta al producto de sus observaciones.

—El conjunto paisajístico que rodea a la plaza es una síntesis de los estilos arquitectónicos reinantes hacia finales del siglo XIX y primer cuarto del siglo XX, algunos edificios evocan estilos rococó, barroco y neoclásico. Esa diversidad estilística le asigna sobriedad al paisaje. Es realmente de gran belleza.

Igualmente tiene una masiva concurrencia de turistas, como la Plaza de armas.

Caminamos como unas diez cuadras. Llegamos a la Plaza Bolívar. Como Plaza de la Inquisición también es conocida, allí se ubica el edificio de la

antigua sede del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, compartida su edificación con el museo del Congreso de la República de Perú, situado en su segunda planta. Es un edificio construido bajo lineamientos de la escuela academicista francesa en la tercera década del siglo XVIII, según nos refiere Chuo. Hoy, en su primera planta, funciona el Museo de la Inquisición, de entrada gratuita, todo un beneficio para la expedición.

Decidimos ingresar al museo ipso facto, probablemente más motivado por una especie de morbo, supera el deseo de apreciación cultural. La arquitectura del interior es realmente impresionante, algunos tramos del techo llaman poderosamente la atención, con piezas de madera tropical preciosa finamente labradas. La sala del secreto donde se archivaban los documentos inquisitoriales es regia. Abundantes pósteres recrean con una redacción muy sencilla y gráfica los pormenores del tribunal. En el sótano se observan restos de canalizaciones. Hay igualmente maniqués que muestran las diferentes métodos de torturas empleados para obtener confesiones. Enfrente de uno de esos maniqués Chuo comenta.

—Todavía se escuchan los gritos de las víctimas. Se ven en algunas paredes especies de grafitis ininteligibles por el paso del tiempo, seguramente pidiendo piedad los sufrientes. Hay que ver que la inquisición fue una institución religiosa que muestra la crueldad de la Iglesia Católica.

Inmediatamente le respondo.

—Mucha falsedad y exageraciones hay en torno al Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Con la nueva corriente filosófica del deconstructivismo, impulsada por Jacques Derrida y Michel Foucault, se ha deconstruido la historia de la inquisición y ha resultado que el protestantismo, a partir de Martín Lutero, tiene en su haber más

ajusticiados que la propia inquisición, y sin embargo, está por encima de toda sospecha.

Apurado para evitar interrupciones, inmediatamente continúo.

—Esto está estrechamente vinculado a la imperiofobia a España y a la Iglesia Católica, propagada muy eficientemente por las élites protestantes francesas, holandesas e inglesas, seguramente asociada a una especie de envidia por la grandeza y majestuosidad del imperio español. En el balance histórico general, la Iglesia Católica aparece como benefactora de la humanidad.

No quiere quedarse atrás El Abuelo, deja asentado su parecer.

—Sí. Pero no vas a venir a exculpar al tribunal inquisitorial español. De que se practicó la crueldad con saña no se puede ocultar.

Dejamos cabizbajos la edificación, vamos decididos a evaluar el paisaje de Miraflores. En nuestra bitácora expedicionaria se lee, una revisión de Lima queda inconclusa si no se visita Miraflores. Nos dirigimos a la avenida Paseo de La República, tomamos un bus con dirección a Miraflores.

Bajamos en la parada de la esquina de la avenida Arequipa con la avenida Angamos oeste. Es una alameda arbolada con edificaciones modernas, muy grato a la vista es el paisaje de Miraflores que logramos ver desde esta perspectiva. Se respira el aire propio de los estratos de alto nivel, hablan de abalengos y alcurnias, son la síntesis de su morfología urbana, junto a su especialización turística, comercial y financiera, es su ecología del paisaje. Por lo menos las edificaciones hoteleras son mayores a cuatro estrellas. Nos advierten lo alejado del llamado paseo de la Costa Verde, un poco más de treinta cuadras. Tomamos un bus. Es conocido con el geotopónimo de circuito de playas.

Es verdaderamente espectacular la vista del acantilado urbanizado hasta su borde y la visual del inmenso océano Pacífico. La franja de vegetación entre el acantilado y la playa es el origen de éste geotopónimo. Es lamentable que los urbanistas y planificadores hayan priorizado la vía para automóviles y no para transeúntes. Eso no es exclusivo de Lima, después de la Segunda Guerra mundial, con el triunfo definitivo del automóvil, en Hispanoamérica se impuso el paisaje urbano subordinado al transporte automotor, una geografía de la dependencia, irradiada desde el norte de América hacia el sur.

Llegamos a la plaza del amor. No pueden ser mejor las vistas hacia el océano Pacífico, El Abuelo se pone en modo frenético apretando el obturador de su Pentax. En la plaza con ese paisaje idílico decidimos paladear nuestro acostumbrado sobrio condumio expedicionario. Nos alcanza el crepúsculo en la plaza con su festival de colores. Hicimos una especie de conteo de colores crepusculares, quien más contó llegó a enumerar hasta catorce distintos tonos de grises, blancos, amarillos, anaranjados y azules. Un derroche de belleza.

Caminamos junto a la caída de la noche hacia el norte por la avenida del Ejército buscando desembocar hacia El Callao, otro lugar emblemático para una evaluación de la expedición. A las veinticuatro cuadras transitadas, se convierte en avenida Bertolotto, a las diecisiete cuadras se trueca en avenida Costanera. Abajo del acantilado está el circuito de playas, desde la plaza le observamos, está emplazado sobre un terreno ganado al mar. La cantidad de personas danzando por las aceras y paseo del circuito de playa es impresionante. La visión de la noche en Miraflores es espectacular. Se cubre el paisaje urbano de sombras, las luces de las edificaciones con firmeza comienzan a alumbrar, con sus múltiples tonalidades, hablan de geografías de diversas cotidianidades nocturnas. El majestuoso océano con sus matices oscuros acompañan a

Miraflores en su transitar por la noche. El silencio nocturno es acompañado por el murmullo de los autos al zumbir por la avenida La Costanera. La geografía de la noche en Miraflores invoca otras percepciones, es otro mundo.

Chuo nos recuerda.

—Nos falta por evaluar las ruinas de Huana Pulcana, el barrio bohemio de Barranco y El Callao.

El Abuelo lo interrumpe con presteza.

—No mis estimados. Las ruinas de Huana Pulcana ya no podremos visitarla a esta hora de la noche. Y para ir al barrio Barranco hay que desandar caminos, está al sur del parque del Amor. Así que, es hora de ir al encuentro de nuestro destino con las chicas malas de Cucarlas. Mañana muy temprano tenemos que ir a la terminal del tren, viajamos para Ayacucho.

Agrego en modo resignado.

—Bueno qué hacer. Lo malo de ir a casa de las madames es que debemos tomar un taxi, y ya hemos cometidos varios desacatamientos, nuestro presupuesto se resentirá aún más. Ojalá no nos arrepintamos, aunque es inútil arrepentirse como canta Edith Piaf, no podemos cambiar el curso de las cosas.

Llegamos al N° 875 de la calle Ricardo Treneman, en el barrio El Cercado, ubicación del prostíbulo más famoso de Lima. El Abuelo, apenas dejar el taxi comenta.

—Tiene buen lejos su fachada. Puede ser signo de momentos interesantes. En un proverbio chino se dice: Ojalá vivas tiempos interesantes y no te des cuenta de ello hasta que hayan terminado.

Dentro, su ambiente de tenue luz roja, abundantes chicas en la barra y en las mesas con los clientes le da ese toque asociado al amor. Solicitamos tres tragos de pisco, licor típico, infaltable en una expedición a Perú, no venden cervezas. Chuo sale a indagar sobre los precios. A su regreso nos indica.

—Es bastante caro para nuestro presupuesto, estimo que nos tomamos este trago y nos retiramos.

El Abuelo le sale al paso a esa propuesta.

—Pero yo pudiera ir y les cuento.

La locuacidad de El Abuelo provoca una estentórea carcajada colectiva.

—¡Ja, ja, ja!

A continuación les comento.

—Mejor nos quedamos como la poesía de Andrés Eloy Blanco: He renunciado a ti... como el niño pobre ante el juguete caro.

Chuo Pagó lo consumido y nos largamos sin mucho ánimo.

Cuando veníamos en el taxi, reconocimos varios lugares de las cercanías de la plaza de armas, decidimos ir a pie hasta el hospedaje.

Al llegar a la recepción del hospedaje le indicamos al hospedero que por favor nos levante a las cuatro de la madrugada, debemos emprender la marcha hacia la terminal del tren muy temprano. A poco menos de las doce nos acostados un poco tensos por el primer encuentro con la sierra andina peruana. De repente, una pesadilla se posee de mi sueño, en ella perdemos el tren con destino a Ayacucho y quedamos desamparados. Me despierto sobresaltado y les indico.

—*Ya es hora de levantarse faltan pocos minutos para las cuatro. Tomamos nuestros morrales previamente arreglados y descendemos hacia la recepción. En el suelo, en el pasillo de la recepción, en varios colchones, duermen lo que creemos son clientes del hospedaje, debemos vadearlos para no tropezar con ellos. Alcanzamos la puerta y salimos. Antes, en la acera, ordenando nuestras georeferencias para emprender camino hacia la terminal, miro de nuevo la hora, como administrador del tiempo de la expedición y les comento.*

—*Oigan me equivoqué. Son las dos y diez hrs. Tremendo gazapo mis estimados, fue a consecuencia de la pesadilla. Discúlpeme. Tenemos tiempo, en vez de un taxi, vamos a pie, cierto?*

Airado comenta El Abuelo.

—*Vamos a tener que sustituirte como administrador del tiempo.*

Nos encaminamos con la exigua luz del alumbrado público. Prácticamente a tuestas llegamos a la estación del ferrocarril, estaba cerrada la puerta, llegamos muy temprano, inician actividades de venta de boletos a las cinco y media de la madrugada. Esperamos más de dos horas en la entrada. Compramos los boletos en los vagones de tercera clase para Ayacucho, hemos escuchado en una conversación en la sala de espera el lema popular con el cual es conocido el servicio del tren: *Sale cuando quiere y llega como puede.*

Eso me sugiere algún mal presagio, y se los comuniqué.

Nuestro boleto señala como hora de salida las siete y media, nos llaman a ingresar en la formación férrea cuarentaicinco minutos después de lo señalado en el boleto. Nos vamos montados en un chu chu tren como dice Héctor Lavoe en una famosa canción. En los vagones de la clase que compramos viajan fundamentalmente indígenas quechuas, los

pasajeros no son solamente seres humanos, también viajan animales domésticos y de cría: Perros, cabras, cochinos, gallinas y gallos, conejos y acures. Los tienen agarrados con cuerdas al lado de sus puestos.

El sonido del traqueteo al contacto del vagón con los rieles es bastante intenso, junto al fuerte bamboleo del furgón.

La planicie desértica es el primer trayecto del traspais inmediato de Lima con su gradación de dunas de diversas alturas y formas. El paisaje desértico va transmutándose lentamente a medida que el tren avanza hacia su encuentro con la cordillera andina, primero aparecen matorrales xerófitos dispersos, se incrementa su densidad hacia el interior, y en los cursos de agua estacionales se forman bosquecillos con predominancia de especies deciduas intercaladas con cactáceas. Se inicia una sucesión de lomas, colinas y cerros indicador incuestionable de la proximidad del paisaje piedemontino de Los Andes. Aparecen los barrancos y cárcavas poblados de carrizales, helechales y gramíneas.

Chuo nos indica sus ganas de ir al baño. Al regreso, su cara era todo un poema. Comienza una extraña relación escatológica.

—El baño está en correspondencia con la categoría de tercera clase. Si no fuera porque las ventanas están abiertas y entra una brisa franca, fuese imposible estar allí por los hedores. Tuve que hacer uso del WC para evacuar. Lo de WC es solo un decir, porque es una especie de letrina, uno ve pasar el suelo y los durmientes, debe asirse de ambas paredes para no caerse en el suelo lleno de heces y orines. En el momento de hacer los esfuerzos abdominales, le afloran a uno pensamientos como el de estar en una competición de un extraño deporte donde se debe afinar la puntería para, en medio del bamboleo, atinar con el hoyo y que caiga el bolo fecal firmemente en la vía. ¡Uff! Es toda una odisea.

La ocurrencia de Chuo nos causa una resonante carcajada.

—*¡Ja, ja, ja!*

Comenzamos el ascenso por el piedemonte, alcanzamos a leer en una valla vial el geotopónimo San Bartolomé, estimamos su altitud por encima de los mil quinientos metros. Un amplio y extenso valle acompaña el viaje, la vegetación árida y semiárida cede lentamente su paso a arbustales y luego a bosques siempreverdes. La formación férrea hace un giro pronunciado hacia la derecha, buscando el sur, una pequeña ciudad aparece en nuestra visual, Oroya, el clima de montaña domina el paisaje. Chuo señala hacia un herbazal de montaña y nos refiere.

—*Es la Puna andina, bioregión característica de la geografía de Los Andes de altitudes intermedias.*

Han pasado un poco más de seis horas de las veintitrés estimadas hasta Ayacucho, las posaderas empiezan a resentirse, los asientos del tren son de madera muy dura. Una señora sentada en un asiento cercano, al percatarse de nuestro acento extranjero, inmediatamente nos ofrece una botella de un cuartico de pisco con ajo, nos dice.

—*Por favor, señores acéptenla, la necesitarán para prevenir el mal de altura, pasaremos por parajes por encima de los cuatro mil metros.*

Le agradecemos su gesto generoso, solidario y fraternal.

El frío se hace cada vez más intenso, estimamos la sensación térmica en trece grados aproximadamente. Observamos una pequeña ciudad, logramos leer en una valla vial el geotopónimo Jauja. Libamos el primer trago de pisco con ajo, para espantar el frío, realmente es fuerte, pareciera de producción artesanal en alambique.

Quienes tienen los animales asidos con cuerdas, o se han dormido o están cansados, los animales danzan por el vagón de un lado a otro, las gallinas y gallos cacarean y cantan, las cabras balan, cochinos con su gruñido, los perros con su ladrido, algunos animales vomitan y defecan en los pasillos, es un ambiente sórdido, extraño, irreal, parece tomado de alguna novela kafkiana. Circulamos por encima de los tres mil metros, llevamos dieciocho horas de viaje, leemos en una valla vial Huancayo, una ciudad de tamaño medio.

El tiempo transcurrido, los efectos de la altura y el cansancio acumulado nos rinden y quedamos adormilados. El paisaje es surcado en sentido este-oeste, en eso nos despertamos y el tren cruza ahora el paisaje en sentido oeste-este. Asombrado exclama Chuo.

—*¡Sucede algo! Vamos en sentido contrario.*

Nos explican que el tren no puede girar una curva muy pronunciada, entonces sigue montaña adentro, retrocede para conseguir el paso adecuado, y vuelve a su sentido original. Comenta Chuo.

—*¡Vaya, vaya! Que susto. Pensé que el tren iba desbocado de retroceso.*

Se divisa una ciudad pequeña, se lee en un letrero Izcuchaca. El frío es demasiado intenso, estimamos la sensación térmica por debajo de los seis grados, sugiere una altitud cercana a los cuatro mil metros. En eso el tren se detiene. Bajamos, es un paisaje típico de páramo, con escasa vegetación, frailejones y especies de musgos apenas untados a las rocas, hay nieve, no podemos reprimir el instinto de tocarla y nos lanzarnos pelotas de nieve unos a otros, una sensación mágica.

El tren sigue su curso por la altiplanicie. Un personal de la tripulación recorre el vagón con bombona de oxígeno, para asistir a las personas

afectadas por el mal de páramo. Menos mal, tenemos nuestra pócima, muy efectiva para calentar el cuerpo y nivelar la presión atmosférica.

Unas gallinas saltan y se posan en las piernas de un joven norteamericano y su pareja, viajan con otras tres parejas más, comienzan a insultar en inglés a una familia quechua, con sus atuendos coloridos, sombrero negro tipo bombín, ponchos multicolores y olor a serranía. Nosotros quedamos estupefactos ante tal acoso. Como es más aventajado en el idioma de Shakespeare, Chuo se toma un trago de la pócima, no soporta más la sucesión de ofensas e insultos e interviene airado.

—Shit do not insult these humble people, this is not their country, Hispanoamerica is respected. !Yanky go home!

El Abuelo y yo nos miramos sorprendidos. Pareciera que en esa airada frase Chuo expresa la repulsa y animadversión de toda Hispanoamérica a la bota desvergonzada norteamericana.

El tren inicia un periplo descendente.

La presencia tangible en valles, terrazas y planicies, de sistemas agrícolas de horticultura y fruticultura, ganaderías mayor y menor, vacuna, ovina y caprina, alpaca, vicuña y guanaco, junto a los inseparables mejores amigos del hombre, perros y caballos, no solo es lo más característico de la geografía rural de estos parajes andinos, también las terrazas escalonadas, soportadas sobre piedras apiladas y las bardas de piedra, le dan una personalidad vital al paisaje. La casa rural andina es otra cosa. Adaptada perfectamente a la fisiografía, responde a una cultura centenaria e incluso prehispánica, con su pluma de humo salida del fogón de su patio, es el alma del paisaje, dotándolo de substancia y vigor. La geografía humana quechua queda inconclusa sin describir su cultura. Las mujeres usan un vestido muy colorido, sombrero negro tipo bombín y una túnica de gamas con gran diversidad, y el hombre con pantalones apenas bajo la rodilla, con un cinturón

grueso y un chaleco de lana sucia de oveja; los niños además, con gorros de lana y orejeras.

Luego de atravesar seis ciudades muy pequeñas se penetra a una altiplanicie amplia de donde a lo lejos se divisa el monumento a la batalla de Ayacucho.

En tono romántico Chuo exclama.

—Allí, mis buenos amigos, se escenificó la batalla más significativa de la Gran Colombia, dirigida por el gran mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, cumanés de amanecidas, la que selló la emancipación definitiva de toda Hispanoamérica.

Le interrumpe intempestivamente El Abuelo y añade.

—Otra vez con tu sentimentalismo Chuo. Para qué todas las sangres, como dice José María Arguedas. Estoy de acuerdo con María Teresa Bolívar, la hermana mayor de Simón, cuando le insinúa: La inutilidad de tantas muertes, somos hijos de madre y padre españoles.

Hace una pausa, siente que estamos impactados por su espiche, y continúa.

—Mira Chuíto, lo que hay es que emplazar a Bolívar: Qué hicisteis papaíto, hoy fuésemos como los habitantes del archipiélago de las islas Canarias, europeos, a pesar de estar frente a África.

En poco menos de hora y media leemos en una valla vial bienvenido a la ciudad señorial de Ayacucho.

Con una cara muy expresiva, irradia felicidad, exclama El Abuelo.

—¡Eureka! Acabó el martirio. Más de veintitrés horas de viaje en esa pocilga con ruedas.

Llegamos a las seis de la madrugada a la terminal de pasajeros, está en las afueras de la ciudad, en su entrada norte. Esperamos una hora para

salir a buscar alojamiento al despuntar la mañana con una llovizna y frío intenso. Nos han dado referencia de una posada con ambiente típico andino, cerca de la terminal. Aceptamos la sugerencia, nos explican que está a kilómetro y medio de la estación, en la intercepción de la carretera con la calle Totorilla, consideramos que es cerca.

Es una vivienda rústica de paredes de piedra del tipo canto rodado y techo de tejas con fibra de caña brava en su interior, se siente el calor hogareño andino, su exterior es muy llamativo, está conectado con el ambiente. El precio es ideal para nuestro presupuesto. La cocina y horno de fogón es muy bucólica. Decidimos comer un desayuno típico ayacuchense: Pan chapla, queso ahumado y chorizo ayacuchano. Desde Lima solo comemos ración de campaña. A pesar del picante, resolvemos impregnar nuestros paladares con esas delicias.

Acordamos con la urgencia del caso, evaluar el monumento a la histórica batalla de Ayacucho, localizado en las cercanías de la pequeña ciudad de Quinua, al noreste. En un poco más de una hora estamos en la terminal de Quinua, frente a la plaza mayor, donde casi inmediatamente tomamos un pequeño colectivo hasta la pampa donde se localiza el monumento a la batalla de Ayacucho.

Plantados enfrente del monumento histórico, Chuo lee la placa con la descripción conmemorativa.

—Después de 150 años de olvido y abandono, el presidente de la República de Perú, general Juan Velazco Alvarado, ductor de la Patria Bolivariana, hace justicia al mandato del inmortal Simón Bolívar, quien ordena como presidente de la Gran Colombia, erigir un monumento en el escenario de la batalla, la pampa de Quinua, en 1824, con el objeto de eternizar la perdurable memoria de la batalla de Ayacucho.

De inmediato Chuo lee la ficha técnica.

—Es una estructura de concreto armando recubierta exteriormente con mármol blanco. Tiene una altura de cuarentaicuatro metros. Las estatuas de bronce de tres metros de altura representan a los generales que estuvieron en el comando de la batalla: Antonio José de Sucre, José de La Mar, José María Córdova, Jacinto Lara, Guillermo Miller y Agustín Gamarra. Un medallón con la efigie del libertador Simón Bolívar evoca el significado trascendental de la gesta emancipadora.

Desde el mirador se distingue con claridad el paisaje de morrenas y planicie glaciares que integran la pampa de Quinoa, a más de tres mil setecientos metros de altitud, integrado además por una biodiversidad donde destacan las herbáceas y frailejones en los lomajes, colinas y sabana, y en los estrechos valles, arbustales, zigzaguean el relieve al compás de los cursos de agua. El cielo poblado de nubes y la neblina provocan una sensación térmica gélida, nos despide de ese lugar.

En la plaza mayor de Quinoa, el sol domina el cielo, y los rayos invitan a sentarse en sus bancos para calentar los huesos entumecidos. El Abuelo interviene decididamente.

—La plaza es muy hermosa, propongo pasarnos un buen rato en ella tomando los rayos del sol para animarnos.

Eso alienta a Chuo a comentar sobre sus impresiones del monumento histórico.

—Se fijaron en el escrito conmemorativo. Un manifiesto ampuloso, refleja el típico lenguaje de las élites políticas hispanoamericanas.

Ése comentario me incita a intervenir.

—A mí me da la impresión que es más que eso. Es la típica expresión del populismo hispanoamericano. El general Velasco Alvarado está reviviendo el populismo. Es una expresión política que describe el

fenómeno de la conversión de los ciudadanos de una nación hispanoamericana en seres periféricos, exaltando la emotividad psicosocial por la solución de sus problemas, y convertirlos en masa, con una movilización popular exagerada como forma de dominación social. Los casos más extremos en Hispanoamerica fueron Juan Domingo Perón, en Argentina, Getulio Vargas, en Brasil, y ahora, Velasco Alvarado, en Perú.

El Abuelo quiso incorporarse a la discusión.

—Eso se siente aquí en Ayacucho más que en Lima.

Luego de un poco más de una hora, nos retiramos, se está poniendo el tiempo en este lugar.

Llegamos a la terminal de Ayacucho.

Nos dirigimos en bus a la plaza Mayor. Se debe hacer la evaluación paisajística de rigor del centro de Ayacucho. El pueblo la conoce como plaza Sucre. Es una plaza de grandes dimensiones. Tiene un excelente paisajismo con árboles, arbustos, cipreses rigurosamente ornamentados, plantas de flores y jardinería en forma triangular. Complementada con amplias caminerías y en el centro un monumento en recuerdo del gran mariscal de Ayacucho con los escudos de armas de Perú, Colombia, Ecuador y Venezuela. El paisajismo del entorno de la plaza evoca una cronología del paisaje de los siglos XVI y XVII, destaca el estilo barroco de la catedral, consagrada a la virgen de Las Nieves, los arcos de piedra, edificios-sedes de la alcaldía y la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, igualmente de ese estilo renacentista. Visitamos la catedral, sus naves con cantos rodados como material de construcción soportan más de una docena de bóvedas y la cúpula, están a gran altura. Ingresamos en seguida a la sede de la universidad. Es una construcción sobria de estilo renacentista, su interior habla de su

original función pontificia. Nos llaman poderosamente la atención una buena cantidad de serigrafías muy vistosas, leemos los curiosos grafitis, cuyos lemas denotan la inclinación de buena parte de sus claustros profesoraes y estudiantiles, escritos como propaganda en un lenguaje maoísta: *Desarraiguemos las hierbas venenosas; comencemos a extirpar esa pus que es el capitalismo; somos un torrente creciente, todo lo convertiremos en nuestro fuego, camaradas adelante; ;desarrollemos la guerra prolongada siguiendo la revolución mundial con el glorioso camino de la guerra popular; hay que destruir el poder gamonal y construir el poder Popular; alcancemos el gran salto.*

Salimos muy impresionados, con la sensación de que algo se fragua en sus recámaras.

Chuo lee la bitácora expedicionaria.

—Entre los sitios de interés a visitar en Ayacucho están: El arco de San Francisco, rebautizado popularmente como arco del triunfo de Ayacucho; barrio artesanal de Santa Ana; templos e iglesias; plaza María Parado de Bellido, casona Boza y Solis, mirador Turístico Acuchimay y el mercado principal.

El Abuelo insistentemente nos refiere una recomendación que le hicieron en Caracas, y prácticamente nos conmina para dirigirnos en primer lugar al mercado principal.

—Me dijeron que allí se come muy bien y barato, además, preparan un batido con fruta de algarrobo, tiene algarrobina, principio activo muy alimenticio y potencia la virilidad.

Ni modo. Nos dirigimos al mercado. Se sitúa en una edificación construida a inicios del siglo XX. Tiene una actividad febril de compra-venta de todo tipo de mercaderías. Nos dirigimos al sector de venta de

comidas, en una estafeta de bebidas pedimos la tan solicitada algarrobina. Es un coctel, lo preparan a la vista del cliente. En una licuadora mezclan leche, yemas de huevos, algarrobina, canela en polvo, pisco y hielo.

Comenta Chuo luego del primer sorbo.

—Es un sabor semejante a nuestra tradicional leche de burra.

A ello, responde inmediatamente El Abuelo.

—Es un producto derivado del fruto maduro del árbol de algarrobo. Es una bebida típica de Perú, imprescindible en la descripción de la geografía gastronómica peruana.

Luego de complacer el antojo de El Abuelo nos dirigimos hacia el arco de San Francisco, está bien cerca del mercado. Vamos hacia el este por jirón Carlos Vivanco. A trescientos metros aproximadamente estamos frente al arco del triunfo. Chuo sin perder tiempo inicia su evaluación paisajística.

—Es una zona céntrica con muchos caminantes y poco tránsito automotor. La estructura es de estilo neoclásico, muy representativa del arte arquitectónico de la segunda mitad del siglo XIX.

Al lado del arco se localiza la iglesia de San Francisco de Asis. Su diseño es de canto rodado, es de estilo barroco de la segunda mitad del siglo XVI, la talla de su puerta es de gran belleza, enmarcadas en sus lados infinidad de imágenes. De acuerdo a las investigaciones previas, es la iglesia de mayor valor artístico de Perú. Su interior es realmente muy emotivo, con una gran cantidad de lienzos y sus retablos son muy lindos. Señala Chuo al salir.

—Debemos visitar los otros siete templos de Ayacucho, son verdaderas reliquias, la ciudad es conocida por su gran cantidad de iglesias, le llaman el museo eclesiástico de Perú.

Inmediatamente El Abuelo le responde al vuelo sus argumentaciones.

—Chuo, por favor, no nos digas que vamos a practicar la tradición del viernes santo de visitar los siete templos.

E inmediatamente se ríe a carcajadas de su cháchara.

—¡Ja, ja, ja!

Acordamos evaluar el mirador de Acuchimay. Nos dirigimos al sureste, caminamos por jirón San Lorenzo, jirón Progreso y jirón Ramón Castilla, recorreremos algo menos de 20 cuadras, llegamos al cerro Acuchimay. En nuestra bitácora expedicionaria se lee que su altura respecto a la plaza Mayor está a aproximadamente a cuatrocientos metros. Es un monumento natural y un sitio de peregrinación para rituales místicos de la geoherencia incaica.

Su emplazamiento casi en la mitad del perímetro urbano permite una visión panorámica de la ciudad hacia los cuatro puntos cardinales. Llama la atención el paisaje de cañones al noroeste, nos indican que se llaman cañones de Qorihuilca. Entre las infraestructuras del mirador destaca la estatua del Cristo Redentor y una sucesión de arcos, junto a jardines bien mantenidos, parque infantil y negocios de servicios de comida.

Al preguntar por el mirador y su significado para la ciudad, lo primero que resalta en el imaginario geográfico ayacuchense es la batalla de Acuchimay, acaecida en 1882, donde fue derrotado el ejército chileno. Lo dicen con un orgullo. La herencia del pasado siempre omnipresente en nuestros países hispanoamericanos, gobierna en buena parte su

psiquis social. No es una actitud exclusiva de Perú, es un sello distintivo del hispanoamericano, el estar viendo siempre hacia el pasado y enaltecerlo, probablemente es una de las causas de nuestros atrasos atávicos. Nos alcanzó la tarde-noche, el crepúsculo es toda una ofrenda a la vista.

Decidimos dirigirnos a la posada. Tomamos la avenida José Carlos Mariátegui rumbo norte. En un paredón de una vieja nave industrial se lee un grafiti *Bolívar iluminó el camino, Mariátegui y Mao nos señalan el sendero*. Ése grafiti nos confirma la sensación que percibimos en la universidad, la de un ambiente extraño, pesado, como si algo gordo fuese a ocurrir. Hay como una especie de calma chicha en Ayacucho, no sabemos que es. La noche está oscura, es una oscuridad muy densa, casi se puede tocar.

No sé por qué se me vino a la mente un pensamiento de Jack London a consecuencia de ese estado de ánimo, y se los refiero.

—El vasto mundo está en calma, pero es la calma que precede a las tempestades. Escucho y espío el menor indicio y no puedo evitar el pensar. La tranquilidad me oprime y mi imaginación vuelve a ese torbellino de devastación y de muerte que va a desencadenarse dentro de poco. Me parece oír los alaridos de las víctimas.

Llegamos a la posada. La dueña nos brinda una infusión de hoja de coca bien caliente para espantar el frío que arrecia, no tiene nada que ver con el estupefaciente sintetizado a partir de esa hoja. En la sala, especie de vestíbulo, nos sentamos en cómodas sillas tejidas de fibra para disfrutar la bebida. Al indagar sobre los muebles, la dueña nos indica su manufactura a partir de la fibra de totora. El Abuelo inquiriere qué es la totora. La señora nos reseña.

—*La totora es un junco acuático, es un símbolo de la supervivencia de los incas, prácticamente se emplea para todo; como alimento, forraje, medicina, mueble, cama y vivienda. Simboliza la vida del inca.*

Plantea Chuo.

—*Algo parecido acontece con el usufructo de la palma de moriche por la etnia warao, del delta del río Orinoco, en Venezuela, la cultura del moriche lo es todo.*

Enseguida, cambiando de tema, Chuo plantea.

—*Mañana vamos a comprar el ticket de autobús hasta Cuzco, ya que no hay tren.*

El Abuelo salta como un resorte y prácticamente grita.

—*Yo no sé ustedes. Pero lo que soy yo, no me monto ni en bus ni en un tren para ir a Cuzco. Propongo irnos en vuelo de avión. Es preferible un regreso pasando hambre hasta Caracas, que volver a recorrer más de veinte horas por esos caminos Dios.*

Y sin permitir interrupción alguna continúa airado.

—*Yo indagué sobre el viaje a Cuzco. No hay tren. La vía terrestre es muy riesgosa, poblada de barrancos, cañones, una larga y sinuosa vía, normalmente son más de catorce horas, pero dicen que siempre está cortada por frecuentes derrumbes y deslizamientos, y al final, resulta ser más de veinte horas. No me la calo.*

Continúa un poco más sosegado.

—La otra opción es tomar un vuelo de avión, el cual es más rápido y el pasaje cuesta veintiocho US\$ por persona, y su diferencia con el costo del pasaje en autobús no es tan elevada. Así que, por mí nos vamos en avión.

No tuvimos más opción. Tomamos la decisión de irnos por avión al Cuzco en aras de mantener la unidad y concordia, que hasta ahora nos ha amparado.

Con una expresión cabizbaja Chuo interviene.

—Ése será un gasto muy oneroso para nuestro presupuesto. Lo más seguro se manifestará con mucha fuerza para el regreso a Caracas.

Temprano en la mañana, la dueña nos aborda y nos dice.

—Hice un desayuno sin picante. Sé que a ustedes no les gusta mucho el picante.

Se lo agradecemos infinitamente. Antes de levantarnos de la mesa Chuo plantea.

—Para poder comprar el boleto aéreo tenemos que ir al banco a cambiar travelers check en soles, por cuanto son doscientos cincuenta y dos soles los boletos, más las tasas aeroportuarias.

Nos señala nuestra anfitriona.

—Al final de jirón Venezuela queda un Banco de la Nación cerca del zoológico y adyacente al aeropuerto.

Decidimos dirigirnos a esa agencia bancaria.

Llegamos con cierta facilidad al banco. Luego de la operación cambiaria buscamos la salida, la vidriera estaba impecablemente limpia, no la visualicé y me di un gran tortazo contra el vidrio. Menos mal no se

estrelló, por cuanto hubiese sido otro gran gasto inesperado, solo un bonito chichón en la frente. Llegamos al aeropuerto para comprar los boletos aéreos.

Nos dirigimos luego de comprar los boletos hacia el suroeste bordeando el zoológico para alcanzar la casona de Boza y Solis. El Abuelo comenta.

—Se fijaron en el nombre del zoológico, La Totonilla.

Chuo lo corrige inmediatamente.

—No Abuelo. No es totonilla, es totorilla.

Luego de caminar más de cuarenta cuadras llegamos a la casona de Boza y Solis. Es un sitio de interés turístico, muy visitado. Chuo lee en una leyenda sobre la motivación de su declaratoria como patrimonio histórico.

—Construida por el corregidor Nicolás Boza y Solis en el siglo XVI. Es una de las casonas coloniales más antiguas de Hispanoamérica. Fue sitio de reclusión de la mártir por la independencia de Perú María Parado de Bellido.

La casona está construida con cantos rodados, posee dos plantas que encierran un diseño de patio andaluz, cuyo jardín está coronado por una fuente. La primera planta con dieciséis arcos tipos arábigos y la segunda con un barandal de madera tropical preciosa tallada. La casona es realmente hermosa, vale la pena su visita. Uno se sumerge en tiempos pasados.

Nos retiramos antes de la caída de la tarde para ir a la posada, mañana es día de alzar vuelo, para los tres es toda una novedad, primera vez en surcar los cielos.

En las cercanías de la plaza Mayor leemos en un cartel donde se invita para el teatro de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga a una conferencia del padre Gustavo Gutiérrez Merino, dirigente del llamado movimiento de teología de la liberación de Hispanoamérica, bajo el título de *Pastoral de la Insurrección de los Pueblos Indígenas*. Chuo nos emplaza a asistir.

—*Que les parece si vamos.*

A lo que El Abuelo responde.

—*Mañana tenemos que estar en el aeropuerto, mínimo media hora antes de las 8:00 hrs. para realizar el chequeo y abordaje del vuelo. Mejor seguimos la marcha a la posada.*

Esa conferencia nos revive la sensación de que algo está por acontecer en Ayacucho.

El McDonnell-Douglas DC 3 de la Compañía de Aviación Faucett está aparcado en la terminal aérea. Abordamos el avión en la hora fijada. Al despegar Chuo señala hacia un sitio y comenta.

—*Son los cañones de Qorihuilca. Es el típico relieve de constitución sedimentaria modelado por la geomorfología glacial. Observen los desfiladeros casi verticales con distintas tonalidades, hablan de la diversidad mineralógica.*

Antes de remontar las nubes logramos ver varias cumbres nevadas, todo un derroche de belleza.

Al pasar un poco más de tres horas y media el piloto anuncia por las bocinas la aproximación al aeropuerto de Cuzco, y señala, es la ciudad con mayor visita de turistas de Perú.

Leemos en un letrero al salir del aeropuerto, *Bienvenido a Cuzco la capital histórica de Perú.*

Nos alojamos en un hospedaje para mochileros muy céntrico y económico.

La plaza de armas está ubicada en lo que fue el centro administrativo del Tahuantinsuyo. En eso Chuo reflexiona.

—Por cierto, se fijaron que existe una controversia si es Cuzco o Cusco como se escribe el nombre de esta ciudad.

A lo que El Abuelo responde, luego de una pausa.

—Sí. Ciertamente me fijé en esa controversia. Según lo que pude indagar tiene relación con la llegada al poder del general Velasco Alvarado, sus ideas sobre el indigenismo, asociado al populismo, y socialismo, con su lema la revolución desde arriba que pregona su gobierno. Porque la palabra Cuzco (con Z) se vincula la con la opresión colonial, eso es todo, para mí un capricho por cambiar una letra, para simbolizar emancipación, nacionalismo.

La catedral del Cuzco, basílica consagrada a la virgen de La Asunción, es la edificación más icónica de la plaza de armas, junto a la iglesia de la Compañía de Jesús. La plaza de armas es el epicentro de la significativa afluencia de turistas al Cuzco, los estilos barroco y gótico dominan en este paisaje eclesial. Caminando hacia el este llegamos al barrio San Blas, una geografía encantadora de estrechas calles empedradas y con adoquines, con un intenso comercio de artesanías. En la vitrina de una venta de instrumentos musicales quechuas Chuo, airadamente argumenta.

—Este instrumento se llama Charango, lo hacen con el carapacho de lo que nosotros llamamos cachicamo, pero en el resto de Hispanoamérica le conocen como armadillo.

Y de inmediato comienza un comportamiento como si fuera un niño.

—Yo quiero ese instrumento. Con el sustituiría el destrozado cuatro. Al Charango se le puede obtener acordes parecidos al cuatro. Yo lo quiero. Yo lo quiero.

No nos quedó más remedio a El Abuelo y a mí que autorizarlo para su compra, pero no sin advertir.

—Este es otro gasto extra, merma nuestro presupuesto de viaje, y compromete nuestra llegada a Caracas sin pasar hambre.

La calle Loreto la alcanzamos en un santiamén. En esta calle es impresionante apreciar el mestizaje arquitectónico entre el estilo quechua, con muros de enormes bloques de rocas simétricamente cortados, sirven de base a las construcciones españolas erigidas sobre ellos. No menos impresiona, el murallón conocido como la Piedra de los Doce Ángulos, sobre el cual se levanta una edificación de estilo colonial, hoy, es sede del Palacio Arzobispal. No crea que estos icónicos murallones de bloques de rocas de la era imperial Inca sean los únicos, Cuzco está plagado de diversos tipos de murallones, al igual que en santuarios y parques arquitectónicos de su periferia, hablan de la significación de Cuzco durante los tiempos incaicos. Sin duda alguna, las ruinas de la fortaleza de Sacsayhuaman, verdaderamente son las más espectaculares, hablan del significado geopolítico-administrativo de Cuzco como capital del gran imperio inca, situada la fortaleza a un poco más de cinco kilómetros hacia el norte de la plaza de armas, su visión compensa con creces la caminata emprendida. Allí nos sorprende la

caída de la tarde. Tomamos dirección hacia la plaza de armas, allí evaluaremos la posibilidad de apreciar alguna otra joya paisajística. Hacia el sur franco, luego de caminar dieciséis cuadras, se llega a las ruinas de Qorikancha, según información de un folleto fue el centro ceremonial más importante del Cuzco, era lugar de adoración de los principales dioses incas, el sol, la luna y otros. Es probablemente el símbolo más representativo de la destrucción del patrimonio incaico por parte del colonialismo español, sobre sus ruinas se edificó el convento de Santo Domingo. Con elucubraciones sobre si fue un encuentro de dos mundos o un encontronazo entre desiguales, vamos buscando el hospedaje.

Temprano en la mañana nos dirigimos a la terminal de la línea férrea para tomar el tren rumbo a Machu Pichu, es el patrimonio incaico más celebrado y con más visita. El tren lo desabordamos en Aguas Calientes, el centro poblado más cercano, de allí unos pequeños autobuses trasladan hasta la entrada de las ruinas de Machu Pichu a los turistas. No más terminar la caminería de acceso, se manifiesta en todo su esplendor el conjunto arqueológico. Chuo no puede reprimir lo que quiere expresar y lo dice.

—En verdad, es una imagen impresionante la visión panorámica del sitio de emplazamiento, ejerce un efecto profundamente hipnótico. Uno queda sin palabras. Invita a la reflexión y meditación. Está prácticamente encajada en una montaña, modelada por el río y la acción humana sintetizada en terrazas y andenes donde debió emplazarse sus paisajes rurales y urbanos.

El Abuelo aporta lo suyo.

—*Es posible inferir el conjunto urbano por los contiguos murallones acopiados en forma de viviendas, a las que solo le faltan los techos.*

Les invito a hacer reflexiones a partir de ejercicios de imaginación con las sonoridades de la canción *El Condor Pasa, con los arreglos de Simon y Garfunkel*, de moda por esos años.

El recorrido que hicimos fue frenético, un día es poco tiempo para apreciar en toda su magnificencia y junto a la enorme cantidad de detalles arquitectónicos. Casi sin darnos cuenta, ya eran las cuatro de la tarde, momento en el cual comienzan las labores de desalojo del parque arqueológico.

Un poco antes de las nueve de la noche llegamos al hotel. Prácticamente sin habla nos ha dejado la experiencia trascendental de haber estado en Machu Pichu. Con el riesgo de caer en exageraciones, Machu Pichu es una de esas maravillas paisajística de obligada visita en algún momento de la vida.

A las ocho de la mañana estábamos en uno de los andenes del terminal de buses de Cuzco. Vamos en dirección a Puno, a orillas del lago Titicaca.

Surcando y consumiendo paisajes de valles, terrazas, laderas, páramos y cumbres nevadas, pueblos, caminos zigzagueantes y aldeas, transcurrieron un poco más de siete horas hasta alcanzar la ciudad de Puno.

Puno es una ciudad mediana de un poco más de 250 mil habitantes para 1975.

La evaluación paisajística de Puno tiene un objetivo concreto, las islas flotantes del lago Titicaca, es toda una curiosidad geográfica. Debe

emprenderse al día siguiente, consumirá seguramente todo el día. Además, el dinero de la expedición ha mermado considerablemente, en primer lugar, por el avance inexorable del tiempo, y además, por los desfueros financieros extra-expedicionarios, en verdad no fueron pocos.

Decidimos realizar la mayor cantidad de las evaluaciones paisajísticas a la ciudad de Puno en lo que resta del día.

La plaza de armas posee tres módulos de cipreses ornamentados, sus figuras no son nada especial. La catedral es el edificio más emblemático del pasado colonial de Puno.

La sensación del inicio del viaje de regreso funciona como una especie de pulsión, resta capacidad mental para más evaluaciones paisajísticas. Con un estado de ánimo de ansiedad les expreso.

—Estimados coviandantes, les propongo hacer nuestra habitual ración alimentaria aquí mismo en la plaza, y dirigirnos a la habitación para realizar una especie de auditoría, y de esta manera, avizorar el porvenir inmediato de la expedición. Porque el cómo será el viaje de retorno y su financiamiento orbitando en nuestros pensamientos no nos deja funcionar eficientemente como expedicionarios.

Al unísono estuvimos de acuerdo.

En la habitación, Chuo como administrador del viaje toma la bitácora expedicionaria y comienza a cotejar los costos de transporte, habitación y alimentos ciudad por ciudad. Con el ceño fruncido expresa Chuo, luego de un tiempo considerable invertido en los cálculos.

—De acuerdo al examen de los costos y su extrapolación a lo que falta de expedición, Arequipa en Perú, La Paz-Bolivia, Bogotá, Bucaramanga y Cúcuta en Colombia deben quedar canceladas; entonces, de Cali tendremos que salir directo, con solo escalas de tránsitos, hasta llegar a Caracas.

El informe un tanto dramático nos deja casi sin aliento. El Abuelo con la voz quebrada nos propone a Chuo y a mí.

—En Lima hay un primo de papá, ejerce el cargo de agregado consular de la aviación militar, apenas lleguemos a Lima le visitamos para ver en que nos puede ayudar.

En una embarcación de totora zarpamos pasadas las siete y media de la mañana del día siguiente, luego de una espera en una cola en el embarcadero con turistas de variados países. Nos dirigimos a la isla flotante de Los Uros más cercana.

Las famosas islas de totora son el resultado de entretejer sucesivas capas de raíces de una planta acuática del lago Titicaca llamada totora. Según el guía que nos tocó son más de noventa islas. Son pequeñas aldeas flotantes donde es posible que habiten más de veinte familias en cada isla. La isla que visitamos tiene además de las viviendas, una escuela, capilla, casa comunal, dispensario de salud y cancha de fútbol, todas esas instalaciones y el embarcadero, construidos a partir de esa misma fibra vegetal. La isla incrementa su superficie año tras año con el entretejido de más fibra de totora para atender el crecimiento poblacional, nos asegura el guía. El Abuelo anda delirante haciendo vistas fotográficas.

Nos presentamos como expedicionarios y estudiantes de la UCV al jefe comunal. Lo entrevistamos. Afirma que las islas solo se autoabastecen de proteínas a partir de la abundante pesca en el lago Titicaca y comercializan su excedente en el mercado de Puno. Con el dinero obtenido de su venta, se compran los vegetales y otros víveres en las fincas de la costa o el mercado, para su abastecimiento alimentario, sintetiza toda esa actividad un conjunto de flujos de dinero, bienes y servicios, indicadores de su geografía comercial. Los servicios de misa, escuela y dispensario de salud son itinerantes. Todos ellos encierran una geografía de la cotidianidad muy original.

El Abuelo comenta.

—Es realmente increíble estos hábitats flotantes. Hablan de la inexistencia de límites en la adaptación del hombre al medio y la construcción de su particular geografía humana.

Regresamos a Lima. Pasamos de tránsito por Arequipa para cambiar de autobús. Arequipa es una ciudad muy hermosa, muy pujante económicamente y de gente muy regionalista, condición muy extendida en Hispanoamérica, es consecuencia de la centralización geopolítico-administrativa, como herencia de primacía espacial de la ex-capital colonial, hoy capital republicana. Con una población estimada para 1975 de un poco más de 800 mil habitantes, se proyecta a corto plazo como metrópolis, tiene las características de ser un nudo geocomercial de significación, cuya área de influencia se proyecta al sur de Perú y La Paz, Bolivia, basada en exportaciones-importaciones. Como ejemplo, escuchamos una propaganda sobre una marca de bicicletas, impresiona su metáfora henchida de gran orgullo autonomista.

Capítulo VII

Caracas, tan lejos geográficamente y tan cerca espiritualmente: Vamos por ti sultana de El Ávila

El regreso a Lima ha transcurrido sin ninguna novedad solo está marcado por un sentimiento de urgencia. Con los pensamientos orbitando en torno al inescrutable viaje de regreso. La conversación con un profesor venezolano del Instituto Pedagógico de Caracas y su familia en Arequipa, pidiéndonos ayuda para continuar viaje a Caracas, a causa de que se quedaron sin dinero, incrementa nuestros niveles de ansiedad. Con intenciones de ayudar El Abuelo les sugirió pedir ayuda en el consulado venezolano en Lima.

Apenas instalados en la habitación del hotel, decidimos averiguar la ubicación del Consulado de Venezuela y dirigirnos allí sin pérdida de tiempo, para escuchar la propuesta del agregado consular.

Instalados en la sala de espera ensayamos qué decir, y nombramos como vocero a El Abuelo, por ser el funcionario primo de su papá. Eso debe tener algún influjo.

La secretaria nos manda a pasar a la oficina.

El agregado consular luego de la presentación nos pregunta la motivación de nuestra visita. El Abuelo tal cual lo acordado expresa.

—Yo soy hijo de Roberto García Sánchez primo suyo.

Al hacer una muy pequeña pausa, continúa.

—Nosotros emprendimos una expedición geográfica como miembros del Centro de Exploraciones Geográficas de la Escuela de Geografía de la UCV en autobús desde Caracas hasta Lima y otras ciudades de Perú. De acuerdo a nuestra contabilidad los tres no podemos llegar hasta Caracas de regreso.

Toma un respiro nos observa como buscando aprobación, y continúa.

—Acudimos a Usted, respetuosamente, a ver que opciones nos puede ofrecer, de acuerdo a las posibilidades del Consulado que Usted dignamente representa.

Luego de una larga pausa, como si estuviera ordenando sus pensamientos nos dice el agregado consular.

—Puedo ofrecerles un pasaje en el avión correo de la Fuerza Aérea de Chile. Este servicio es periódico pero no tiene fecha fija de llegada. Entonces, el avión puede venir en un día, una semana o dentro de un mes. Se le puede ofrecer una cama en el dormitorio del consulado, mientras se espera. Pero no me respondan en este momento, vamos a comer y luego me comunican su decisión. Vayan a la sala de espera allí se les llamará para la hora de la comida.

En la sala de espera El Abuelo toma la palabra para indicarnos.

—El viaje en el avión correo, como hemos constatado, será todo un golpe aleatorio. Puede resultar una espera casi tan larga como el tiempo invertido en la expedición, pero estimados, no hay más nada.

Nadie expresaba algún gesto, ni se pronunciaba palabra alguna que le comprometiera con la propuesta, después de esa lapidaria expresión de El Abuelo.

Nos convidaron al comedor.

Al probar los primeros bocados, expresa Chuo extasiado.

—Comida caliente, sazón venezolana y vino tinto. Sin picante. ¡Que rico!

Eso causó una risa colectiva, en el agregado consular, en otros funcionarios y en nosotros.

—¡Ja, ja, ja!

La sobremesa está escanciada con licor para la digestión, nosotros, libando con éxtasis y relatando los incidentes de la expedición, a una audiencia expectante ante lo que consideraban una extraordinaria aventura.

Al transcurrir un poco más de una hora nos llaman a entrar a la oficina del agregado consular.

Apenas nos sentamos, nos pregunta el alto funcionario.

—Ya decidieron quien se queda.

Los tres nos miramos a la cara como anonadados. Con la expectativa de espera de hasta un mes no hemos querido ni por asomo tratar el tema.

Tuvimos un idéntico pensamiento. ¿Cómo hacemos para decidir quien se va en el avión? El Abuelo inmediatamente toma la palabra.

—Yo propongo un viejísimo método de selección. Tres palillos con uno más corto, y quien saque el palillo corto canta el bingo.

El agregado consular con un rictus de risa le pide a un emleado los tres palillos. Los toma y corta uno a la mitad. Los pone en su mano y los alinea perfectamente sin que viéramos, y enseguida los presenta para probar la buena o mala ventura de cada uno. El Abuelo fue el afortunado. En consecuencia se quedará en el consulado solo con algunos bolívares para su traslado del aeropuerto de Maiquetía a su casa en Caracas.

Con el debido respeto le expresamos nuestro agradecimiento al agregado consular.

Sin tiempo que perder fuimos raudos a buscar las maletas y dejar a El Abuelo en las instalaciones del consulado. Nos despedimos de El Abuelo con un abrazo emotivo al borde del lagrimeo.

Chuo y yo nos dirigimos inmediatamente a la terminal de pasajeros para viajar directo hasta Tumbes.

El 29 de agosto de 1975, como olvidarlo, al comprar un pasaje desde Tumbes hasta Zamurilla, en la frontera con Ecuador, nos anuncian que Ecuador cerró la frontera por un golpe de Estado que derroca al presidente general Velasco Alvarado de Perú. Le comento a Chuo.

—Buena vaina. Lo que nos faltaba.

Llegamos en poco más de media hora a la ciudadela fronteriza.

Nos han llegado voces de que los militares han matado a miles de personas. En la calle vimos que unos policías sin mediar palabras se abalanzaron sobre tres personas que momentos antes gritaban consignas en apoyo al general Velasco Alvarado, presidente derrocado, y les propinaron porrazos para que se disolvieran. Como debe ser característico en este tipo de eventos, el mito urbano, transmutado en imaginario social, agrandado por sucesivas transmisiones de persona a persona, contabiliza por miles los lesionados y detenidos en Lima. Con cara de sorpresa Chuo me comenta.

—Primera vez que presencio un golpe de Estado.

No le respondí de inmediato por la sensación nerviosa que me atormentaba el abdomen, pero yo tampoco había sido testigo de un golpe de estado. La democracia en Venezuela es catalogada como la más larga e intensa de Hispanoamérica, y nosotros dos crecimos en democracia.

Al indagar para cuándo abren la frontera nos indican que no se sabe. Nos invade una especie de angustia y desasosiego.

Primer percance en nuestro apretado itinerario de regreso. Esa noche y madrugada nos desvelamos en las instalaciones de la terminal, experimentamos miedo, una especie de fuego en nuestro interior, nos devora el corazón, de noche todos los gatos son pardos, en medio de esa oscuridad y con la tensa calma reinante por el golpe de Estado, en cualquier lado se esconde el peligro. Mantenemos la esperanza puesta en la apertura del paso fronterizo lo más pronto posible.

La frontera está abierta al día siguiente bien temprano. Suspiramos profundo, a pesar de la tirante tranquilidad que se respira en el

ambiente. Traspasamos el puente que sirve de paso fronterizo, en ese momento desaparece como por acto de magia el desasosiego, estamos en la pequeña ciudad de Huaquilla en el lado ecuatoriano, e inmediatamente nos dirigimos a la terminal a comprar el pasaje para seguir hacia Quito.

En la terminal de Quito esperamos un poco más de tres horas para abordar el bus a Tulcán. Llegamos a media noche a Tulcán, y tuvimos que esperar hasta las cinco de la madrugada la apertura del paso fronterizo para Ipiales, Colombia.

Tomamos el primer bus bien temprano para Cali. Las catorce horas del trayecto nos parecieron insufribles. En la terminal nos dirigimos con premura a la estafeta a comprar el boleto hasta Bogotá. Logramos reservar los dos pasajes para el último viaje, a las once de esa noche. Con el cansancio a cuesta, sin dormir en posición horizontal desde Lima, Perú, acomodados en los respectivos dos puestos, sentimos al autobús encaramarse por la serranía central de Los Andes colombiano.

Trece horas surcando valles, laderas y páramos, y con un cansancio extremo, llegamos a la planicie conocida como sabana de Bogotá. Chuo y yo vamos sentados en la segunda fila, vemos a lo lejos una formación férrea, se aproxima al cruce con la carretera, pensé que el chófer del autobús se detendría para darle paso al tren, pero equivocado estaba, el chófer confía en su instinto, busca cruzar, obvia la señal de alto del paso del ferrocarril. Le comento a Chuo.

—Mi pana, creo que no le dará tiempo al chófer pasar el cruce, y nos va a embestir el tren.

Chuo grita.

—¡Ay mi virgencita del Valle!

El chófer aplica toda su fuerza al freno en el último segundo, se detiene ipso facto el autobús, y el tren le arrolla, se oyen gritos y llantos como si fuera un solo desgarrador murmullo, milagrosamente solo se desprende el parachoques. No hubo lesionados graves. Eso sí, un susto indescriptible, una especie de vértigo nos recorre todo el cuerpo.

En dos horas y media estamos saliendo de la terminal de Bogotá rumbo a Cúcuta. El hambre está minando nuestros cuerpos, la dieta de pan, cambur y agua que hacemos desde Chiclayo ya no nos sostiene. Las catorce horas de travesía pasan lentamente, no veíamos el momento de llegar a Cúcuta.

En la terminal de Cúcuta hay oficinas de líneas de autobuses que venden boletos para un viaje directo hasta Caracas. Que inenarrable alegría cuando el oficinista de Expresos Occidente nos indica luego del precio, las palabras viaje directo para Caracas, inmediatamente nos vimos la cara Chuo y yo con expresiones de incredulidad.

El viaje transcurre sin ningún contratiempo. Solo la embestida del hambre acumulada y magnificada por la repetitiva ración de emergencia y el prolongado tiempo transcurrido con ella, nos produce una intensa salivación, junto a los típicos sonidos gastrointestinales o borborigmos, como le llaman los médicos, que tornan la travesía con una apariencia gris, propia de la adversidad.

En una estación de servicios y restaurante en las inmediaciones de Guanare se detiene el autobús. El chófer anuncia.

—Disponemos solo de media hora para la respectiva comida.

Bajando del autobús, sin ánimos, resueltos a sacar de la bolsa los manjares de la dieta forzada, pan, cambur y agua, nos aborda un señor de porte y fenotipo ecuatorianos y nos dirige la palabra a Chuo y a mí.

—Les vengo observando desde Quito. Por azares del destino viajamos en los mismos buses, y ustedes, lo que han comido desde Quito es cambur, pan y agua. Por favor, acepten que les invite a comer. Yo soy el cocinero de la familia Herrera Uslar en Caracas, y estaba de vacaciones con mi familia en nuestra patria Ecuador.

Nos miramos absortos, sin darle crédito a lo que acabamos de escuchar. Al salir de nuestro aturdimiento decimos al unísono.

—Muchas gracias Señor.

Agrego inmediatamente.

—Usted es nuestro ángel de la guarda.

Trio de arepas cada uno, con variados rellenos, dos batidos de jugo y dos cafés con leche grandes, fue la ingesta que nos devolvió a conciliarnos con la vida. Al arrancar de nuevo el autobús, Chuo primero y luego yo, caímos en un profundo sueño.

Siento un zarandeo. Es Chuo. Casi gritando y señalando con el dedo índice, me hace ver y reconocer inmediatamente una visión de infinitas lucecitas nocturnas, hablan de una ciudad, indudablemente es el valle luminoso de Caracas, contrastado con una pared de sombras, El Ávila, su montaña regente, sultana de ella. Esta panorámica perdurará en nuestras memorias como un sello distintivo, es la marca del objetivo cumplido. Comenzamos a transitar por la llamada bajada de Tazón.

En la terminal del Nuevo Circo acompaño a Chuo a la estafeta de Expresos Margarita, el sigue viaje a su La'isla como el mismo llama a su terruño, la isla de Margarita.

Tomo un auto de alquiler por puesto hasta la urbanización donde habito con mi familia. La expresión de mi mamá en la sala de mi hogar fue una mezcla de sorpresa y felicidad, con sordo grito y lastimero llanto por la ventura de verme vivo y sano. Mi padre me extiende un abrazo fuerte, como asegurándose que no me voy otra vez, me dice Nuestro Señor Jesucristo les amparó, fortaleció, tuvo misericordia y piedad de ustedes, y mis hermanos me saludan con efusiva alegría.

El once de septiembre nos volvimos a encontrar los tres con motivo de las inscripciones en la Escuela de Geografía. Después del respectivo saludo, abrazo y celebrar la embriaguez de la misión alcanzada. Sin mediar más palabras que la enhorabuena, al unísono conminamos a El Abuelo a relatar su odisea. E inicia el relato.

—Una vez solo con el agregado consular, primo de mi papá, me invita a que le llame de manera más familiar, Manolo, me convida al almuerzo en su casa, pues tiene un asunto que quiere comunicarme.

Una vez en su casa y luego de un succulento almuerzo, Manolo me dice.

—El correo militar que viene de Santiago de Chile y va a Caracas, viene de un gobierno dictatorial, como tu bien lo debes saber, y eso es un asunto muy serio. Además, el vuelo hará escala en Quito, Ecuador, donde pernoctará una noche.

El día de mi partida a Caracas, Manolo me llama y me comenta que tiene un favor que pedirme.

—Hay una pequeña maleta con libros y documentos que quisiera que llevaras a Caracas, son para Rubén Mijares, un conocido periodista venezolano especializado en deportes.

Le respondí inmediatamente.

Con mucho gusto accedí a llevarla.

Manolo me lleva al aeropuerto y realiza los trámites para mi abordaje y chequeo en el servicio de inmigración peruana. El avión correo de la Fuerza Aérea Chilena es un DC-3 de dos motores a hélice. Partimos en la mañana de Lima, rumbo a Caracas. Pensaba con entusiasmo durante el vuelo.

—«Esta noche estaré en Caracas con mi familia».

También me asalta la nostalgia y me inundan los pensamientos.

—«¿Qué será de mis compañeros de viaje? ¿Por dónde andarán? ¿Qué aventuras tendrán?»

El vuelo transcurre sin contratiempos. Luego de algunas horas de viaje, el capitán anuncia el aterrizaje en Quito, donde el avión pernoctará para proseguir vuelo a Caracas al día siguiente.

Asimilada la situación, pensé.

—«Me toca dormir en el aeropuerto. Buscaré que comer con el poco dinero disponible».

Una vez que todos los pasajeros bajan del avión, nos reúnen y nos indican la hora en que debemos estar en el aeropuerto para continuar el viaje. Comenzamos a conversar sobre las opciones de hoteles para

pasar la noche. Aprovecho para manifestar mi situación particular. Una pareja venezolana me dijo que no me preocupara que ellos me ayudarían. Fuimos a un hotel cerca de la base aérea donde aterrizamos, allí nos alojamos y luego salimos a comer. Disfruto de unos maravillosos espaguetis a la boloñesa y una amena conversación con mis fraternales benefactores, a quienes fasciné con los relatos geográficos de mi aventura con mis dos compañeros por la América Andina. Les pareció un relato del género realismo-mágico.

Descansando en la habitación del hotel, la curiosidad me gana la partida, hurgué en la maleta. Soberano susto, eran documentos y libros donde se denuncia a la dictadura militar chilena. No pude dejar de pensar.

—«¡Vaya lío en que estoy metido! En un avión militar chileno con documentación en contra del régimen militar. Mientras no me hagan abrir la maleta todo estará bien».

Me acosté y me dije.

—«Mañana será otro día».

Pero resultó el mismo momento. No pude conciliar el sueño con las sucesivas cavilaciones. La una más descabellada que la otra.

En el desayuno comienzo a percibir a cada persona como agente del gobierno dictatorial. La sugestión es obsesiva. Partimos al aeropuerto. Menos mal que accedemos al salón protocolar para el acceso al avión, no hubo revisión de equipajes. Un gran alivio, liberé varios joule de la energía estresora.

Despegamos y todo en el avión lucía de la mejor forma. Solo mi mente no dejaba de pensar que mi llegada a Venezuela podría estar comprometida con la maleta indiscreta, la ansiedad me embriaga. Pienso.

—«Para que habré abierto la maleta, era la voz del demonio».

El viaje a Caracas se me hizo casi interminable. En cualquier pasajero veía un agente de la dictadura chilena.

Pasadas las dos de la tarde aterrizamos en Maiquetía, nos despedimos todos los pasajeros y agradecí nuevamente a mis benefactores por su gentileza, solidaridad y fraternidad.

Tomo un autobús a la terminal del Nuevo Circo de Caracas, y de allí, un auto por puesto hasta el edificio donde habito en El Cafetal.

La cara de sorpresa y alegría de mis padres es indescriptible. Al día siguiente contacté a Rubén Mijares para entregarle la maleta. Para mi sorpresa era vecino, vive dos edificios más allá del mío, acordamos la hora para vernos, y a la hora acordada, nos encontramos y le entregué la maleta. Me pregunta.

—¿Tú sabes lo que hay adentro?

Le respondí.

—Sí. Soberano estrés he padecido por ella. Pero no tuve problema alguno y cumplí con el encargo.

Respondió.

—Gracias.

Estrechó mi mano y le dio la maleta a una dama que lo acompaña, la cual nunca supe quién era. Se me antoja que fui sin saberlo parte de un entramado de inteligencia policial entre estados.

Reunidos los diecinueve miembros del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas, en un salón de la Escuela de Geografía, acordamos realizar en cinco semanas la presentación de la síntesis geográfica de la expedición.

Días febriles se sucedieron. Revelar las diapositivas, clasificarlas, catalogarlas, secuenciarlas y elaborar el guión con el discurso hilvanado con el discurrir de las diapositivas. Toda una hazaña tecno-académica.

Llega el día D. El auditorio de la Facultad de Humanidades y Educación está con aforo completo. Profesores y estudiantes lo colman. Chuo, El Abuelo y yo posicionados en la tarima, estamos nerviosos. Al iniciar el proyector a disparar diapositivas intercalamos turnos de exposición, tantas veces ensayados, con la secuencia de fotografías de los distintos paisajes geográficos capturados con nuestras cámaras réflex, el lenguaje fotográfico que refleja la morfología y formas espaciales se complementa con el discurso expositivo sobre las interrelaciones contenidas en cada imagen y la convergencia del presente y el pasado, cuyos rasgos se superponen en la imagen e incluso, el conjunto de conexiones causales, casuales y recíprocas deducidas de la imagen. La exposición va tomando un curso magistral. Con la última diapositiva, el turno le corresponde a Chuo, quien haciendo una pausa, deja expectante a la audiencia y señala.

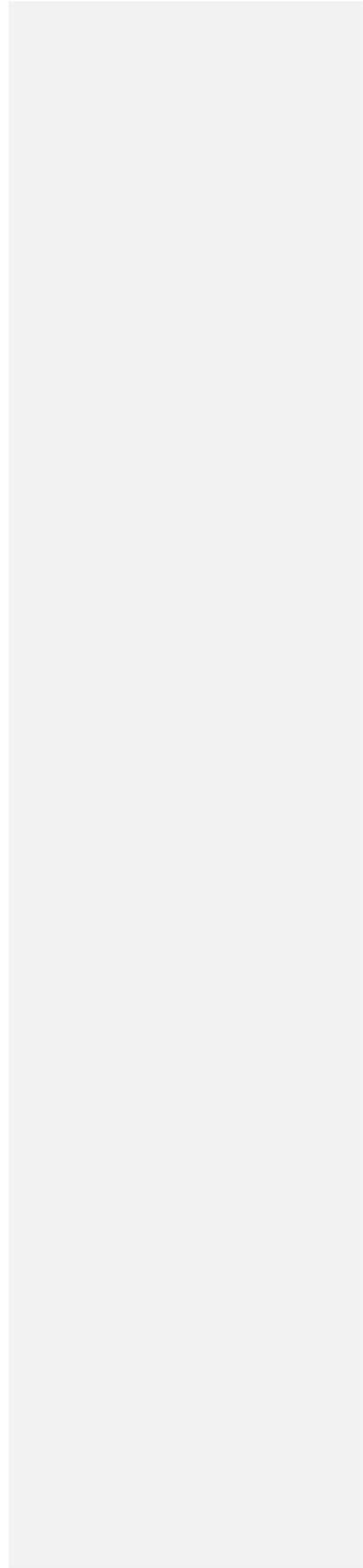
—La gran síntesis geográfica a extraer de la sucesión de diapositivas que acabamos de observar sobre esta expedición reflejan hechos

sobrevenidos en el tiempo y en el espacio, nos enseña sin ningún asomo de duda, la Geografía sí importa.

Al final, Chuo anuncia que la próxima expedición geográfica transnacional surcará los paisajes de planicies, cordilleras y desiertos de América media y México, hasta el propio río Bravo, divisoria entre la América *que aún reza a Jesucristo y aún habla en español*, como dice Rubén Darío, y la que habla el idioma de Shakespeare.

Se oyen sonoros, estentóreos y prolongados aplausos, bravos.

ANEXOS



Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas de la Escuela de Geografía de la UCV

Miembros

Aché, Daniel.
Barbato, Ricardo.
Barreat, Freddy.
Barreto, Alexandre.
Bergkamp, Tamara.
Dotta, Massimo.
Ferrer, Jesús "Chuo" (†).
García, Roberto Efrén "El Abuelo".
Gutierrez, Jorge.
Montesinos, Jorge (†).
Orlando, Peña.
Socorro, Lilia.
Rodríguez, Violeta.
Scura, Antonio (†).
Starkevich, Gustavo (†).
Urquía, Alí (†).
Uztáriz, Álvaro.
Villamizar, Milvia.
Weibezahn, Karen.

Cuadernos de debate del Círculo de Discusiones geográficas de la Escuela de Geografía de la UCV (1974–1978)

Coordinadores:
Antonio Delisio y Daniel Aché Aché

El cuaderno de debates del círculo de Discusiones es el documento de artículos **teóricos sobre los Aspectos teóricos** de la Geografía, cuyo propósito fundamental es acompañar las luchas por la conquista de un nuevo pensum para los estudios de Geografía en la escuela de geografía de la UCV.

El primer y segundo "*pensa*" de la Escuela de Geografía de la UCV, responde a los lineamientos teóricos de la profesora Mercedes Fermín, quien fue cofundadora de la Escuela de Geografía, y cuyas directrices responden a los criterios metodológicos del Instituto Pedagógico de Caracas, de donde proviene. Esos "*pensa*" contienen como enfoque fundamental las tesis sobre la región, paradigma de la Geografía reinante desde los inicios del siglo XX, bajo el paraguas teórico de la escuela regionalista de Paul Vidal de la Blache.

Desde la fundación de la Escuela de Geografía de la UCV hasta la fecha de la expedición a Colombia, Ecuador, y Perú en autobús del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas de la Escuela de Geografía de la UCV, se han sucedido cuatro paradigmas: Comportamiento y percepción en Geografía, Geografía cuantitativa, Geografía radical y Geografía humanista. Ninguno de esos paradigmas estuvieron reflejados en el currículo de los estudios de Geografía de la UCV, ni siquiera en lección alguna de la plantilla de los profesores de de la Escuela.

Ese desfase de los estudios de Geografía en la UCV y el mundo geográfico, fue uno de los ingredientes del caldo de cultivo que llevo a solicitar

Lo de estudiar no necesita mayor aclaratoria. Lo de luchar, no solo se refiere a la integración a las batallas contra las injusticias sociales y universitarias, muy común en esa época que todavía refleja por inercia la llamada Revolución del Mayo Francés, de 1968, su vertiente venezolana, la Renovación Universitaria, iniciada en la UCV, en 1970 y la onda expansiva sentida en otras universidades de Venezuela.

Junto a esas revueltas por la reforma académica, en el país nacional se le agrega el llamado proceso histórico de pacificación de 1969, con la disolución de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), liderado dicho proceso por los insuperables Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, inauguran un trascendente período de debates políticos, del cual no es ajeno el Centro, y por el contrario, son antológicas las discusiones políticas de las corrientes ideológicas de la época, socialismo (la mayoría de los miembros) y liberalismo.

Se agrega, la discusión académica en torno a los dos paradigmas de la Geografía en plena efervescencia para esos tiempos, la Geografía radical y Geografía humanística y su indexación en los ejes curriculares de la Escuela de Geografía, y el pensum de la Escuela enmarcado en la Geografía regional, encabalgado a la controversial figura de Mercedes Fermín (QEPD). Esas discusiones académicas quedan retratadas en los mimeógrafos elaborados para tal fin (en los anexos hay una copia de uno de los papeles de trabajo para la discusión académica, el único que sobrevivió a lo implacable que resulta el tiempo).

Esas tres circunstancias, proceso histórico de pacificación, renovación universitaria y cambio de pensum, marcarán profundamente a los integrantes del Centro de Exploraciones Geográficas y Fotográficas.

La conclusión de la reunión la deja plasmada Chuo al decir.

—El próximo periodo vacacional, del 15 de julio a septiembre de 1975 se emprenderá la expedición geográfica.